

Jean-Jacques Rousseau *Carta a D'Alembert*  
*sobre los espectáculos*



## **BIBLIOTECA DIGITAL**

### **TEXTOS SOBRE SOCIOLOGÍA PRIMEROS SOCIÓLOGOS CIENTÍFICOS Y LAS CORRIENTES BIOLÓGICAS Obras de Jean Jacques Rousseau**

#### **FICHA DEL TEXTO**

**Número de identificación del texto en clasificación sociología: 181**

**Número del texto en clasificación por autores: 20487**

**Título del libro: Carta a D 'Alembert sobre los espectáculos**

**Autor: Jean Jacques Rousseau**

**Número total de páginas: 93**

**Fuente: <https://ebiblioteca.org/?/ver/107305>**

**Temática: Obras de Jean Jacques Rousseau**

## PREFACIO

Cometería un grave error si en esta ocasión escribiera sin motivo, pues no puede serme ventajoso ni agradable atacar al señor D'Alembert. Aprecio su persona, admiro su talento, estimo su obra y soy sensible a cuanto de bueno ha dicho de mi país. Yo mismo, honrado con sus elogios, me siento obligado en justa reciprocidad a toda suerte de consideraciones hacia él; pero éstas no prevalecen sobre los deberes más que en aquellos para quienes toda moral se reduce a apariencias. La justicia y la verdad son los primeros deberes del hombre, como la humanidad y la patria deben ser sus primeros afectos, y será culpable cuantas veces por miramientos particulares haya de cambiarse este orden. ¿Podría serlo yo haciendo lo que debía? Para responderme hay que tener una patria a la que servir y más amor por sus deberes que temor por disgustar a los hombres.

Como no todos tienen a mano la Enciclopedia, voy a transcribir aquí el pasaje del artículo «Ginebra» que me ha hecho coger la pluma y que, de haber aspirado al honor de brillar escribiendo, me habría obligado a soltarla; sin embargo, me atrevo a buscar otro honor donde no temo la competencia de nadie. Al leer este pasaje aislado, más de un lector se preguntará por el celo que haya podido dictarlo; leyéndolo en su artículo, encontrará que la comedia, inexistente en Ginebra donde podría estar, supone la octava parte del espacio que ocupan los temas que lo componen.

«En Ginebra no se permite la comedia, y no porque se censuren los espectáculos en sí, sino porque —según dicen— se teme la afición al ornato, disipación y libertinaje que las compañías de comediantes difunden entre los jóvenes. Pero ¿no sería posible remediar este inconveniente mediante leyes severas y bien aplicadas acerca de la conducta de los comediantes? De este modo Ginebra tendría espectáculos y buenas costumbres, gozando de las ventajas de ambos. Las representaciones teatrales formarían el gusto de los ciudadanos, dándoles una finura de tacto y una delicadeza de sentimiento difíciles de adquirir sin su auxilio. La literatura se beneficiaría de ellas sin que el libertinaje progresara, y Ginebra reuniría a un mismo tiempo la sabiduría de Lacedemonia y la educación de Atenas. Otra consideración, digna de una república tan razonable y culta, debería quizás llevarla a permitir los

espectáculos. El bárbaro prejuicio contra la profesión de comediante, la clase de envilecimiento en la que hemos colocado a hombres tan necesarios para el progreso y sostenimiento de las artes es, sin duda, una de las causas principales que contribuyen al desorden que les reprochamos: buscan resarcirse en los placeres de la estima que su estado no les puede dar. En Francia un comediante de buenas costumbres es doblemente respetable, pero apenas se le reconoce. En cambio, el recaudador que insulta la indignancia pública al tiempo que vive de ella y el cortesano que se arrastra y no paga sus deudas son el tipo de gente que más honramos. Si no sólo se tolerase a los comediantes en Ginebra, sino que además, luego de sujetados por sabios reglamentos, se los protegiese e incluso considerase cuando fueran dignos, en definitiva, se los pusiese en las mismas condiciones que a los demás ciudadanos, esta ciudad tendría la ventaja de poseer algo que se cree tan raro y que lo es sólo por nuestra culpa: una compañía de comediantes estimables. Supongamos además que dicha compañía se convirtiera enseguida en la mejor de Europa: gentes con sumo gusto y disposición para el teatro, que entre nosotros temen deshonorarse con él, acudirían a Ginebra para cultivar no sólo sin vergüenza sino incluso con estima un talento tan agradable como poco común. La vida en esta ciudad, que muchos franceses ven triste por la falta de espectáculos, se convertiría en la estancia de los placeres honorables, como lo es de la filosofía y la libertad; y los extranjeros no se sorprenderían de ver que en una ciudad donde los espectáculos están prohibidos se permiten farsas groseras y sin inteligencia, tan contrarias al buen gusto como a las buenas costumbres. Y eso no es todo. Poco a poco el ejemplo de los comediantes de Ginebra, lo ordenado de su conducta y la consideración de la que aquélla les permitiría gozar, servirían de modelo a los de otras naciones y de lección a los que hasta aquí les han tratado con tanto rigor y aun inconsecuencia. No se les vería, por un lado, subvencionados por el gobierno y, por otro, objeto de anatema; nuestros sacerdotes perderían la costumbre de excomulgarlos y nuestros burgueses de mirarlos con desprecio; y una pequeña república tendría la gloria de haber reformado Europa en este punto, más importante quizá de lo que se piensa.»

He ahí sin duda el cuadro más agradable y seductor que se nos podría ofrecer, pero también el consejo más peligroso que se nos podría dar. Al menos ése es mi sentimiento y mis razones están en este escrito. ¿Con qué avidez no se entregaría la juventud de Ginebra, arrastrada por una autoridad de tanto peso, a unas ideas por las que ya siente harta inclinación? ¿Cuántos jóvenes ginebrinos, buenos ciudadanos por otra parte, desde que se publicó este volumen esperan sólo el momento de favorecer la fundación de un teatro, creyendo hacer un favor a la patria y casi al género humano? He ahí el objeto de mis preocupaciones y el mal que quisiera prevenir. Hago

justicia a las intenciones del señor D'Alembert, como espero que él quiera hacérsela a las mías. Tengo tan pocas ganas de desagradarle como él de hacernos daño; pero, en fin, aun cuando me equivocara, ¿no debo actuar y hablar según mi conciencia y mis luces? ¿Hubiera debido callarme? ¿Hubría podido hacerlo sin traicionar mi deber y a mi patria?

Para tener derecho a guardar silencio en esta ocasión habría hecho falta que nunca hubiera cogido la pluma para otros temas menos necesarios. ¡Oh dulce oscuridad que me diste treinta años de felicidad, hubiera debido saber amarte siempre! Habría tenido que ignorarse mi relación con los editores de la *Enciclopedia*, que he proporcionado algunos artículos a la obra, que mi nombre se encuentra entre los de sus autores; habría hecho falta que mi celo por la patria hubiese sido menos conocido, que se supusiera que el artículo «Ginebra» me hubiese pasado desapercibido o que no se pudiera deducir de mi silencio la adhesión a las ideas que contiene. Como nada de eso es posible, tengo que hablar, tengo que condenar lo que no apruebo, para que no se me imputen más sentimientos que los míos. Mis compatriotas no necesitan mis consejos, bien lo sé, pero he de honrarme mostrando que en lo tocante a nuestros principios pienso como ellos.

No ignoro cuán lejos está este escrito de lo que debería ser, incluso de lo que yo mismo podría haber hecho en mejores circunstancias. Tantas cosas han concurrido a ponerlo por debajo de la mediocridad que yo podía alcanzar en otro tiempo que me sorprende que no sea aún peor. Escribía para mi patria y, si fuera verdad que el celo supliese al talento, lo habría hecho mejor que nunca; sin embargo, viendo lo que había que hacer, no he podido realizarlo. He dicho fríamente la verdad, pero ¿quién se preocupa por ella? ¡Triste recomendación para un libro! Para ser útil hay que ser agradable, y mi pluma ya ha perdido ese arte. Alguien malignamente me discutirá dicha pérdida. Bien está; pero me siento decaído y uno no cae por debajo de nada.

Primero, no es cuestión aquí de una vana charla de filosofía, sino de una verdad práctica importante para todo un pueblo. Ya no se trata de hablar a un número reducido, sino al público; ni de hacer pensar a los demás, sino de explicar con toda nitidez mi pensamiento. He tenido, pues, que cambiar de estilo: para que todos me entendieran mejor, he dicho menos cosas con más palabras y, queriendo ser claro y sencillo, me he encontrado sin garra y difuso.

Al principio pensaba escribir todo lo más una o dos hojas impresas: comencé deprisa y, al extenderse el tema en mi pluma, la he dejado ir sin constricciones. Estaba enfermo y triste y, aunque tenía gran necesidad de distraerme, me sentía tan poco en disposición de pensar y escribir que, si no me hubiese mantenido la idea del deber que cumplir, habría arrojado mil veces el papel al fuego. Me he hecho menos exigente conmigo mismo. He buscado en mi trabajo una diversión que me lo hiciera soportable. Para aliviar mi tedio, me he arrojado a cuantas digresiones se me han presentado, sin prever cuántas, aunque quizá ya tenía preparado al lector.

No cabría encontrar en esta obra ni gusto ni selección ni corrección. Viviendo solo,

no he podido mostrársela a nadie. Tenía un Aristarco severo y juicioso, pero ya no lo tengo y no quiero más, aunque le echaré continuamente de menos, pues le hace más falta a mi corazón que a mis escritos.

La soledad tranquiliza el alma y apacigua las pasiones que el desorden del mundo produce. Lejos de los vicios que nos irritan se habla con menos indignación; lejos de los males que nos afectan el corazón está menos alterado. Desde que ya no veo a los hombres casi he dejado de odiar a los malos. Por otra parte, el mal que me han hecho a mí precisamente me quita el derecho a decirlo de ellos. En adelante tengo que perdonarles para no parecerme a ellos, pues sin darme cuenta sustituiría el amor a la justicia por el de la venganza. Más vale olvidar todo. Espero que ya no se me encuentre la aspereza que me reprochaban pero que hacía que me leyeran: consiento que se me lea menos con tal de vivir en paz.

A estas razones se une otra más cruel que en vano querría disimular, pues el público la notaría demasiado a pesar mío: si este papel se encuentra aún por debajo de los demás ensayos salidos de mi pluma, no es tanto culpa de las circunstancias como mío, pues estoy por debajo de mis posibilidades. Los males del cuerpo agotan el alma, que a fuerza de sufrir pierde su nervio. Un instante de efervescencia pasajera produjo en mí algún chispazo de talento que se mostró tarde y se apagó enseguida. Al recuperar mi estado natural, he vuelto a la nada. No tuve más que un momento y ya pasó; me queda la vergüenza de sobrevivirme. Lector, si recibes esta última obra con indulgencia, acogerás mi sombra, pues, para mí, ya no existo.

Montmorency, 20 de marzo de 1758

## J.-J. ROUSSEAU, CIUDADANO DE GINEBRA, AL SEÑOR D'ALEMBERT

Con placer he leído su artículo «Ginebra» en el séptimo volumen de la Enciclopedia, y su relectura, aún más placentera, me ha dado pie a hacer algunas reflexiones que, con su permiso, he creído poder ofrecer al público y a mis conciudadanos. Hay mucho que alabar en él; pero, si los elogios con los que honra a mi patria me quitan el derecho a devolvérselos, mi sinceridad hablará por mí. Disentir de usted en algunos puntos es explicarme suficientemente sobre los demás.

Empezaré por el que más me repugna tratar y cuyo examen me conviene menos, pero acerca del cual, por las razones que acabo de decir, no me está permitido callar. Se trata de su juicio sobre la doctrina en materia de fe de nuestros ministros. Bien es verdad que ha hecho usted de este respetable cuerpo un elogio hermosísimo, como sólo a él entre todos los cleros del mundo puede convenir, aumentando aún más en él la consideración que le ha testimoniado al mostrar que estima la filosofía y que no teme el ojo crítico del filósofo. Pero, cuando se quiere honrar a alguien, ha de hacerse a su modo y no al de uno, por temor a que con razón se ofenda con las nocivas alabanzas que, hechas de buena fe, no por eso dejan de lesionar el estado, interés y opiniones o prejuicios de quien las recibe. ¿Ignora que todo nombre de secta es siempre doloso y que semejante imputación, rara vez sin consecuencias entre laicos, nunca está libre de ellas entre teólogos?

Usted me dirá que se trata de hechos y no de alabanzas, y que el filósofo tiene más en cuenta la verdad que a los hombres; pero esa pretendida verdad ni es tan clara ni tan indiferente como para creerse en el derecho de exponerla sin mayores razones, y no veo de dónde se puedan sacar para deducir que los sentimientos profesados por un grupo y según los cuales se comporta no son los suyos. Usted me replicará que no atribuye tales sentimientos a todo el cuerpo eclesiástico; pero se los achaca a algunos, y esos pocos, cuando se trata de un número reducido, representan una parte tan grande que la totalidad ha de verse afectada.

Según usted, algunos pastores de Ginebra no tienen más que un socinianismo perfecto. Eso es lo que declara abiertamente ante la faz de Europa. Me atrevo a

preguntarle cómo se ha enterado. Sólo puede ser de tres maneras: por sus propias conjeturas, por el testimonio de un extraño o por la confesión de los propios pastores. Ahora bien, en asuntos puramente dogmáticos y que no se apoyan en la moral, ¿cómo puede juzgarse de la fe ajena por presunción? ¿Cómo se puede opinar incluso por la declaración de un tercero contra la del propio interesado? ¿Quién sabe mejor que yo lo que creo o dejo de creer? ¿Y a quién deben remitirse en eso más que a mí? A nadie entraña que, tras sacar conclusiones sofisticadas y desautorizadas de los discursos o escritos de un hombre discreto, un preste furioso persiga al autor de tales conclusiones, pues cumple con su oficio; pero ¿no debemos honrar a las gentes de bien si un pérfido las acosa? ¿Y habrá de imitar el filósofo los razonamientos capciosos de los que tan a menudo fue víctima?

No queda sino pensar que esos pastores que usted supone socinianos perfectos y que rechazan las penas eternas le habrían revelado sus sentimientos particulares al respecto; pero, si, en efecto, ése fuera su modo de pensar y se lo hubieran confiado, se lo habrían dicho sin duda en secreto, en el honesto y libre desahogo de un trato filosófico: se lo habrían comunicado al filósofo y no al autor. Sin embargo, no han hecho nada de eso y mi prueba es irrefutable, y es que usted lo ha publicado.

No pretendo con esto juzgar ni censurar la doctrina que usted les atribuye; únicamente digo que no se tiene ningún derecho a imputársela mientras no la reconozcan [y añado que no se parece en nada a la que nos enseñan]. No sé lo que es el socinianismo, de modo que no puedo hablar de él ni bien ni mal [e incluso sobre algunas nociones confusas de esta secta y de su fundador siento más rechazo que atracción]; pero, en general, soy amigo de toda religión apacible en la que se sirva al Ser Eterno según la razón que él nos ha dispensado. Cuando un hombre no puede creer lo que encuentra absurdo, no es culpa suya sino de su razón<sup>1</sup>, ¿y cómo habría

---

<sup>1</sup> Creo ver un principio que, bien demostrado como cabría hacerlo, arrancaría al punto las armas de las manos del intolerante y del supersticioso, calmando ese furor de hacer prosélitos que parece animar a los incrédulos. Y es que la razón humana no tiene una medida común bien determinada, siendo injusto que cualquier hombre dé la suya como norma a la de los demás.

Supongamos la buena fe, sin la cual toda disputa se reduce a cháchara. Hasta cierto punto hay principios comunes, una evidencia común, y, además, cada uno tiene su propia razón que lo delimita. Así las cosas, el sentimiento no conduce al escepticismo. Pero al mismo tiempo, no estando definidos los límites generales de la razón ni disponiendo nadie de la inspección de la del prójimo, el orgulloso dogmático se encuentra frenado en seco. Si alguna vez pudiera instaurarse la paz donde reinan el interés, el orgullo y la opinión, acabaríamos por fin con las disensiones entre sacerdotes y filósofos. Aunque quizás no iba a salir ganando nadie, pues ya no habría persecuciones ni disputas; los primeros no tendrían a quien atormentar ni los segundos a quien convencer, lo que sería tanto como dejar el oficio.

Si se me preguntara entonces por qué, pues, discuto yo, respondería que hablo a la mayoría, que expongo verdades prácticas, que me baso en la experiencia, que cumplo con mi deber y que, tras haber dicho lo que pienso, no me parece mal que no se esté de acuerdo conmigo.

yo de concebir que Dios le castigase por no haberse hecho un entendimiento<sup>2</sup> contrario al que ha recibido de él? Si un doctor viniese a ordenarme de parte de Dios que creyera que la parte es mayor que el todo, ¿qué podría yo pensar para mis adentros sino que viene a mandarme que sea mentecato? Sin duda el ortodoxo que no ve ningún absurdo en los misterios está obligado a creerlos; pero, si el sociniano lo encuentra, ¿qué puede decirsele? ¿Se le demostrará que no lo hay? Empezaría él por demostrar que es un absurdo razonar sobre lo que no cabría entenderse. ¿Qué hacer, pues? Dejarle tranquilo.

No estoy más escandalizado que los que, sirviendo a un Dios clemente, rechazan la eternidad de sus penas si la encuentran incompatible con su justicia. ¿Qué otra cosa pueden hacer en semejantes casos sino, antes de abandonarlo, interpretar como mejor pueden los pasajes contrarios a su opinión? Nadie está más impregnado que yo del amor y respeto hacia el más sublime de todos los libros: él me consuela e instruye todos los días cuando los demás sólo me producen hastío. Pero sostengo que, si la Escritura misma nos diera de Dios alguna idea indigna de Él, habría que rechazarla en esa parte, como se rechazan en Geometría las demostraciones que llevan a conclusiones absurdas, pues, por mucha autenticidad que pueda tener el texto sagrado, siempre es más creíble una alteración en la Biblia que el hecho de que Dios sea injusto o malhechor.

He ahí las razones que me impedirían censurar semejantes sentimientos en teólogos cabales y moderados, quienes con su propia doctrina enseñarían a no forzar a nadie a adoptarla. Y añadiré que formas de pensar tan propias de una criatura

---

<sup>2</sup> Es preciso recordar una vez más que he de responder a un autor que no es protestante y creo hacerlo, en efecto, mostrando que aquello de lo que acusa a nuestros ministros de hacer en nuestra religión, se haría inútilmente en ella, como se hace necesariamente en algunas otras, sin que se repare en ello.

El mundo intelectual, sin exceptuar la Geometría, está lleno de verdades incomprensibles y, sin embargo, incontestables, porque la razón que demuestra su existencia no puede tocarlas, valga la expresión, a través de los límites que la detienen, sino sólo percibir las. Tal es el caso del dogma de la existencia de Dios, como de los misterios admitidos en las comuniones protestantes. Los misterios que chocan a la razón, para servirnos de los términos usados por el señor D'Alembert, son otra cosa completamente diferente. Su contradicción misma los encierra en sus límites: la razón tiene todos los asideros imaginables para sentir que no existen, pues, aunque no puede verse una cosa absurda, nada es tan claro como lo absurdo. Tal ocurre cuando se sostienen a la vez dos proposiciones contradictorias. Si me dijeran que un espacio de una pulgada lo es también de un pie, no estarían diciendo absolutamente

nada misterioso, oscuro, incomprensible, sino, al contrario, un absurdo luminoso y palpable, algo clarísimamente [evidentemente] falso. Sean cuales fueren las demostraciones que lo fundamenten, no podrían prevalecer sobre las que lo destruyen, porque están inmediatamente extraídas de las nociones primeras que sirven de base a toda certeza humana. Dicho de otra manera, al declarar la razón contra sí misma, nos forzaría a recusarla y, lejos de inducirnos a creer esto o aquello, nos impediría volver a creer en nada, pues todo principio de fe estaría destruido. De modo que, cualquier hombre, independientemente de su religión, que diga que cree en semejantes misterios, o infunde respeto o no sabe lo que dice.

razonable y débil, tan dignas de un Creador justo y misericordioso, me parecen preferibles a ese asentimiento estúpido que hace del hombre un animal y a la bárbara intolerancia que se complace en torturar desde esta vida a cuantos destina a los tormentos eternos en la otra. En este sentido, le agradezco por mi patria el espíritu filosófico y disposición humana que reconoce en su clero, así como la justicia que gusta hacerle. En ese punto estoy de acuerdo con usted. Pero, por humanos y filósofos [y tolerantes]<sup>3</sup>, no se concluye que sus miembros sean heréticos. En lo del nombre de partido que les da y en los dogmas que les atribuye, no puedo ni admitirlo ni secundarle. Aunque tal sistema quizá no tiene sino honra para cuantos lo adoptan, me guardaré de imputárselo a mis pastores, que no lo han adoptado, por miedo a que el elogio que podría hacer de ello proporcionara a otros el motivo de una gravísima acusación y dañara a los que hubiera pretendido alabar. ¿Por qué habría yo de encargarme de la profesión de fe del prójimo? ¿He aprendido lo suficiente como para temer tales atribuciones temerarias! ¿Cuántos no se han encargado de la mía, acusándome de carecer de religión, que con toda seguridad han leído muy mal en mi corazón? No les tacharé yo de ser precisamente ellos quienes no la tienen, pues uno de los deberes que ella me impone es respetar los secretos de las conciencias. Juzguemos las acciones de los hombres y dejemos que Dios juzgue su fe.

Pero quizá ya he hablado demasiado de un punto cuyo examen no me corresponde ni es el objeto de mi carta. Los ministros de Ginebra no necesitan plumas ajenas para defenderse<sup>4</sup>, como tampoco elegirían la mía para eso, y semejantes discusiones están demasiado lejos de mi inclinación como para entregarme a ellas por gusto. Pero, teniendo que hablar del mismo artículo en que usted les atribuye opiniones que no les conocemos, callar en este aserto sería parecer que me adhiero a él, y eso estoy muy lejos de hacerlo. Sensible a la felicidad que tenemos de poseer un cuerpo de teólogos

---

<sup>3</sup> Sobre la tolerancia cristiana puede consultarse el capítulo con este título del undécimo libro de la Doctrina cristiana del profesor Vernet, donde se ve por qué razones la Iglesia debe tener aún más miramiento y circunspección en la censura de los errores de fe que en la de las faltas contra la moral, y cómo en las reglas de esta censura se juntan la dulzura del cristiano, la razón del sabio y el celo del pastor.

<sup>4</sup> Es lo que acaban de hacer, según me escriben, en una declaración pública que no me ha llegado al retiro; pero me he enterado de que el público la ha recibido con aplauso. Así que no sólo gozo del placer de haber sido el primero en rendirles el honor que merecen, sino también de oír mi juicio unánimemente confirmado. Sé perfectamente que esta declaración hace enteramente inútil el principio de mi carta, y lo haría indiscreto en cualquier otro caso, pero, a punto ya de suprimirlo, he visto que al hablar del mismo artículo que le ha dado lugar, seguía subsistiendo la razón y que podría seguirse tomando mi silencio como una forma de consentimiento. Dejo, pues, tales reflexiones tanto más gustoso cuanto que, si vienen fuera de lugar en un asunto felizmente acabado, no contienen por lo general más que cosas honrosas para la iglesia de Ginebra y útiles para los hombres de cualquier país.

filósofos y pacíficos o, mejor, de oficiales de la moral<sup>5</sup> y ministros de la virtud, me aterroriza cualquier ocasión que se les presenta de rebajarse a no ser más que clérigos. Nos importa mucho conservarlos como son. Nos importa que disfruten también ellos de la paz que nos hacen gustar y que su tranquilidad y la nuestra no se vuelvan a ver perturbadas por odiosas disputas teológicas. Nos importa, por fin, aprender de sus lecciones y ejemplo que la dulzura y humanidad son también virtudes cristianas.

Me apresuro a pasar a una discusión menos grave y seria, pero lo bastante interesante como para merecer nuestra atención y en la que entraré más gustoso por ser un poco más de mi competencia. Me refiero al proyecto de fundar un *Teatro de Comedias* en Ginebra. No expondré aquí mis conjeturas sobre los motivos que le han podido llevar a proponer un establecimiento tan contrario a nuestros principios. Cualesquiera que fuesen sus razones, sólo me interesan aquí las nuestras, y todo lo que voy a permitirme decir respecto de usted es que seguramente será el primer filósofo<sup>6</sup> que haya incitado a un pueblo libre, a una pequeña ciudad y a un Estado pobre a encargarse de un espectáculo público.

¡Cuántas interrogantes encuentro que merecen discusión en la que usted parece resolver! Por ejemplo, si los espectáculos son buenos o malos en sí mismos, si pueden conjugarse con las costumbres, si la austeridad republicana los puede soportar, si hay que tolerarlos en una ciudad pequeña, si la profesión de comediante puede ser honesta, si las comediantas pueden ser tan formales como otras mujeres, si basta con tener buenas leyes para reprimir los abusos, si es posible observar dichas leyes como es debido, etc. Todo cuanto concierne a las consecuencias reales del teatro es aún problemático, por cuanto las discusiones que genera no afectan sino a clérigos y laicos, y éstos las plantean sólo desde sus prejuicios. Ahí tiene usted temas de investigación que merecerían su pluma. En cuanto a mí, sin pensar lo más mínimo que pueda reemplazarle en ese menester, me conformaré con buscar en este ensayo las aclaraciones que su artículo ha hecho necesarias, rogándole que tenga en cuenta que, al dar mi parecer como usted mismo ha hecho, estoy cumpliendo un deber con mi patria, y que, si mi sentimiento se equivoca, al menos ese error no podrá hacer daño a nadie.

En una primera ojeada sobre esas instituciones veo ante todo que un espectáculo es una diversión, y, si bien es verdad que el hombre la necesita, convendrá conmigo al menos en que ésta sólo es permisible si es necesaria: una distracción inútil es un

---

<sup>5</sup> El abate de Saint Pierre siempre llamaba así a los eclesiásticos, ya fuera para describir lo que eran en realidad, ya para indicar lo que deberían ser.

<sup>6</sup> De dos célebres historiadores, ambos filósofos y ambos queridos del señor D'Alembert, el moderno sería quizás de su parecer; pero Tácito, al que quiere, medita y se digna traducir, el grave Tácito al que cita tan de buen grado y cuya oscuridad imita tan bien a veces, ¿lo hubiese sido igualmente?

mal para un ser cuya vida es tan corta y su tiempo tan precioso. La condición de hombre tiene los placeres que derivan de su naturaleza y nacen de sus trabajos, relaciones y necesidades; y esos placeres, tanto más dulces cuanto más sana es el alma de quien los disfruta, vuelven a quien sabe gozar de ellos poco sensible a todos los demás. Un padre, un hijo, un marido, un ciudadano tienen deberes tan costosos de cumplir que no les da tiempo a aburrirse. Un buen programa de trabajo hace el tiempo aún más precioso, y cuanto mejor se le aprovecha menos se piensa en cómo perderlo. Vemos constantemente que el hábito de trabajar hace insostenible la inactividad y que una buena conciencia disipa la afición a los placeres frívolos. Es, por tanto, el descontento de sí mismo, la fuerza del ocio, el olvido de los gustos sencillos y naturales lo que hace tan necesaria una diversión exterior. No me gusta nada que el corazón sienta la necesidad de vivir apegado en todo momento al escenario, como si no se encontrara a gusto dentro del cuerpo. La misma naturaleza dictó la respuesta de aquel bárbaro<sup>7</sup> a quien se ponderaba la magnificencia del circo y de los juegos instaurados en Roma: ¿es que los romanos —preguntó el buen hombre— no tienen mujeres ni hijos? El bárbaro tenía razón. Uno cree reunirse con mucha gente en el espectáculo, y es en él donde todos se aíslan, allí se olvida uno de sus amigos, vecinos y allegados, prestando interés a fábulas para llorar las desgracias de los muertos o reír a costa de los vivos. Pero hubiera debido darme cuenta de que esta forma de hablar no está de moda en nuestra época. Trataremos de encontrar otra que se entienda mejor.

Preguntar si los espectáculos son buenos o malos en sí mismos es hacer una pregunta demasiado vaga, porque se estaría analizando una relación antes de haber fijado los términos. Los espectáculos se han hecho para el pueblo y sólo por el efecto que surtan en él pueden determinarse sus cualidades intrínsecas.

Cabe distinguir una variedad infinita de especie de ellos<sup>8</sup>, pues de un pueblo a otro hay una prodigiosa diversidad de costumbres, temperamentos y caracteres. Sólo hay

---

<sup>7</sup> Crisóst., in *Matth.*, Homel, 38.

<sup>8</sup> «Puede haber espectáculos censurables en sí mismos. Así, los inhumanos o indecentes y licenciosos, como eran algunos de los del mundo pagano. Pero también los hay indiferentes en sí mismos, que no se pervierten más que por el abuso que se comete con ellos. Por ejemplo, las obras de teatro nada tienen de malo en cuanto pintura de caracteres y acciones de los hombres, por medio de las cuales se podría incluso dar lecciones agradables y útiles a gentes de toda condición; pero si se suministra en ellas una moral relajada, si los que ejercen esa profesión llevan una vida licenciosa y son un instrumento de corrupción para los demás, si tales espectáculos fomentan la vanidad, la holgazanería, el lujo y la impudicia, es evidente entonces que habrían caído en el abuso y que, a menos que se encontrara el medio de corregirlo o de garantizarlo que no se repetiría, más valdría renunciar a ese tipo de diversión.» [*Instruction Chrétienne*, t. III, l. III, cap. 16 (que se encuentra en Rey, Amsterdam).] He ahí correctamente expuesto el estado de la cuestión. Se trata de averiguar si la moral del teatro es laxa por necesidad, si es posible corregir los abusos, si los inconvenientes surgen de su propia naturaleza o si tienen su origen en causas fácilmente evitables.

una naturaleza humana, estoy de acuerdo; pero modificada por religiones, gobiernos, leyes, costumbres, prejuicios y climas, se hace tan diversa que no podemos buscar entre nosotros lo que sería bueno para la generalidad de los hombres, sino lo bueno para ellos en un momento y país determinados. Así, las obras de Menandro, pensadas para el teatro de Atenas, estaban fuera de lugar en Roma. De igual modo, los combates de gladiadores que en tiempos de la República infundían coraje y valor a los romanos, bajo el Imperio no inspiraban al populacho de Roma más que sed de sangre y crueldad. De idéntico objeto ofrecido a un mismo pueblo en épocas diferentes, éste aprendió primero a despreciar su vida y luego a reírse de la de los demás.

La especie de espectáculos, por su parte, no viene determinada necesariamente por la utilidad de éstos, sino por el placer que proporcionan. Si además se encuentra en ellos utilidad, mejor que mejor; pero su fin principal es complacer y, con lograr que el pueblo se divierta, está suficientemente cumplido. Ése es el único y perenne impedimento para poder aplicar a esta clase de instituciones todas las ventajas que podrían recibir, y sería un grave error hacerse de ellos una idea de perfección que nunca podría llevarse a la práctica sin repeler a cuantos se cree instruir. He ahí el origen de la diversidad de espectáculos: los diferentes gustos de las naciones. Un pueblo intrépido, grave y cruel quiere festejos mortíferos y peligrosos, en los que destaquen el valor y la frialdad emocional: otro, feroz y ardiente, prefiere sangre, combates y pasiones atroces; uno voluptuoso, la música y los bailes; uno galante, el amor y la cortesía; uno jocoso, las bromas y el ridículo. *Trahit sua quemque voluptas*. Para agradarles, se necesitan espectáculos que favorezcan sus inclinaciones, cuando harían falta otros que las moderasen.

La escena, por lo general, es un cuadro de pasiones humanas cuyo original se encuentra en todos los corazones; pero, si el pintor no tuviera el cuidado de halagarlas, los espectadores se cansarían enseguida y no querrían volver a verse en un aspecto que les obligara a despreciarse a sí mismos. Aunque algunas las pinte de colores horribles, sólo ocurre con las que no son de carácter general, que se aborrecen instintivamente. Con eso el autor no hace sino seguir los sentimientos del público, empleando siempre esas pasiones execrables como excusa para hacer valer otras, si no más legítimas, al menos más del agrado del espectador. Sólo la razón está completamente de más en el escenario: un hombre sin pasiones o que las dominara siempre no podría interesar a nadie. Ya se ha dicho a este propósito que en la tragedia un estoico sería un personaje insostenible y que en la comedia, todo lo más, haría reír.

De modo que no se atribuya al teatro la facultad de cambiar sentimientos y costumbres que no puede sino secundar y embellecer. Si un autor quisiera enfrentarse al gusto general, pronto escribiría sólo para sí. Cuando Molière reformó la comedia,

combatió modas y ridiculeces; pero no por eso chocó con el gusto del público<sup>9</sup>, sino que lo siguió y desarrolló, como hizo por su parte Corneille. En cambio, el que empezaba a estar en contra de ese gusto era el antiguo teatro, porque, en una sociedad que se había refinado, aquél conservaba su primitiva tosquedad.

Asimismo, como desde esos dos autores a esta parte el gusto general ha cambiado, si sus mejores obras hubieran estado aún por aparecer, habrían fracaso hoy infaliblemente. Aunque los entendidos las admiren siempre, si el público lo hace aún, es más por vergüenza de desmentirlo que porque sienta de verdad su belleza. Se dice que una buena obra no decae jamás, y así lo creo yo también, pero es porque nunca se enfrenta a las costumbres<sup>10</sup> de su tiempo. ¿Quién duda de que la mejor obra de Sófocles sería un fracaso total en nuestros teatros? La razón es que no podríamos ponernos en lugar de la gente que no se parece en nada a nosotros.

Todos los autores que quieren pintarnos costumbres extrañas ponen, sin embargo, buen cuidado en adaptar su obra a las nuestras. Sin esta precaución no se triunfa nunca, e incluso el éxito de los que la han tomado tiene a menudo causas bien distintas de las que le supone un observador superficial. Cuando *Arlequin Sauvage* tiene tan buena acogida entre los espectadores, ¿se piensa acaso que es por el gusto tomado al sentido y simplicidad de ese personaje, por lo que pudiera haber siquiera uno solo de ellos que por dicha razón quisiera parecerse a él? Todo lo contrario. La razón es que dicha obra favorece su modo de ser, consistente en disfrutar y buscar ideas nuevas y singulares, y las más nuevas para ellos son las que conciernen a la naturaleza. Precisamente su aversión a las cosas comunes los conduce a veces a las sencillas.

De esas primeras observaciones se deduce, pues, que las consecuencias generales de los espectáculos son las de reforzar el carácter nacional, aumentar las inclinaciones naturales y dar nuevos bríos a todas las pasiones. En este sentido parecería que con dichos efectos, limitados a cargar y no a cambiar las costumbres establecidas, la comedia habría de ser buena para los buenos y mala para los malos. Sin embargo, en el primer supuesto, faltaría aún por saber si las pasiones demasiado exacerbadas no

---

<sup>9</sup> Por poco que se adelantara, el mismo Molière tuvo dificultades para mantenerse: la más perfecta de sus obras cayó nada más nacer porque la dio demasiado pronto, cuando el público aún no estaba maduro para *El misántropo*. Todo esto se basa en un principio evidente, a saber, que un pueblo sigue a menudo modas que desprecia, o que está presto a despreciar, en cuanto alguien se atreve a ponerle un ejemplo. Cuando en mi época se interpretaba la furia de los titeres, no se hacía sino decir en el teatro lo que pensaban aquellos mismos que pasaban el día en tan tonta diversión; pero los gustos permanentes de un pueblo, sus costumbres, sus viejos prejuicios, hay que respetarlos en el escenario. Jamás se ha encontrado poeta que haya violado esta ley.

<sup>10</sup> Digo indiferentemente gusto o costumbre, pues, aunque una y otra cosa difieran, ambas tienen un origen común y sufren las mismas revoluciones, lo que no significa que el buen gusto y las buenas costumbres reinen siempre al mismo tiempo, proposición que pide aclaración y discusión; pero es innegable que ciertos gustos responden siempre a determinados estados de costumbres.

acaban degenerando en vicios. Yo sé que la teoría general del teatro pretende todo lo contrario, incluso purificar las pasiones provocándolas; pero no acabo de entender bien esta regla. ¿Acaso para hacerse moderado y prudente hay que empezar siendo impetuoso y loco?

«No, no. Nada de eso —dicen los partidarios del teatro—. La tragedia se propone conmovemos con todas las pasiones cuyos cuadros pinta, pero no pretende siempre que nuestro sentimiento se identifique con el del personaje atormentado por una pasión. Al contrario, lo más normal es que su objetivo sea provocar en nosotros sentimientos contrarios a los que pone en sus personajes.» Añaden que si los autores abusan del poder de conmover los corazones, por poner mal las cosas, dicha falta no debe atribuirse al arte, sino a la ignorancia y depravación de los artistas. Finalmente, dicen que la pintura fiel de las pasiones y penas que les acompañan basta por sí misma para hacer que se eviten con todo el cuidado del que somos capaces.

Para darse cuenta de la mala fe de todas esas respuestas, basta con analizar el estado de nuestro ánimo al final de una tragedia. La emoción, turbación y enternecimiento que sentimos y que se prolonga después de la obra ¿indican acaso una disposición inmediata a vencer y regular nuestras pasiones? Las vivas y emocionantes impresiones a las que nos acostumbramos y que se repiten tan a menudo ¿son las apropiadas para moderar nuestros sentimientos si fuera preciso? ¿Por qué la imagen del sufrimiento que las pasiones traen consigo habría de borrar la del delirio de placer y alegría que igualmente producen y que los autores se cuidan de embellecer aún más para hacer más agradables sus obras? ¿Se ignora por casualidad que, siendo todas las pasiones hermanas, basta una sola para provocar otras mil, y que combatir una con otra es sólo un modo de sensibilizar el corazón a todas? El único instrumento útil para purgarlas es la razón, y ya he dicho que ésta no surte ningún efecto en el teatro. Es verdad que no compartimos los sentimientos de todos los personajes, pues al oponerse los intereses de unos y otros el autor se ve obligado a hacer que prefiramos alguno, ya que de otro modo no nos quedaríamos con ninguno; pero, lejos de escoger por eso las pasiones que quiere hacernos amar, tiene que escoger las que nosotros ya amábamos. Lo dicho del género de los espectáculos debe hacerse extensible igualmente a los intereses que hay en ellos. En Londres interesa cualquier drama que haga odiar a los franceses; en Túnez la hermosa pasión sería la piratería; en Mesina, una sabrosa venganza; en Goa, el honor de quemar judíos. Si un autor<sup>11</sup> choca contra esos principios, ya puede hacer una obra bellísima, que no irá nadie; y entonces habrá que tacharle de ignorante por haber faltado a la primera regla

---

<sup>11</sup> Póngase, por probar, en la escena francesa un hombre recto y virtuoso, pero simple y grosero, sin amor ni galantería y que no diga frases bonitas; póngase un sabio sin prejuicios que, habiendo recibido una afrenta de un espadachín, rechace ir a que el ofensor le degüelle; y luego agótese todo el arte del teatro para hacer a esos personajes tan interesantes como el Cid al pueblo francés. Si se triunfa, es que estoy equivocado.

de su arte, base de todas las demás, que es la de triunfar. De este modo el teatro purga las pasiones de las que se carece y fomenta las que se tienen. ¡He aquí un remedio bien administrado!

Concurren, pues, causas generales y particulares en impedir la posibilidad de dar a los espectáculos la perfección de la que se les cree capaces, y, por tanto, no producen los resultados ventajosos que parecen oírse. Pero, aun cuando les supusiéramos la mayor perfección imaginable y un pueblo tan bien dispuesto como se quiera, sus resultados se reducirían a nada por no haber medio de hacerlos notar. No conozco más que tres tipos de instrumentos para influir en las costumbres de un pueblo, a saber, la fuerza de las leyes, el imperio de la opinión y la atracción del placer. Ahora bien, las leyes no tienen el menor acceso al teatro, que a la menor coacción daría más pena que gloria<sup>12</sup>. La opinión no depende de ellas, y a que, en lugar de hacer la ley para el público, es el teatro quien la recibe de éste. Y, en cuanto al deleite que puede proporcionárseles, todo su efecto consiste en llevarnos allí más a menudo.

Veamos si es posible encontrar otros. El teatro —se me dice—, dirigido como puede y debe estar, hace amable la virtud y odioso el vicio. Pero, bueno, ¿es que, antes de que hubiese comedias, no se amaba a la gente de bien?, ¿no se odiaba a los malos?, ¿acaso esos sentimientos son más débiles allí donde no hay espectáculos? El teatro toma amable la virtud... ¡Obra el gran prodigio de hacer lo que la naturaleza y la razón llevan a cabo antes que él! Los malos son odiados en el escenario... ¿Acaso se les ama en la sociedad cuando se les conoce como tales? ¿Tan seguro se está de que ese odio es obra de un autor y no de las fechorías que éste le hace cometer? ¿Tan cierto es que el simple relato de esos crímenes los iba a hacer menos horrorosos que todos los colores con que nos los pinta? Si todo su arte consiste en presentarnos malhechores para que los odiamos, no veo lo que haya en él tan digno de admirarse, y encima, menos ésa, nos enseña demasiadas otras cosas. ¿Podría añadir una duda que me surge? Dudo de que a cualquiera que se le exponga por anticipado los crímenes de Fedra o Medea no los deteste ya aún más al principio que al final de la obra; y, si esta duda tuviese fundamento, ¿qué habría que pensar de ese efecto tan aireado del teatro?

Querría que se me mostrase claramente y sin verborrea cómo podría generar en nosotros sentimientos que no tuviésemos ya y llevarnos a juzgar a los seres morales de otro modo de como lo hacemos en nuestro interior. ¡Qué pueriles y sin sentido son todas esas vanas pretensiones estudiadas detenidamente! Si la belleza de la virtud

---

<sup>12</sup> Las leyes pueden determinar los temas, la forma de las obras y la manera de interpretarlas, pero no podrían forzar al público a complacerse en ellas. El emperador Nerón, cuando cantaba en el teatro, hacía degollar a cuantos se dormían; sin embargo, no podía tener a todo el mundo despierto, y el placer de un sueñecito por poco le cuesta la vida a Vespasiano. ¡Nobles actores de la ópera de París, si hubieseis gozado del poder imperial, no me estaría yo ahora lamentando de haber vivido demasiado!

fuera obra del arte, hace tiempo que la habría desfigurado. En lo que a mí respecta, aunque tuvieran que tratarme de malvado por atreverme a sostener que el hombre nace bueno, así lo pienso y creo haberlo probado. La fuente del interés que nos liga al bien y nos inspira aversión al mal está en nosotros y no en las obras de teatro. No hay arte que pueda generar [producir] ese interés, sino solamente invocarlo. El amor a la belleza<sup>13</sup> es un sentimiento tan natural al corazón humano como el amor a sí mismo. No nace en él de una determinada distribución de escenas ni el autor lo pone en él, sino que es allí donde se encuentra. Y de ese sentimiento puro que él halaga brotan las dulces lágrimas que hace derramar.

Imaginad la comedia más perfecta que os plazca. ¿Dónde está el que, yendo a verla por primera vez, no va ya convencido de lo que en ella se demuestra y dispuesto favorablemente hacia los que en ella se quiere hacer amables? Pero no se trata de eso, sino de actuar consecuentemente con sus principios y de imitar a la gente que se estima. El corazón del hombre es siempre recto en todo lo que no le afecta personalmente. En las disputas en las que somos meros espectadores, enseguida tomamos partido por la justicia, y no hay acto de maldad que, en tanto en cuanto no le saquemos algún provecho, no nos provoque una viva indignación; pero, cuando se mete el interés por medio, nuestros sentimientos se corrompen al punto y sólo entonces preferimos el mal útil al bien que nos hace amar la naturaleza. ¿No es una consecuencia necesaria de la esencia de las cosas que el malvado saque doble ventaja, de su injusticia y de la probidad del prójimo? ¿Qué trato tan ventajoso no habría de hacer obligando a todos a ser justos, salvo él, de modo que todos le diesen fielmente lo suyo y él no rindiera su débito a nadie? Sin duda, quiere la virtud, pero en los otros, porque espera aprovecharse de ella; pero no la quiere para sí, porque le sería gravosa. Así pues, ¿qué va a ver al espectáculo? Precisamente lo que querría encontrar en todas partes: lecciones de virtud para el público, del que se excluye; gente que inmole todo a su deber, y que a él no se le exija nada.

Oigo decir que la tragedia lleva a la piedad por medio del terror. Puede, pero ¿qué piedad es ésa? Una emoción pasajera y vana que no dura más que la ilusión que la produce, un resto de sentimiento natural asfixiado al punto por las pasiones, una piedad estéril alimentada con algunas lágrimas y que jamás ha producido el menor acto de humanidad. Así lloraba el sanguinario Sila con el relato de los males que él no había perpetrado. Así se ocultaba el tirano de Feres en el espectáculo, por temor a que le vieran gemir con Andrómaca y Príamo, mientras oía sin inmutarse los gritos de

---

<sup>13</sup> Trátase aquí de la belleza moral, y, digan lo que digan los filósofos, ese amor es congénito en el hombre y sirve de principio a la conciencia. [Como ejemplo de esto puedo citar la obra *Nanine*, que levantó murmullos en la asamblea y sólo se mantuvo por la gran reputación de su autor. Y todo porque en ella se prefiere el honor, la virtud y los puros sentimientos de la naturaleza al impertinente prejuicio de las condiciones sociales.]

tantos desgraciados a quienes mandaba degollar diariamente<sup>14</sup>.

Si, como observa Diógenes Laercio, el corazón se conmueve más fácilmente ante los males fingidos que ante los verdaderos, si las imitaciones teatrales nos arrancan a veces más llantos de los que provocaría la propia presencia de los objetos imitados, no es tanto, según piensa el abate Du Bos, por la debilidad de las emociones, que no llegan a doler<sup>15</sup>, como por su pureza y carencia de inquietud hacia nosotros mismos. Llorando ante esas ficciones, satisfacemos todos los derechos de la humanidad sin tener que poner nada más del nuestro, mientras que los desgraciados de verdad nos exigirían cuidados, alivios, consuelos y desvelos que podrían ligarnos a sus penas, o que al menos costarían algo a nuestra indolencia, y sin los que estamos muy a gusto. Diríase que se nos encoge el corazón por miedo a conmovirse a nuestra costa.

En el fondo, cuando un hombre va a admirar bellas gestas en fábulas y a llorar desgracias imaginarias, ¿qué se le puede pedir? ¿No está contento de sí mismo? ¿No se felicita por su buen espíritu? ¿No ha saldado su deuda con la virtud mediante el homenaje que acaba de rendirle? ¿Qué más queríamos que hiciese, que la pusiese en practica? Para eso no tiene papel; no es comediante.

Cuanto más reflexiono sobre ello, más me parece que todo lo que se representa en el teatro, lejos de estar a nuestro alcance, se nos aparta. Viendo al conde de Essex, el reinado de Isabel retrocede diez siglos ante mis ojos, y si se representase un acontecimiento ocurrido ayer en París, me lo harían suponer del tiempo de Molière. El teatro tiene sus reglas, sus máximas, aparte de su moral, su lenguaje y su vestimenta. Se dice con razón que nada de eso nos conviene, y nos creeríamos tan ridículos adoptando las virtudes de sus héroes como hablando en verso o endosándonos un vestido a la romana. Ved, pues, poco más o menos para lo que valen tan grandes sentimientos y todos esos brillantes principios alabados con tanto énfasis: para relegarlos eternamente al escenario y para mostrarnos la virtud como una actuación teatral, apta para divertir al público pero que sería una locura querer trasladar seriamente a la sociedad. Así, la impresión más ventajosa de las mejores tragedias consiste en reducir a unos cuantos sentimientos pasajeros, estériles y sin consecuencias todos los

---

<sup>14</sup> Cuenta Tácito que Valerio Asiático, acusado calumniosamente por orden de Mesalina, que quería hacerle desaparecer, se defendió ante el emperador de tal modo que conmovió sobremanera al príncipe y arrancó lágrimas a la misma Mesalina. Ésta se fue a un cuarto contiguo a reponerse, no sin antes, hecha un mar de lágrimas, haber advertido a Vitelio al oído de que no dejara escapar al acusado. Yo no veo en el espectáculo a ninguna de esas lloronas de palco tan orgullosas de sus lágrimas que no me haga pensar en las de Mesalina por el pobre Valerio Asiático.

<sup>15</sup> Dice que el poeta no nos aflige más que en la medida que nosotros queremos, y que no nos hace amar a sus héroes sino hasta donde a nosotros nos gusta. Esto va contra toda experiencia. Muchos dejan de ir a ver tragedias porque se conmueven hasta el punto de sentirse incómodos; otros, a quienes da vergüenza llorar en los espectáculos, lo hacen, sin embargo, a su pesar, y dichos efectos no son tan raros como para ser sólo una excepción al principio de este autor.

deberes de la vida humana, más o menos como esa gente educada que cree haber hecho un acto [de hombría, hasta hacernos aplaudir nuestro coraje alabando el de otros, y nuestra humanidad lamentando los males que no habríamos podido curar con el nuestro] de caridad diciendo al pobre «que Dios le ampare».

Se puede, bien es cierto, dar un aparato más sencillo a la escena y acercar en la comedia el tono del teatro al del mundo, pero de este modo no se corrigen las costumbres, se las pinta, de manera que un rostro feo no le parece tal a quien lo tiene. Si se las quiere corregir tan sólo por su contenido, entonces se abandona lo verosímil y natural, y el cuadro ya no surte efecto. El contenido no convierte en odiosos los objetos, tan sólo los hace irrisorios, y de ahí surge un gran inconveniente: a fuerza de temer el ridículo, los vicios dejan de horrorizar y no se sabría curar lo primero sin fomentar los segundos. ¿Por qué —me dirá— suponer necesaria esa oposición? Porque los buenos no ridiculizan a los malos, sino que los aplastan con su desprecio, y nada es menos divertido y risible que la indignación de la virtud. El ridículo, por el contrario, es el arma favorita del vicio. Con ella, atacando en el fondo de los corazones el respeto debido a la virtud, acaba por apagar el amor que se le tiene.

Así, todo nos fuerza a abandonar esa vana idea de perfección que quiere dársenos de la forma de los espectáculos dirigidos hacia la unidad pública. Es un error, decía el grave Muralt, esperar que se muestre fielmente en ellos la verdadera relación de las cosas, pues, por lo general, el poeta no puede sino alterar tal relación para acomodarla al gusto del pueblo. En lo cómico, la reduce y coloca por debajo del hombre; en lo trágico, la ensancha para hacerla heroica y la coloca por encima de la humanidad. De modo que nunca están a su medida y siempre vemos en el teatro seres distintos a nuestros semejantes. Añadiré que esta diferencia es tan verdadera y conocida que Aristóteles la eleva a categoría de regla en su *Poética: Comedia enim deteriores, Tragoedia meliores quam nunc sunt imitari conantur*. ¿No es eso una imitación bien entendida, que se propone como objeto lo que no es y, entre el exceso y el defecto, deja lo que es como algo inútil? Pero ¿qué importa la verdad de la imitación si lleva consigo ilusión? Tan sólo se trata de picar la curiosidad del pueblo. Esos productos del ingenio, como la mayor parte de los demás, tan sólo persiguen el aplauso. Cuando el autor lo recibe y los actores participan de él en su medida, la obra ha cumplido su objetivo y no se busca ninguna otra utilidad. Mas, si el bien es nulo, queda el mal; y, como éste no es dudoso, la cuestión me parece decidida. Pero pasemos a ver algunos ejemplos que hagan la solución más palpable.

Creo poder adelantar, como verdad fácil de probar al ser consecuencia de las precedentes, que el teatro francés, con los defectos que aún mantiene, es sin embargo sobre poco más o menos todo lo perfecto que podría ser, tanto en lo que se refiere al agrado como a la utilidad, y que estas dos ventajas las posee en una proporción tal que sería imposible modificarla sin quitar a una más de lo que pudiera darse a la otra, lo que haría ese teatro aún menos perfecto. Y no se trata de que un hombre de ingenio no pueda inventar un género de obras preferible a los existentes, sino de que tal

género, necesitando el talento del autor para mantenerse, parece necesariamente con él; y los sucesores, desprovistos de los mismos recursos, se verán siempre forzados a echar mano de los medios comunes para captar el interés y agradan ¿Cuáles son dichos medios entre nosotros? Acciones célebres, grandes nombres, grandes crímenes y grandes virtudes en la tragedia; lo cómico y divertido en la comedia, y siempre el amor en ambas. Me pregunto qué provecho pueden sacar las costumbres de todo eso.

Se me dirá que en esas obras siempre se castiga el crimen y se recompensa la virtud, y yo respondo que, aun cuando eso fuera cierto, como la mayor parte de las acciones trágicas no son sino puras fábulas, sucesos que todo el mundo sabe que son invención del poeta, no causan gran impresión en los espectadores. A fuerza de mostrarles que se los quiere instruir, y a no se los instruye. Y añadido que esos castigos y recompensas se llevan a cabo con medios tan extraordinarios [poco comunes]<sup>16</sup>, que no se espera nada semejante en el acontecer natural de las cosas humanas. Para acabar, respondo negando el hecho. Ni es ni puede ser generalmente verdad, pues ese objetivo, al no ser al que los autores dirigen sus obras, rara vez se ven en el deber de alcanzarlo y a menudo sería un obstáculo para lograr el éxito. Vicio o virtud, poco importa con tal de que se impongan con apariencia grandiosa. Igualmente, el teatro francés, sin discusión el más perfecto, o por lo menos el más regular de cuantos han existido, representa tanto el triunfo de grandes criminales como el de los más ilustres héroes. Ahí están como muestra los Catilina, Mahoma, Atreo y otros muchos.

Me doy perfecta cuenta de que no hay que fijarse siempre en la catástrofe para poder juzgar el efecto moral de una tragedia y que, en este sentido, el fin se consigue cuando hace que uno se interese más por el desgraciado virtuoso que por el culpable feliz, lo que no impide que en tal caso se viole la presunta regla. Como no hay nadie que no prefiriera ser Británico antes que Nerón, convengo en que debe tomarse en esto por buena la obra que los representa, aunque Británico perezca en ella; pero, por el mismo principio, ¿cómo habríamos de juzgar una tragedia en la que, por más que se castigue a los criminales, aparecen con un aspecto tan favorable que atraen hacia sí todo el interés?, ¿o en la que Catón, el más grande de los humanos, hace el papel de pedante?, ¿o en la que Cicerón, el salvador de la República, Cicerón, el primero en ser honrado con el nombre de padre de la patria de todos cuantos lo llevaron y el único que lo mereció, nos es presentado como un vil retórico, un cobarde, mientras el infame Catilina, cubierto de crímenes que no osaríamos nombrar, dispuesto a degollar a todos sus magistrados y a reducir su patria a cenizas, desempeña el papel de un gran hombre y concita con su talento, firmeza y coraje toda la estima de los espectadores? Aun concediendo que tuviese valor, ¿era por eso menos un facineroso detestable?, ¿y

---

<sup>16</sup> Los griegos no necesitaban fundamentar en el amor el principal interés de su tragedia y de hecho no lo hacían. La nuestra, que no dispone del mismo recurso, no podría pasarse sin ese interés. Veremos a continuación la razón de tal diferencia.

había que dar a las fechorías de un bandido el colorido de las hazañas de un héroe? ¿A qué conduce, pues, la lección moral de semejante obra si no es a animar a los Catilinas y a dar a los malvados hábiles el premio de la estima pública que se debe a las gentes de bien? Pero tal es el gusto que hay que alabar en el escenario, tales las costumbres de un siglo instruido. El saber, la inteligencia y el coraje son los únicos en tener nuestra admiración, mientras tú, dulce y modesta virtud, te quedas siempre sin honores. ¡Qué ciegos estamos en medio de tantas luces! Víctimas de nuestro aplauso insensato, ¿no aprenderemos nunca cuánto desprecio y odio merece todo hombre que, para desgracia del género humano, abusa del talento que le dio la naturaleza?

Atreo y Mahoma carecen incluso del débil recurso del desenlace. El monstruo que hace de héroe en cada una de esas dos obras acaba apaciblemente sus fechorías, disfruta con ellas e incluso uno de ellos lo dice expresamente en el último verso de la tragedia:

*Et je jouis en fin du prix de mes forfaits*  
«Y disfruto, en fin, del premio a mis fechorías.»

Quiero suponer que los espectadores, despedidos con esta bella máxima, no van a sacar en conclusión que el crimen tiene, pues, un premio de placer y goce; pero me pregunto, finalmente, en qué puede haberles aprovechado la obra que pone dicha máxima como ejemplo.

En cuanto a Mahoma, el defecto de vincular en dicha obra la admiración pública al culpable habría sido mucho mayor, por cuanto éste tiene otro colorido, si el autor no hubiese tenido la precaución de manifestar interés de respeto y veneración por un segundo personaje, capaz de borrar o al menos de equilibrar el terror y estupefacción que Mahoma inspira. Sobre todo la escena que tienen juntos está llevada con tanto arte que Mahoma, sin desdeñarse, sin perder un ápice de la superioridad que le corresponde, se ve, sin embargo, eclipsado por el simple buen juicio y virtud de Zópiro<sup>17</sup>. Tenía que ser un autor que conociera bien su fuerza para atreverse a poner cara a cara a dos interlocutores semejantes. Jamás he oído que se hay an hecho de esta

---

<sup>17</sup> Recuerdo haber encontrado en Omar más calor y grandeza frente a Zópiro que en el propio Mahoma, y tomaba eso como defecto. Pensándolo mejor, he cambiado de parecer. Omar, llevado de su fanatismo, no debe sino hablar de su maestro con el entusiasmo de celo y admiración que lo coloca por encima de la humanidad; pero Mahoma no es un fanático, es un picaro que, sabiendo perfectamente que no se trata de hacerse el inspirado frente a Zópiro, busca ganárselo con una confianza afectada y por motivos de ambición. Este tinte de razón tiene que hacerle menos brillante que Omar, precisamente porque es más grande y sabe distinguir mejor a los hombres. Lo dice incluso él mismo, o lo da a entender así en la escena. Era, por tanto, culpa mía si no lo había visto. Eso es lo que nos pasa a los autores pequeños, que, al querer censurar los escritos de nuestros maestros, nuestro atolondramiento nos hace ver mil faltas donde los hombres de buen discernimiento encuentran bellezas.

escena en concreto todos los elogios que, a mi entender, merece y, sin embargo, no conozco ni una sola del teatro francés donde la mano de un gran maestro haya dejado una impronta más apreciable y donde el sagrado carácter de la virtud prevalezca más claramente sobre la grandeza del talento.

Otra consideración que tiende a justificar esta obra es que no se trata sólo de presentar fechorías, sino los crímenes del fanatismo en particular, para enseñar al pueblo a conocerlo y a defenderse de él. Por desgracia, tales diligencias son completamente inútiles y no siempre están libres de peligro. El fanatismo no es un error, sino un furor ciego y estúpido que la razón no detiene jamás, y el único secreto para impedir que surja es contener a los que lo provocan. Ya puede usted demostrar a unos locos que sus jefes los engañan, que no por eso los seguirán menos fervorosamente. Una vez que el fanatismo existe, no veo por el momento más que un medio de impedir su progreso, y es emplear contra él sus propias armas. No se trata de razonar ni de vencer, hay que dejar la filosofía, cerrar los libros, coger la espada y castigar a los bribones. Además, mucho me temo, con relación a Mahoma, que su grandeza de espíritu no disminuya en gran medida a los ojos de los espectadores la atrocidad de sus crímenes y que semejante obra, representada ante gente dispuesta a elegir, no hiciera más Mahomas que Zópiros. Al menos lo que es bien seguro es que tales ejemplos no son muy alentadores para la virtud.

El negro Atreo no tiene ninguna de esas excusas. El horror que inspira no vale absolutamente para nada: no nos enseña más que a estremecernos por su crimen y, aunque sólo sea grande por su furia, no hay en toda la obra un solo personaje que por su carácter sea capaz de compartir con él la atención del público, pues al empalagoso Plístenes no sé cómo ha podido soportársele en semejante tragedia. Séneca no puso el más mínimo amor en la suya, y, dado que el autor moderno pudo optar por imitarlo en todo lo demás, hubiera debido hacerlo también en eso. Sin duda hay que tener buen estómago para aguantar conversaciones galantes junto a las escenas de Atreo.

Antes de terminar con esta obra, no puedo por menos de subrayar un mérito que puede parecer defecto a mucha gente. El papel de Tiestes es quizá de todos cuantos se han puesto en nuestro teatro el que más conserva el sabor a antiguo. No es un héroe arrojado ni un modelo de virtud, aunque tampoco puede decirse que sea un malvado<sup>18</sup>. Es un hombre débil y, sin embargo, interesante por el solo hecho de ser hombre y desgraciado. Me parece igualmente que sólo por eso el sentimiento que excita es extremadamente dulce y conmovedor, ya que ese hombre está muy cerca de cada uno de nosotros; mientras, el heroísmo nos agobia más de lo que nos afecta porque, después de todo, no sabemos qué hacer con él. ¿No sería más de desear que nuestros sublimes autores se dignasen bajar un poco de su continua elevación y nos

---

<sup>18</sup> Y la prueba es que interesa. En cuanto a la falta por la que es castigado, es antigua, está más que expiada y además es poca cosa para un malvado de teatro, que nadie considera tal si no hace temblar de horror.

conmovieran alguna vez con la simple humanidad doliente, no sea que, por no sentir piedad más que hacia nuestros desgraciados héroes, acabemos no sintiéndola jamás por nadie? Los antiguos tenían héroes y, sin embargo, ponían hombres en sus teatros; nosotros, por el contrario, apenas si tenemos hombres y no ponemos más que héroes. Los antiguos hablaban de la humanidad con frases menos engoladas, pero sabían ponerla mejor en práctica. Se nos podría aplicar a nosotros y a ellos un hecho referido por Plutarco y que no puedo por menos de transcribir. Un viejo de Atenas buscaba sitio en el espectáculo y no lo encontraba; unos jóvenes, apenas lo vieron, le hicieron señas a lo lejos, pero, cuando llegó, se apretaron y se mofaron de él. El buen hombre dio así la vuelta al teatro sin saber qué postura tomar y abucheado en todo momento por la juventud. Los embajadores de Esparta se dieron cuenta y, levantándose al instante, colocaron honorablemente al viejo en medio de ellos. De esta acción se apercibieron todos los espectadores, que la acogieron con un aplauso general. « ¡Ay, qué desgracia! —exclamó el buen viejo en un tono dolorido—. *Los atenienses saben lo que está bien, pero los lacedemonios lo practican* ». He ahí la filosofía moderna y las costumbres antiguas.

Volviendo a mi tema, ¿qué se aprende en *Fedra* y *Edipo* sino que el hombre no es libre y que el cielo lo castiga por los crímenes que le obliga a cometer? ¿Qué se aprende en *Medea* sino el límite de crueldad y desnaturalización al que la furia de los celos puede llevar a una madre? Fíjese en la mayor parte de las obras de teatro francesas y encontrará en casi todas monstruos abominables, acciones atroces, útiles, si se quiere, para dar interés a las obras y ejercicio a las virtudes, pero peligrosas sin duda en cuanto que acostumbran los ojos del pueblo a horrores que ni siquiera debería conocer y a fechorías que no debería suponer que fueran posibles. Ni siquiera es verdad que en dichas obras aparezcan siempre el asesinato y el parricidio como odiosos. No sé en favor de qué cómodos supuestos se los hace permisibles o excusables. Cuesta trabajo no disculpar a una Fedra incestuosa y derramando sangre inocente. Sifax envenenando a su mujer, el joven Horacio apuñalando a su hermana, Agamenón inmolando a su hija y Orestes degollando a su madre no dejan de ser personajes interesantes, a lo cual se añade que el autor, para lograr que cada uno hable según su carácter, se ve forzado a poner en boca de los malvados sus máximas y principios, revestidos con todo el esplendor de los bellos versos y declamados con tono imponente y sentencioso para instrucción del patio de butacas.

Si los griegos aguantaban tales espectáculos era porque, siendo representaciones de las antigüedades nacionales que corrían en todo tiempo de boca en boca entre el pueblo, tenían sus razones para recordarlas sin cesar y cuya parte odiosa entraba incluso en sus puntos de vista. Privada de los mismos motivos y del mismo interés, ¿cómo puede la tragedia encontrar entre ustedes espectadores capaces de apoyar los cuadros que les presenta y a los personajes que intervienen? Uno mata a su padre, se casa con su madre y se convierte en el hermano de sus hijos; otro fuerza a que un hijo degüelle a su padre; un tercero obliga a un padre a beber la sangre de su hijo. ¡Se echa

uno a temblar sólo de pensar en los horrores con que se adorna al teatro francés para divertir al pueblo más dulce y humano que hay sobre la faz de la tierra! No. Lo mantengo, y compruebo el espanto de los lectores: las matanzas de los gladiadores no eran tan bárbaras como esos horrorosos espectáculos. Se veía correr la sangre, es cierto, pero no se manchaba su imaginación con crímenes que hacen temblar a la naturaleza.

Menos mal que la tragedia tal como es está tan lejos de nosotros, nos presenta seres tan gigantescos, tan ampulosos, tan quiméricos, que el ejemplo de sus vicios no es apenas más contagioso que inútil el de sus virtudes, y en la misma proporción que menos quiere instruirnos, menos daños nos hace. Pero no ocurre lo mismo con la comedia, cuyas costumbres guardan con las nuestras una relación más inmediata y cuyos personajes se parecen más a los hombres. Todo en ellas es malo y pernicioso, todo tiene importancia para los espectadores. Incluso el placer de lo cómico, al fundarse en un vicio del corazón humano, es una consecuencia del principio según el cual, cuanto más agradable y perfecta es la comedia, más funesto es su efecto para las costumbres; pero, sin repetir lo que ya he dicho de su naturaleza, me voy a limitar aquí a aplicarlo y a echar una ojeada a su teatro cómico.

Tomémosle en su perfección, es decir, en su nacimiento. Conviénese, y cada día será mayor la convicción, en que Molière es el más perfecto autor cómico de cuantos conocemos por sus obras; pero ¿quién puede disentir igualmente de que el teatro de ese mismo Molière, de cuyos talentos soy más admirador que nadie, sea una escuela de vicios y malas costumbres, más peligrosas que los libros mismos en los que se hace profesión de enseñarlas? Su mayor cuidado es tornar la bondad y sencillez en ridículo, así como poner la astucia y mentira del lado por el que se toma partido. Sus gentes de bien no son sino gente que habla; sus viciosos son gente que actúa y a quienes favorecen por lo común los más brillantes éxitos. En fin, el honor de los aplausos, rara vez para el más estimable, es casi siempre para el más hábil.

Examine la comicidad de este autor: en todas partes encontrará que los vicios de carácter son su instrumento, como los defectos naturales su tema; que la malicia de uno castiga la simplicidad de otro y que los tontos son las víctimas de los malos, lo cual, aun siendo demasiado verdad en la realidad, no por eso es mejor llevarlo al teatro con apariencia de aprobación, como para excitar a las mentes péfidas a castigar, bajo el nombre de estulticia, el candor de la buena gente.

*Dat veniam corvis, vexat censura columbas.*

Ése es el espíritu general de Molière y de sus imitadores. Son gente que, todo lo más, critica alguna vez los vicios sin jamás llevar a amar la virtud. De ellos decía un antiguo que saben despabilar muy bien la lámpara, pero que nunca le echan aceite.

Vea cómo, por multiplicar sus bromas, este hombre perturba todo el orden social. ¡Con qué escándalo cambia completamente las relaciones en las que se funda; cómo

torna en irrisión los respetables derechos de los padres sobre sus hijos, de los maridos sobre sus mujeres, de los amos sobre sus criados! Hace reír, es verdad, y no hace con eso sino convertirse en más culpable al forzar con un encanto invencible a que incluso los sabios se presten a unas críticas que deberían atraer su indignación. Oigo decir que ataca los vicios, pero querría que se comparasen aquellos que ataca con los que secunda. ¿Quién es más censurable, un burgués sin talento y vano que hace tontamente de gentilhomme, o el gentilhomme bribón que le engaña? En la obra de la que hablo, ¿acaso no es este último el hombre de bien? ¿No es por él por quien siente interés el público, y no le aplaude a cada mala pasada que le juega el otro?

¿Quién es más criminal, un gañán lo bastante loco para casarse con una señorita, o una mujer que intenta deshonorar a su marido? ¿Qué pensar de una obra en la que el público aplaude la infidelidad, la mentira, la desvergüenza de ésta y se ríe de la estupidez del palurdo castigado? Vicio y grande es ser avaro y prestar con usura, pero ¿no es otro aún mayor que un hijo robe a su padre, que le falte al respeto, que le haga mil reproches insultantes y que, cuando ese padre irritado le maldiga, responda en tono burlón que no necesita para nada sus regalos? Si la broma es excelente, ¿es por eso menos punible? Y la obra en la que se hace querer al hijo insolente que la ha perpetrado ¿deja de ser por eso una escuela de malas costumbres?

No me detendré en hablar de los criados. Por todos son condenados<sup>19</sup>, y sería tan poco exacto imputar a Molière los errores de sus modelos y de su época como que él mismo se haya corregido de ellos. No invoquemos ni las irregularidades que puedan encontrarse en sus obras de juventud ni lo que haya de menos bueno en las demás y pasemos de seguida a la que se reconoce unánimemente como su obra maestra, quiero decir *El misántropo*.

Encuentro que esta comedia nos descubre mejor que ninguna otra las verdaderas miras con las que Molière ha compuesto su teatro y nos permite juzgar mejor sus verdaderos efectos. Debiendo agradar al público, ha consultado el gusto más general de cuantos lo componen, sobre el cual se ha fabricado un modelo y sobre éste un cuadro con los defectos contrarios, del cual ha extraído sus caracteres cómicos y cuyos diversos rasgos ha distribuido en sus obras. No ha pretendido, pues, formar un hombre de bien sino un hombre de mundo. Por consiguiente, no ha querido corregir los vicios, sino las ridiculeces y, como ya he dicho, ha encontrado en el vicio mismo un instrumento muy apropiado para lograrlo. Así, queriendo exponer a la irrisión pública todos los defectos que se oponen a las cualidades del hombre amable,

---

<sup>19</sup> No entro a decidir si efectivamente hay que condenarlos. Es posible que los criados no sean más que los instrumentos de maldad de sus dueños desde que éstos les han privado del honor de la invención. Sin embargo, dudaría de que en esto la imagen demasiado ingenua de la sociedad fuese buena para el teatro. Suponiendo que hagan falta algunas trapacerías en las obras, no sé si no valdría más encargárselas sólo a los criados y que la gente honorable fuese también gente honrada, al menos en el escenario.

del hombre de sociedad, luego de haber interpretado tantas otras ridiculeces, le quedaba aquella que el mundo menos perdona, la ridiculez de la virtud, y es lo que ha hecho en *El misántropo*.

No podría usted negarme dos cosas: una, que Alcestes en esta obra es un hombre recto, sincero, estimable, un verdadero hombre de bien; y otra, que el autor le da un personaje ridículo. Es suficiente, me parece, para que Molière no tenga excusa. Se podría decir que en Alcestes ha representado, no la virtud, sino un verdadero defecto, que es el odio de los hombres. A eso respondo que no es verdad que hay a puesto ese odio en su personaje, el nombre de Misántropo no tiene por qué imponer, como si el que lo lleva fuera un enemigo del género humano. Tal odio no sería un defecto, sino una depravación de la naturaleza y el mayor de todos los vicios, pues, dado que todas las virtudes sociales están relacionadas con la beneficencia, nada les es tan directamente contrario como la falta de humanidad. El auténtico misántropo es un monstruo. Si existiera, no haría reír, produciría horror. Puede que hay a visto usted en la Comedia Italiana una obra titulada *La vida es un sueño*. Si recuerda al protagonista de esta obra, ése es el auténtico misántropo.

Así pues, ¿qué es el Misántropo de Molière? Un hombre de bien que detesta las costumbres de su época y la maldad de sus contemporáneos; que, precisamente porque ama a sus semejantes, odia en ellos los males que recíprocamente se hacen y los vicios que los generan. ¿Acaso sería más humano si le afectaran menos los errores de la humanidad y le indignaran menos las iniquidades que ve? Sería tanto como decir que un padre sensible ama más a los hijos del prójimo que a los suyos, porque se irrita con las faltas de éstos y nunca dice nada a los otros.

Esos sentimientos del Misántropo están perfectamente desarrollados en su papel. Dice, lo reconozco, que ha concebido un odio espantoso contra el género humano; pero ¿en qué ocasión lo dice?<sup>20</sup> Cuando, indignado por haber visto que su amigo traicionaba cobardemente su sentimiento y engañaba al hombre que se lo preguntaba, se ve incluso personalmente tomado a broma en lo más fuerte de su cólera. Es natural que dicha cólera degenere en arrebato y le lleve a decir en ese momento más de lo que piensa a sangre fría. Por otra parte, la razón que da de ese odio universal justifica plenamente su causa:

Unos, porque son malos,  
y otros, por ser complacientes con ellos.

---

<sup>20</sup> Advierto que, al estar sin libros, sin memoria, y no teniendo por todo material más que un confuso recuerdo de las observaciones que he hecho otras veces acerca del espectáculo, puedo equivocarme en las citas y trastocar el orden de las obras; pero, aun cuando mis ejemplos fueran poco exactos, mis razones no lo serían, toda vez que no han sido extraídas de tal o cual obra, sino del espíritu general del teatro, que he estudiado bien.

No es, pues, de los hombres de quienes es enemigo, sino de la maldad de unos y del apoyo que dicha maldad encuentra en otros. Si no hubiera bribones ni aduladores, amaría a todo el mundo. No hay hombre de bien que no sea misántropo en ese sentido; o mejor, los auténticos misántropos son los que no piensan así, pues, en el fondo, no conozco mayor enemigo del hombre que el amigo de todos, quien, siempre encantado de todo, anima incesantemente a los malvados y adula con su culpable complacencia los vicios de los que nacen todos los desórdenes de la sociedad.

Una prueba bien segura de que Alceste no es un misántropo al pie de la letra, es que con sus brusquedades y sus despropósitos no deja de interesar y agradar. Los espectadores no querían, en verdad, parecerse, pues tanta rectitud es harto incómoda; pero ninguno de ellos se molestaría si tuviera que ver con alguien que se le pareciera, lo que no ocurriría si fuera enemigo declarado del hombre. En todas las demás obras de Molière el personaje ridículo es siempre odioso y despreciable; en ésta, aunque Alceste tenga defectos reales de los que no se hace mal en reír, se siente sin embargo en el fondo del corazón un respeto por él del que no se puede uno librar. En esta ocasión la fuerza de la virtud gana al arte del autor y hace honor a su carácter. Aunque Molière hiciera obras reprensibles, personalmente era hombre de bien, y nunca el pincel de un hombre de bien supo cubrir con colores odiosos los trazos de la rectitud y la probidad. Hay más: Molière puso en boca de Alceste tan gran número de sus propios principios que algunos pensaron que se había querido pintar a sí mismo. Y eso se puso de manifiesto en el despecho que sintió el público en la primera representación al no ser del parecer del Misántropo en cuanto al soneto, pues se vio claro que era la opinión del autor.

Sin embargo, carácter tan virtuoso nos es presentado como ridículo, y lo es en efecto en ciertos aspectos; mas lo que demuestra que la intención del poeta era de hacerle tal, es el del amigo Filinto, con quien le contrapone. Ese Filinto es el prudente de la obra, una de esas personas honorables del gran mundo, cuyas máximas se parecen mucho a las de los bribones; de esa gente tan suave y moderada que encuentra siempre que todo va bien, porque no tiene el menor interés en que nada vaya mejor; que siempre está contenta de todos, porque no se preocupa de nadie; que, en tomo a una buena mesa, sostiene que no es verdad que el pueblo padezca hambre; que, con la andorga bien repleta, ve muy mal que se clame en favor de los pobres; que, desde su casa bien cerrada, vería robar, saquear, degollar, asesinar a todo el género humano sin pestañear, toda vez que Dios la ha provisto de una dulzura muy capaz de soportar los males ajenos.

Bien se ve que la flema razonadora de éste es muy propia para redoblar y hacer saltar de una manera cómica los arrebatos del otro. Sin embargo, el error de Molière no está en haber hecho del Misántropo un hombre colérico y bilioso, sino en haberle dotado de furias pueriles en temas que no hubieran debido inmutarle. El carácter del Misántropo no está a disposición del poeta, sino que está determinado por la naturaleza de su pasión dominante. Dicha pasión es un odio violento al vicio, nacido

de un amor ardiente por la virtud, y agriada por el espectáculo continuo de la maldad de los hombres. Sólo un alma grande y noble puede ser capaz de eso. El horror y el desprecio que esa misma pasión alimenta en ella hacia todos los vicios que la han irritado sirven igualmente para apartarlos del corazón que dicha pasión agita. Además, la contemplación continua de los desórdenes de la sociedad le aparta de sí y le hace fijar toda su atención en el género humano. Tal costumbre eleva, engrandece sus ideas, destruye en él las bajas inclinaciones que nutren y concentran el amor propio, y de ese concurso nace una determinada presencia de ánimo, un orgullo de carácter que no deja asidero en el fondo de su alma sino a sentimientos dignos de ocuparla.

Y no es que el hombre no siga siendo hombre, que la pasión no le vuelva a menudo débil, injusto y poco razonable, que no espíe quizá los motivos ocultos de las acciones de los demás con el secreto placer de ver en ellas la corrupción de sus corazones, que un leve mal no le provoque a menudo gran cólera y que, irritándole a posta, un malvado hábil no pueda lograr hacerle pasar a él también por malvado; pero no es menos cierto que no todos los medios son buenos para producir tales efectos y que deben ajustarse a su carácter para hacerlo verosímil, sin lo cual sería tanto como sustituir al Misántropo por otro hombre y pintármolo con rasgos que no son los suyos.

He ahí, pues, por qué lado ha de manifestar sus defectos el carácter del Misántropo y también qué uso tan admirable hace de ello Molière en todas las escenas de Alceste con su amigo, en las cuales las frías máximas y burlas de éste, sacando de quicio al otro a cada instante, le hacen decir mil oportunísimas impertinencias; pero ese carácter áspero y duro que tanta hiel y amargura le produce en cada ocasión, le aparta al mismo tiempo de todo disgusto pueril, carente de fundamento razonable, y de todo interés personal demasiado grande, del que de ningún modo debe ser capaz. Que se exceda ante todos los desórdenes de los que no es más que testigo, no es sino añadir nuevos trazos al cuadro; pero debe permanecer frío ante quien se dirige directamente a él, pues, al haber declarado la guerra a los malvados, no ha de esperar sino que éstos se la declaren a su vez. Si no hubiera previsto el mal que su franqueza iba a acarrearle, ésta habría sido una torpeza y no una virtud. Debe aguantar sin murmurar que una mujer falsa le traicione, que amigos indignos le deshonren y que amigos débiles le abandonen, pues él conoce a los hombres.

Si tales distinciones son exactas, Molière ha captado mal al Misántropo. ¿Piénsase que ha sido por error? Sin duda que no; pero mire por dónde el deseo de hacer reír a expensas del personaje le ha obligado a degradarlo contra la verdad del carácter.

Tras la aventura del soneto, ¿cómo es posible que Alceste no espere los malos modos de Orontes? ¿Puede extrañarse cuando se le avisa, como si fuera la primera vez que hubiera sido sincero en su vida o la primera vez que su sinceridad le hubiera procurado un enemigo? ¿No debe prepararse tranquilamente a perder su proceso, lejos de mostrar por adelantado un despecho infantil?

*Ce sont vingt mille francs qu'il m'en pourra coûter;  
Mais pour vingt mille francs j'aurai droit de pester*<sup>21</sup>.

Un misántropo no tiene por qué comprar tan caro el derecho a despotricar, no tiene más que abrir los ojos, y además no aprecia bastante el dinero al creer que, por haber perdido un pleito, ha adquirido un nuevo derecho en ese punto; pero había que hacer reír al público.

En la escena con Dubois, cuantos más motivos tiene Alcestes para impacientarse, más flemático y frío debe permanecer, dado que el atolondramiento del criado no es un vicio. El misántropo y el hombre fuera de sí son dos caracteres muy diferentes. Era la ocasión para distinguirlos y Molière no lo ignoraba, pero había que hacer reír al personal.

Aun a riesgo de hacer reír también al lector a mis expensas, me atrevo a acusar a este autor de haber echado a perder muy grandes conveniencias, una grandísima verdad y puede que nuevas bellezas de situación. ¿Significaba tanto cambio en su planteamiento el que Filinto hubiera entrado como actor necesario en el nudo de su obra, de suerte que pudieran ponerse las acciones de Filinto y Alcestes en aparente oposición a sus principios y en perfecta conformidad con sus caracteres? Quiero decir que el Misántropo tenía que estar siempre furioso contra los vicios públicos e impasible ante las maldades personales de las que era víctima, mientras, por el contrario, el filósofo Filinto debía ver con flema estoica todos los desórdenes de la sociedad y montar en cólera al menor agravio que se hiciera a su persona. En efecto, observo que esas personas tan sosegadas ante las injusticias públicas son siempre las que más alborotan al menor mal que se les haga y que no mantienen su filosofía sino el tiempo justo que no la necesitan para sí mismos. Se parecen a aquel irlandés que no quería salir de la cama aun a sabiendas de que había fuego en la casa. ¡Que se quema la casa! —le gritaban—. ¡Y a mí que! —respondía—, ¡yo soy inquilino! Por fin el fuego llegó a la habitación donde se hallaba e inmediatamente se echó fuera, corrió, gritó, gesticuló y comprendió que a veces hay que interesarse por la casa en que se vive, aunque no sea la de uno.

Me parece que, al tratar los caracteres en cuestión bajo esta idea, ambos hubieran sido más auténticos, más teatrales, y que el de Alcestes hubiera causado un efecto incomparablemente mayor; pero entonces el patio de butacas no se habría podido reír más que a costa del hombre de mundo, cuando la intención del autor era que se rieran a expensas del misántropo<sup>22</sup>.

---

21 Podrá costarme mil francos; pero por ese dinero tendré derecho a echar pestes.

22 No me cabe la menor duda de que, con la idea que acabo de proponer, un hombre de ingenio habría podido hacer un nuevo misántropo no menos auténtico y natural que el ateniense, igual en mérito al de Molière e incomparablemente más instructivo. Sólo veo un inconveniente en esta

En la misma línea, le hace decir a veces frases graciosas con un gusto completamente contrario al que pretende. Tal es el remate de la escena del soneto:

*La peste de ta chute, empoisonneur au Diable!  
En eusses-tu fait une à te casser le nés*<sup>23</sup>.

Remate tanto más fuera de lugar en boca del misántropo cuanto que éste acaba de criticar otras más soportables en el soneto de Orontes, y es bien extraño que quien lo hace propone un instante después la canción del Roi Henri como modelo de buen gusto. De nada sirve decir que estas palabras se escaparon en un momento de despecho, pues éste no dicta sino salidas de tono, y Alcestes, que se pasa la vida regañando, debía haber adoptado, incluso para refunfuniar, un tono conforme al sesgo de su carácter.

*Morbleu! vil complaisant! vous louez des sotises*<sup>24</sup>.

Así es como debe hablar el Misántropo encolerizado, tras lo cual en ningún caso iría bien una salida cómica; pero había que hacer reír al personal, y de esa forma se envilece la virtud.

Algo bastante notable en esta comedia es que los extraños cometidos que el autor ha dado al papel del misántropo le han llevado a suavizar lo que era esencial en su carácter. Así, mientras en todas las demás obras suyas los personajes están exagerados para aumentar su efecto, en ésta excepcionalmente se han limado sus rasgos para hacerla más teatral, y la misma escena de la que acabo de hablar me lo demuestra. Vemos en ella a Alcestes tergiversando y dando rodeos para dar su parecer a Orontes. Ése no es el Misántropo; es un honorable hombre de mundo a quien da lástima engañar a otro que le pregunta. La fuerza del personaje querría que le dijese bruscamente «su soneto no vale un pimiento. Tírelo al fuego», pero eso habría impedido la comicidad que nace del apuro del Misántropo y de sus repetidos “*je ne dis pas cela*”, que, sin embargo, en el fondo no son más que mentiras. Si Filinto, a ejemplo suyo, le hubiese dicho en ese momento: “*Et que dis-tu donc, traître?*”, ¿qué le habría replicado? En realidad no vale la pena seguir siendo misántropo para no serlo más que a medias, pues, si se permite el primer miramiento y la primera alteración de

---

nueva obra, y es que triunfara, pues, por más que se diga, en las cosas que deshonran nadie se ríe de buen grado a su costa, con lo que volvemos a mis principios.

<sup>23</sup> «La peste de tu caída, intoxicador del diablo. ¡Ojalá te hubieras dado tú una que te hubieras partido las narices!»

<sup>24</sup> «¡Demonios, abyecto servil, celebra usted las majaderías!»

la verdad ¿dónde habrá razón suficiente para pararse antes de hacerse tan falso como un cortesano?

El amigo de Alcestes debe conocerle; ¿cómo se atreve entonces a proponerle que visite a unos jueces, es decir, hablando en plata, que intente corromperlos? ¿Cómo puede suponer que un hombre capaz de renunciar incluso al decoro por amor a la virtud vaya a ser capaz de faltar a sus deberes por interés? ¡Tentar a un juez! No hace falta ser misántropo, basta con ser hombre íntegro para no hacer nada de eso. En fin, por muchas vueltas que le demos al asunto, el que solicita a un juez es o para exhortarle a cumplir su deber, en cuyo caso le está insultando, o para proponerle una acepción de personas, y entonces es que quiere seducirle, pues toda acepción de personas es un crimen en un juez, que debe conocer el asunto sin las partes y no ver más que el orden y la ley. Pues bien, yo digo que comprometer a un juez a realizar una mala acción es cometerla uno mismo, y que más vale perder una causa justa que hacer una mala acción. Eso está claro, nítido, y no hay nada que responder. Pero la moral mundana tiene otros principios, no lo ignoro. Me basta con mostrar que, en todo lo que convertía al Misántropo en un ser tan ridículo, no hacía sino cumplir con el deber de hombre de bien y que su carácter estaba previamente mal trazado si su amigo suponía que pudiera faltar a él.

Si alguna vez el hábil autor deja obrar al personaje con toda su fuerza, eso sólo ocurre cuando dicha fuerza hace la escena más teatral y produce una comicidad más notoria por contraste o por la situación. Tal es, por ejemplo, el humor taciturno y silencioso de Alcestes y luego la censura intrépida y vivamente apostrofada de la conversación en casa de la Coquette.

*Allons, ferme, poussez, mes bons amis de Cour*<sup>25</sup>.

Aquí el autor ha señalado fuertemente la distinción entre el murmurador y el misántropo. Éste, con su hiel acre y cáustica, aborrece la calumnia y detesta la sátira, ataca los vicios públicos y a los malvados en general. La murmuración secreta y rastrera es indigna de él: la desprecia y la odia en los demás y, cuando habla mal de alguien, empieza por decírselo a la cara. Así, a lo largo de toda la obra, en ninguna parte causa más efecto que en esta escena, porque es en ella lo que debe ser, y, si hace reír al personal, las gentes de bien no se ruborizan de haber reído.

Pero, en general, no se puede negar que si el Misántropo fuera más misántropo, no sería mucho menos divertido, porque su franqueza y seguridad, al no admitir nunca rodeos, no le dejarían jamás en apuros. Por tanto, no es por consideración hacia él por lo que el autor suaviza a veces su carácter, sino, al contrario, para hacerle más ridículo. Otra razón además le obliga a ello, y es que el misántropo de teatro, al tener que hablar

---

25

«Hala, duro, adelante, mis buenos cortesanos.»

de lo que ve, debe vivir en el mundo y, por consiguiente, atemperar su rectitud y sus maneras con algunos de esos miramientos de mentira y falsedad que componen la cortesía y que el mundo exige a quien quiere ser soportado. Si se mostrara de otro modo, sus discursos no causarían el menor efecto. Al autor le interesa sin duda hacerle ridículo, pero no loco, y eso es lo que parecería a los ojos del público, si fuera completamente honrado.

Cuesta dejar esta obra admirable cuando se ha empezado a estudiarla, y, cuanto más se piensa en ella, más bellezas nuevas se descubren. Pero, en fin, puesto que de todas las comedias de Molière es la que contiene la mejor y más sana moral, juzguemos sobre ella a las demás. Conviniendo en que la intención del autor es la de divertir a espíritus corrompidos, o su moral conduce al mal o el falso bien que predica es más peligroso que el mal mismo, pues en tanto en cuanto los seduce con su apariencia de razón, en tanto en cuanto hace que prefieran el uso y principios del mundo a la exacta probidad y en tanto en cuanto hace consistir la honradez en un cierto medio entre el vicio y la virtud, con gran alivio de los espectadores, los persuade de que, para ser probos, basta con no ser un criminal descarado.

Tendría demasiada ventaja si del análisis de Molière quisiera pasar al de sus sucesores, los cuales, al no tener ni su ingenio ni su probidad, no han hecho sino seguir como mejor han podido sus visiones interesadas, dedicándose a lisonjear a una juventud desenfadada y a mujeres sin costumbres. A Dancourt no voy a hacerle el honor de hablar de él, pues, aunque sus obras no espantan por sus términos obscenos, tan sólo las orejas hay que tener castas para poder soportarlas. Regnard, más modesto, no es menos peligroso, pues, dejando para el otro el divertir a las mujeres perdidas, él se encarga personalmente de animar a los timadores.

Es increíble que con el beneplácito de la policía se represente en medio de París una comedia en la que el sobrino del tío a quien acaba de verse expirar en un piso, la persona honorable de la obra, se dedica con su indigno cortejo a cosas que las leyes premian con la horca y, en lugar de las lágrimas que sólo por humanidad vierten en semejantes casos incluso los indiferentes, amenizan a porfía con bromas bárbaras el triste aparato de la muerte. Los derechos más sagrados, los sentimientos más conmovedores de la naturaleza están ridiculizados en esa odiosa escena; las bajezas más punibles están reunidas allí sin motivo aparente, con una jovialidad que hace pasar todo eso por gentilezas: falsificación, suplantación, robo, engaño, mentira, falta de humanidad, todo está allí y todo allí se aplaude. Pero cuando al muerto se le ocurre resucitar, con gran disgusto de su querido sobrino, y no quiere ratificar lo que en su nombre se ha hecho, encuentran el modo de arrancarle el consentimiento por la fuerza y todo se acaba a gusto de actores y espectadores que, interesándose a su pesar por esos miserables, salen de la obra con el edificante recuerdo de haber sido en el fondo de su corazón cómplices de los crímenes que han visto cometer.

Digámoslo sin rodeos: ¿Quién de nosotros está tan seguro de sí como para soportar la representación de semejante comedia sin ir de a medias en las cosas que

allí se interpretan? ¿Quién no estaría un poco molesto si el ratero fuera sorprendido o si fracasara en el intento? ¿Quién no se hace por un momento ratero también al interesarse por él, pues, interesarse por alguien, qué es sino ponerse en su lugar? ¡Hermosa instrucción para la juventud aquella en la que los hombres hechos y derechos tienen dificultades para defenderse contra la seducción del vicio! ¿Significa esto que nunca será lícito exponer en el teatro acciones censurables? No; pero la verdad es que, para saber colocar a un bribón en el escenario, es preciso un autor bien decente.

Esos defectos son tan inherentes a nuestro teatro que, al querer quitárselos, se le desfigura. Nuestros autores modernos, guiados por mejores intenciones, hacen obras más depuradas; pero, igualmente, ¿qué pasa? Que carecen de auténtica comicidad y no producen el menor efecto. Instruyen mucho, si se quiere, pero aburren mucho más. Para eso, lo mismo daría ir al sermón.

En esta decadencia del teatro, se ven forzados a sustituir las verdaderas bellezas eclipsadas por un pequeño aparato escénico capaz de imponerlas a la multitud. Al no saber alimentar la fuerza de la comicidad y de los caracteres, se ha reforzado el interés por el amor. Lo mismo se ha hecho en la tragedia para suplir las situaciones implicadas en intereses de estado que se desconocen, y los sentimientos naturales y sencillos que ya no afectan a nadie. Los autores compiten a porfía por la utilidad pública, para dar una nueva energía y colorido a esa peligrosa pasión y, desde Molière y Corneille, no se ven triunfar en el teatro más que novelas bajo el nombre de obras dramáticas.

El amor es el reino de la mujer. Ellas son quienes necesariamente imponen en él la ley, porque, según el orden natural, la resistencia les pertenece, ya que los hombres no pueden vencerla sin perder su libertad. Así pues, un efecto natural de tales obras es el de extender el imperio del sexo, de convertir a las mujeres y jóvenes en preceptoras del público y el de darles sobre los espectadores el mismo poder que tienen sobre sus amantes. ¿Piensa usted, señor D'Alembert, que ese orden no tiene inconvenientes y que, al aumentar con tanto esmero el ascendiente de las mujeres, los hombres estarán mejor gobernados?

Puede que haya en el mundo algunas mujeres dignas de ser oídas por algún hombre decente; pero ¿es de ellas en general de quien debe tomar consejo?, ¿no habría algún medio de honrar su sexo sin envilecer el nuestro? El objeto más encantador de la naturaleza, el más capaz de conmover a un corazón sensible y de llevarle al bien es, lo confieso, una mujer amable y virtuosa. Pero ese objeto celestial ¿dónde se esconde? ¿No es bien cruel contemplarlo con tanto placer en el teatro para encontrarlo tan diferente en la sociedad? Sin embargo, el cuadro seductor hace su efecto. El encantamiento causado por esos prodigios de sabiduría va en provecho de las mujeres sin honor. Si un joven no hubiera visto más mundo que el del escenario, el primer medio que se le ofrecería para ir a la virtud sería buscar una querida que le

condujera a ella. ¡Si al menos tuviera la suerte de dar con una Constanza o una Cenial!<sup>26</sup>

Asíes como, por la fe de un modelo imaginario, por el aspecto modesto y emotivo, por una dulzura fingida, *nescius aurae fallacis*, el joven insensato corre a su perdición pensando que se hace sabio.

Esto me ofrece la ocasión de plantear una especie de problema. Los antiguos tenían por lo general un grandísimo respeto por las mujeres<sup>27</sup>, pero lo demostraban absteniéndose de exponerlas al juicio del público y creían honrar su modestia no hablando de sus demás virtudes. Tenían por principio que el país de más puras costumbres era aquel en el que menos se hablaba de las mujeres, y que la mujer más honesta era aquella de la que menos se hablaba. Basándose en esa máxima, un espartano, al oír a un extranjero hacer grandes elogios de una dama que conocía, le interrumpió encolerizado diciendo: ¿es que no va a parar de murmurar de una mujer de bien? De ahí se desprende asimismo que en sus comedias los papeles de enamoradas y jóvenes casaderas no representaran nunca más que a esclavas y chicas públicas. Tenían tal idea de la modestia del sexo que hubieran creído faltarle al respeto debido poniendo a una joven íntegra en escena, aunque no fuera más que en representación<sup>28</sup>. En una palabra, la imagen del vicio al descubierto les chocaba menos que el del pudor ofendido.

Entre nosotros, por el contrario, la mujer más apreciada es la que más ruido hace, aquella de la que más se habla, la que más se deja ver entre la gente y en cuya casa se cena más a menudo, la que más imperiosamente marca el estilo, juzga, zanja, decide, pronuncia, asigna su grado y lugar al talento, al mérito y a las virtudes, y cuyo favor más rastreramente mendigan los humildes sabios. En el escenario es aún peor. Después de todo, en el mundo no saben nada, aunque lo juzguen todo; pero en el teatro, sabias con el saber de los hombres, filósofas gracias a los autores, aplastan a

---

<sup>26</sup> No cito a Cenial por descuido en este lugar, aunque esta encantadora obra sea de una mujer, pues, buscando la verdad de buena fe, no sé enmascarar lo que me va en contra del sentimiento; y no es a una mujer en concreto sino a las mujeres en general a quienes niego el talento de los hombres. Hago honor tanto más gustoso al del autor de Cenial en particular cuanto que, debiendo lamentar sus discursos, le rindo un homenaje puro y desinteresado, como todos los elogios salidos de mi pluma.

<sup>27</sup> Les daban varios nombres honorables que ya no tenemos, o que son bajos y anticuados entre nosotros. Sabemos el uso que hizo Virgilio del de *Matres* en una ocasión en que las madres troyanas apenas si eran honestas. Nosotros en su lugar no tenemos más que la palabra *Dames*, que no conviene a todas y que incluso insensiblemente está envejeciendo, estando completamente abolido en el estilo de moda. Observo que los antiguos sacaban gustosos sus títulos de honor de los derechos de la naturaleza, mientras que nosotros los extraemos únicamente de los del rango.

<sup>28</sup> Si la usaban de otro modo en las tragedias es porque, según el sistema político de su teatro, no les molestaba que se creyera que las personas de alto rango no tenían necesidad de pudor y que constituían la excepción a las reglas morales.

nuestro sexo con su propio talento y los imbéciles de los espectadores van buenamente a aprender de las mujeres lo que ellos se han tomado el cuidado de dictarles. Todo eso, en realidad, es reírse de ellas, tacharlas de vanidad pueril y no dudo de que las más inteligentes estén indignadas. Repase la mayor parte de las obras modernas y verá que siempre es una mujer quien lo sabe todo, quien enseña todo a los hombres; siempre es una dama de corte quien hace recitar el catecismo al pequeño Juan de Saintré. Un niño no es capaz de comer pan si no se lo corta el aya. Ésa es la imagen de lo que ocurre en las nuevas obras. La criada está en el teatro y los niños en el patio de butacas. Repito una vez más que no niego que este método tenga sus ventajas ni que tales preceptores puedan dar peso y poner precio a sus lecciones; pero volvamos a mi pregunta. Entre el antiguo uso y el nuestro, ¿cuál de los dos es más honorable para las mujeres y rinde mejor a su sexo el verdadero respeto que se le debe?

La misma causa que da en nuestras obras trágicas y cómicas el ascendiente a las mujeres sobre los hombres, se la da a los jóvenes sobre los viejos, y esa es otra inversión de las relaciones naturales no menos reprehensible. Como el interés se centra siempre en los amantes, los personajes de edad avanzada no pueden hacer nunca más papeles que los de subalternos, o, para el nudo de la intriga, sirven de obstáculo a los deseos de los jóvenes enamorados, en cuyo caso son odiosos, o incluso se enamoran ellos mismos, y entonces son ridículos. *Turpe senex miles*. En las tragedias se hace de ellos tiranos y usurpadores, y en las comedias, celosos, usureros, pedantes, padres insostenibles para engañar a los cuales todos se conjuran. He ahí bajo qué honorable aspecto se muestra a la vejez en el teatro. Ése es el respeto que por ella se inculca a los jóvenes. Agradecemos al ilustre autor de *Zaire* y de *Nanine* el haber sustraído de ese desprecio al venerable Luzignan y al buen viejo Philippe Humbert. Hay algunos otros además, pero ¿basta eso para detener el torrente de prejuicios públicos y borrar el envilecimiento en el que la mayor parte de los autores se complacen en mostrar la edad de la sabiduría, experiencia y autoridad? ¿Quién podrá dudar de que la costumbre de ver siempre en los viejos a los personajes odiosos del teatro no ayuda a que se los rechace en la sociedad, y que al acostumbrarse a confundir a cuantos se ven por la calle con los viejos chochos y los gerontes de la comedia no se los desprecie a todos por igual? Observe en una asamblea de París el aire de suficiencia y vanidad, el tono firme y cortante de una desvergonzada juventud, mientras los ancianos, temerosos y modestos, o no se atreven a abrir la boca o apenas si se los escucha. ¿Se ve algo parecido en provincias y en los lugares donde no hay espectáculos? Y en toda la Tierra, salvo en las grandes ciudades, ¿no imprimen siempre respeto una cabeza cana y unos cabellos blancos? Se me dirá que en París los viejos contribuyen a hacerse despreciables al renunciar a la compostura que les conviene adoptando indecentemente los atavíos y modales de la juventud, y, al hacerse los galanos a su ejemplo, es muy sencillo que se la prefiera en su oficio; pero es todo lo contrario: por no tener otro medio de que se los aguante, se ven obligados a recurrir a ése, y prefieren verse soportados por sus ridiculeces a no serlo de ningún modo. Ciertamente que

no por hacerse los agradables lo son de verdad, ni que un galán sexagenario sea un personaje muy gracioso; pero su misma indecencia se le vuelve provechosa: es un triunfo más para una mujer que, arrastrando tras su carro a un Néstor, cree demostrar que ni el hielo de la edad se ve libre del fuego que inspira. He ahí la razón por la que las mujeres animan cuanto pueden a esos Deanes de Citera y tienen la malicia de tratar como hombres encantadores a viejos locos que encontrarían menos amables si fueran menos extravagantes. Pero volvamos a mi tema.

Ésos no son los únicos efectos que produce el interés de la escena basado sólo en el amor; se le atribuyen otros muchos, más graves e importantes, cuya realidad no analizo aquí, pero que han sido a menudo y enérgicamente alegados por los escritores eclesiásticos. Los peligros que puede producir el cuadro de una pasión contagiosa —se les ha respondido— están previstos por el modo de presentarlos. El amor que se expone en el teatro se da como legítimo, su fin es honesto, a menudo se ve sacrificado por el deber y la virtud, y en cuanto es culpable se le castiga. Muy bien, pero ¿no es divertido que se pretenda así regular a toro pasado los impulsos del corazón según los preceptos de la razón y que haya que esperar los acontecimientos para saber qué impresión debe recibirse de las situaciones que los producen? El mal que se reprocha al teatro no es precisamente el de inspirar pasiones criminales, sino el de disponer el ánimo a sentimientos conmovedores que se ven satisfechos al punto a expensas de la virtud. Las dulces emociones que se experimentan en él carecen por sí mismas de objeto determinado, pero hacen surgir su necesidad; no generan precisamente amor, pero preparan a sentirlo; no escogen la persona a la que haya que amar, sino que nos fuerzan a elegirla. De modo que no son ni inocentes ni criminales sino por el uso que hacemos de ellas según nuestro carácter, y dicho carácter es independiente del ejemplo. Aunque fuera verdad que en el teatro no se pintan más que pasiones lícitas, ¿se deduce de ello que sus impresiones son más débiles y sus efectos menos peligrosos?, ¿que las vivas imágenes de unas caricias inocentes serían menos dulces y seductoras, menos capaces de caldear un corazón sensible que las de un amor criminal contra el que el horror del vicio sirve al menos de antídoto? Mas, si la idea de inocencia embellece algunos instantes el sentimiento al que acompaña, pronto las circunstancias se borran de la memoria mientras la impresión de tan dulce pasión permanece grabada en el fondo del corazón. Cuando el patricio Manilio fue expulsado del senado de Roma por haber dado un beso a su mujer en presencia de su hija, ¿qué tenía esa acción de reprehensible si la consideramos sólo en sí misma? Nada, sin duda, pues anunciaba incluso un sentimiento laudable; pero el casto fuego de la madre podía inspirar otro impuro a la hija. Era, pues, hacer de una acción muy honesta un ejemplo de corrupción. Tal es el efecto de los amores permitidos del teatro.

Se pretende curarnos del amor con la pintura de sus flaquezas. No sé cómo lo hacen al respecto los autores, pero yo veo que los espectadores siempre toman partido por el amante más débil y que a menudo se molestan de que no lo sea aún más. Me pregunto si es una buena manera de evitar asemejarsele.

Acuérdese, señor D'Alembert, de una obra a la que, creo recordar, asistí con usted hace algunos años y que nos hizo disfrutar como poco podíamos imaginar, ya fuera porque efectivamente el autor había introducido en ella más bellezas teatrales de las que habíamos pensado, ya porque la actriz prestara su encanto natural al papel que ella realizaba. Me refiero a la *Bérénice* de Racine. ¿Con qué disposición de ánimo ve el espectador comenzar esa obra? Con un sentimiento de desprecio por la debilidad de un emperador y de un romano que oscila, como el menor de los humanos, entre su querida y el deber; que, flotando constantemente en deshonrosa incertidumbre, envilece con afeminados quejidos el carácter casi divino que le da la historia; que quiere buscar en un vil pretendiente de calleja al bienhechor del mundo y las delicias del género humano. ¿Qué piensa el espectador tras la representación? Termina por compadecer al hombre sensible que despreciaba, por interesarse en la misma pasión de la que hacía un crimen y por murmurar en secreto del sacrificio que se ve obligado a hacer a las leyes de la patria. He ahí lo que cada uno de nosotros sentía en la representación. El papel de Tito, muy bien interpretado, hubiera hecho más efecto de haber sido más digno de sí; pero todos notaron que el interés principal estaba en Berenice, y la suerte que corriera su amor lo que determinaba la especie de catástrofe. No porque sus quejas fueran continuas daban mayor emoción a lo largo de la obra, pues en el quinto acto, cuando, cesando en sus lamentos, con aspecto sombrío, los ojos secos y la voz apagada, dejaba hablar a un dolor frío próximo a la desesperación, más lo que el arte de la actriz añadía al patetismo del papel, los espectadores, vivamente afectados, prorrumpían en llantos cuando Berenice ya había dejado de hacerlo. ¿Qué quería decir eso sino que temblaban de verla partir, que sentían por adelantado el dolor que habría de traspasar su corazón y que todos habrían querido que Tito se hubiese dejado vencer, incluso a riesgo de perder estimación? ¿No es ésa una tragedia que ha cumplido bien su objetivo y que ha enseñado a los espectadores a vencer las flaquezas del amor?

Los hechos desmienten esos deseos secretos, pero ¿qué importa? El desenlace no eclipsa el efecto de la obra. La reina se va sin el permiso del patio de butacas. El emperador la despiden *invitus invitam*, puede añadirse *invito spectatore*. Por más que Tito siga siendo romano, es el único de su partido, porque todos los espectadores se han casado con Berenice.

Aunque pudiera discutirse ese efecto, aunque se sostuviera que el ejemplo de fuerza y virtud que se ve en Tito, vencedor de sí mismo, fundamenta el interés de la obra y hace que, compadeciendo a Berenice, estén muy contentos de hacerlo, no se haría con ello sino entrar en mis principios, pues, como ya he dicho, los sacrificios hechos al deber y a la virtud tienen un encanto secreto, incluso para los corazones corrompidos, y la prueba de que ese sentimiento no es producto de la obra está en que lo tienen antes de que ésta haya empezado. Pero eso no impide que algunas pasiones satisfechas les parezcan preferibles a la misma virtud, y que, si se alegran de ver a Tito virtuoso y magnánimo, no lo estuvieran aún más viéndolo feliz y débil, o al

menos que no consintieran de buen grado en estarlo en su lugar. Para hacer más clara esta verdad, imaginemos un desenlace completamente contrario al del autor. Así que Tito, tras haber consultado mejor su corazón y no queriendo ni infringir las leyes de Roma ni vender la felicidad a la ambición, fuese, según principios opuestos, a abdicar del imperio a los pies de Berenice, y que ésta, satisfecha de tan gran sacrificio y a pesar de sentir que su deber sería rechazar la mano de su amante, la aceptase; que ambos, ebrios con los encantos del amor, la paz y la inocencia, y renunciando a las vanas grandezas, tomasen, con la dulce alegría que inspiran los auténticos movimientos de la naturaleza, la determinación de irse a vivir felices e ignorados a un rincón de la Tierra; que una escena tan conmovedora estuviera animada por los sentimientos tiernos y patéticos que el tema brinda y que Racine habría realizado tan bien; que Tito, al abandonar a los romanos, les dirigiese un discurso como el tema y la circunstancia requerirían. ¿No es evidente, por ejemplo, que, a no ser que el autor fuera de una torpeza extrema, semejante discurso haría prorrumper en lágrimas a toda la concurrencia? La obra, al acabar así, sería, si se quiere, menos buena, menos instructiva, menos conforme a la historia, pero ¿agradaría menos y los espectadores saldrían menos satisfechos? Los cuatro primeros actos quedarían más o menos como están y, sin embargo, se sacaría de ellos una lección directamente contraria. ¡Hasta ese punto es verdad que los cuadros de amor causan siempre más impresión que las máximas de prudencia, y que el efecto de una tragedia es completamente independiente del desenlace!<sup>29</sup>

¿Quiere saberse si es cierto que mostrando las funestas consecuencias de las pasiones inmoderadas la tragedia enseña a protegerse de ellas? Consúltese la experiencia. Dichas funestas consecuencias están crudísimamente expuestas en *Zaïre*, donde les cuesta la vida a los dos amantes y mucho más que la vida a Orosmán, ya que se da muerte como único medio de librarse del más cruel sentimiento que puede entrar en corazón humano, el remordimiento de haber apuñalado a su amante. He ahí, sin duda, lecciones lo suficientemente enérgicas. Pues me sorprendería encontrar a alguien, hombre o mujer, que se atreviera a ponderar el mérito de haber salido de una representación de *Zaïre* bien precavido contra el amor. Para mí que creo oír a cada espectador diciendo en su interior al final de la tragedia: «¡Que me den una Zaida, que ya obraré yo de modo que no pueda matarla!» Si las mujeres no han podido cansarse de precipitarse en masa a ver esta obra encantadora, arrastrando tras ellas a los hombres, no diré que es para animarse con el ejemplo de la heroína a no imitar un sacrificio que le resulta tan mal, sino porque de todas las tragedias que hay en el teatro no hay ninguna que muestre con más encanto el poder del amor y el imperio de la belleza, y, por añadidura de provecho, se aprende también a no juzgar a su amante por

---

<sup>29</sup> Hay en el séptimo tomo de *Pamela* un examen muy juicioso de la *Andromaque* de Racine, donde se ve que esta obra no logra alcanzar mejor que las otras el objetivo previsto.

las apariencias. Cuando Orosmán inmoló a Zaida a sus celos, una mujer sensible ve en ello sin horror el exceso de la pasión, pues es menor desgracia perecer de la mano de su amante que ser amada a medias.

Píntesenos el amor como se quiera, que o seduce o no es tal. Si está mal pintado, la obra es mala; si está bien, ofusca todo lo que le rodea. Sus lances, sus males y sufrimientos le hacen más conmovedor aún que si no hubiera resistencia que vencen. Lejos de echar para atrás por sus tristes consecuencias, se hace más interesante por sus desgracias mismas. Se dice, a nuestro pesar, que un sentimiento tan delicioso consuela de todo. Una imagen tan dulce ablanda insensiblemente el corazón: se toma de la pasión lo que lleva al placer, dejando de lado lo que atormenta. Nadie se cree obligado a ser héroe, y así es como, admirando el amor honesto, se entrega al amor criminal.

Lo que acaba de hacer peligrosas esas imágenes es precisamente lo que se hace para hacerlas agradables, como es el que no se le vea reinar nunca en el escenario más que entre espíritus honestos, que ambos amantes sean modelos de perfección. ¿Cómo no habría de interesarse uno por una pasión tan seductora entre dos corazones cuyo carácter es ya tan interesante de por sí? Dudo de que entre todas nuestras obras dramáticas se encuentre una sola en la que el amor mutuo no goce del favor del espectador. Si algún desventurado arde con un fuego no compartido, se ve rechazado por el patio de butacas. Se cree hacer maravillas logrando que un amante sea estimable u odioso, según sea bien o mal acogido en sus amores; que el público apruebe siempre los sentimientos de la amante, y dando al cariño todo el interés de la virtud, cuando lo que debería enseñarse a los jóvenes es a desconfiar de las ilusiones del amor, a huir del error de una inclinación ciega que cree siempre fundarse en la estima, y a temer a veces entregar un corazón virtuoso a un objeto indigno de sus cuidados. Apenas si conozco otra obra, además de *El misántropo*, en la que el protagonista haga una mala elección<sup>30</sup>. Hacer del Misántropo un enamorado no es nada; lo genial está en haberle puesto como galán de una presumida. Todo lo demás del teatro es un tesoro de mujeres perfectas. Diríase que se han refugiado todas en él. ¿Es eso la fiel imagen de la sociedad? ¿Es así como se nos hace sospechosa una pasión que pierde tantas gentes bien nacidas? Poco falta para que se nos haga creer que un hombre integro está obligado a enamorarse y que una amante correspondida no puede por menos de ser virtuosa. ¡Hemos ahí instruidos como corresponde!

Una vez más, no pretendo juzgar si está bien o mal basar en el amor el principal interés del teatro; lo que digo es que, si su pintura es a veces peligrosa, lo habrá de ser siempre por más que se haga para enmascararla. Digo que es hablar de él de mala fe, o sin conocerlo, el querer rectificar sus impresiones con otras extrañas que no las

---

<sup>30</sup> Añadamos *Le marchand de Londres*, obra admirable, cuya moral va más directamente al grano que ninguna otra francesa que yo conozca.

acompañan hasta el corazón, o que éste ha separado al punto; impresiones que incluso enmascaran los peligros del corazón y dan a ese sentimiento engañoso un nuevo atractivo con el que pierde a cuantos a él se entregan.

Ya sea por deducción de la naturaleza de los espectáculos en general, en sus mejores formas posibles, ya por examen de todo cuanto las luces de un siglo y de un pueblo ilustrado han hecho por la perfección de los nuestros, creo que de esas diversas consideraciones puede concluirse que el efecto moral de los espectáculos y del teatro no podrá ser nunca bueno ni saludable en sí mismo, pues, aun no teniendo en cuenta más que sus ventajas, no se encuentra en ellas ningún tipo de utilidad real sin inconvenientes que la superen. Ahora bien, a consecuencia de su misma inutilidad, el teatro, que nada puede hacer para corregir las costumbres, puede mucho para alterarlas. Al favorecer todas nuestras inclinaciones, da un nuevo ascendiente a los que nos dominan; las continuas emociones que en él se viven nos enervan, nos debilitan, nos hacen más incapaces de resistir a las pasiones, y el estéril interés que se toma por la virtud no sirve más que para satisfacer nuestro amor propio, sin obligarnos a su práctica. Así pues, cuantos compatriotas míos no desapruaban los espectáculos en sí mismos están en un error.

Además de los efectos del teatro relativos a las cosas representadas, hay otros, menos necesarios, que se refieren directamente al escenario y a los actores, a quienes los ya citados ginebrinos atribuyen el gusto por el lujo, la ostentación y el libertinaje, cuya introducción entre nosotros temen con razón. Y no es sólo el trato con los comediantes, sino la frecuentación del teatro lo que puede traerlo con su aparato y los aderezos de los actores. Aunque no tuviera más consecuencias que la interrupción a ciertas horas del curso de los asuntos civiles y familiares, y la de ofrecer un recurso seguro a la ociosidad, no es posible que la comodidad de ir todos los días regularmente al mismo sitio a olvidarse de sí y a ocuparse de temas extraños no dé al ciudadano otros hábitos y no le forme nuevas costumbres. Pero tales cambios ¿serían ventajosos o nocivos? Es una cuestión que no depende tanto del análisis del espectáculo como del de los espectadores. Es seguro que dichos cambios los llevarán a todos poco más o menos al mismo punto; por tanto, las diferencias hay que verlas en relación con el estado en que cada uno se encuentre antes.

Cuando las diversiones son indiferentes por su naturaleza (y no veo inconveniente en considerar por un momento los espectáculos de este modo), es la de las ocupaciones que interrumpen lo que las hace buenas o malas, sobre todo cuando son lo bastante importantes para convertirse en ocupación por sí mismas, sustituyendo con ellas el gusto al trabajo. La razón quiere que se favorezcan las diversiones de la gente cuya ocupación es nociva y aleje de las mismas a cuantos tienen oficios útiles. Otra consideración general es que no es bueno dejar que los ociosos y corrompidos escojan sus diversiones, por miedo a que, pudiéndolas imaginar conforme a sus viciosas inclinaciones, se hagan tan perversos en sus placeres como en sus asuntos. Deje, pues, que un pueblo sencillo y laborioso descanse de su trabajo cuando y como

le plazca. No es de temer que abuse en ningún momento de su libertad ni debemos atormentarnos buscándole diversiones agradables, pues, así como hacen falta pocos condimentos para aderezar los platos que la abstinencia y el hambre sazonan, tampoco necesitan muchos los placeres de la gente agotada de cansancio, para quien el descanso es uno muy dulce. En una gran ciudad llena de gente intrigante y desocupada, sin religión ni principios y cuya imaginación está depravada por el ocio, la vagancia, el gusto al placer y las grandes necesidades, no engendra sino monstruos y no inspira sino fechorías. En una gran ciudad, donde ni las costumbres ni el honor significan nada, porque cada cual, ocultando su conducta a los ojos de los demás, se muestra sólo por su crédito y sólo por su riqueza es estimado, la policía se queda corta multiplicando placeres permitidos y dedicándose a hacerlos agradables para quitar a los particulares la tentación de buscar otros más peligrosos. Como impedirles que se ocupen es impedirles que obren mal, dos horas diarias robadas a la actividad del vicio ahorran la duodécima parte de los crímenes que se cometerían, y todas las conversaciones que los espectáculos vistos o por ver generan en los cafés y demás refugios de gandules y bribones del país significan otro tanto ganado para los padres de familia, ya en el honor de sus hijas o mujeres, ya en su bolsa o en la de sus hijos.

Mas en las ciudades pequeñas y en los lugares menos poblados, donde los individuos, siempre a la vista del público, son censores natos unos de otros y donde la policía tiene fácil la inspección de todos ellos, hay que seguir unos principios completamente contrarios. Si hay industria, artes, manufacturas, debe guardarse de ofrecer distracciones relajantes del ávido interés que basa el placer en sus solicitudes y enriquece al príncipe con la avaricia de sus súbditos. Si un país sin comercio mantiene a los habitantes en la inactividad, lejos de fomentar en ellos la ociosidad a la que demasiado los lleva ya una vida sencilla y fácil, debe hacérsela insoportable, obligándoles a fuerza de aburrimiento a emplear útilmente un tiempo del que no podrían abusar. Veo, que en París, donde se juzga todo por las apariencias dado que no se dispone de tiempo libre para examinar nada, se cree, ante el aspecto de desocupación y languidez con el que sorprenden la mayor parte de las ciudades de provincia la primera vez que se las ve, que sus habitantes, sumidos en una inactividad estúpida, no hacen más que vegetar o molestarse y reñir entre sí. Es un error del que se saldría fácilmente si se pensara que la mayor parte de los hombres de letras que brillan en París, la mayor parte de los descubrimientos útiles y nuevos inventos van allí de esas provincias tan despreciadas. Quédese algún tiempo en una de esas pequeñas ciudades en las que al principio sólo haya creído encontrar autómatas y no sólo verá al punto en ella gente mucho más sensata que sus monos de las grandes ciudades, sino que rara vez dejará de descubrir allí, envuelto en la oscuridad, algún hombre ingenioso que le sorprenda con su talento y sus obras, al que usted sorprenderá aún más admirándose las, y quien, al mostrarle esos prodigios de trabajo, paciencia e industria, creará no estarle enseñando sino cosas corrientes en París. Tal es la sencillez del verdadero genio; no es ni intrigante ni activo, ignora el camino de

los honores y la fortuna y no pierde el tiempo en buscarlo: no se compara con nadie y todos sus recursos están sólo en él; insensible a los ultrajes y poco sensible a las alabanzas, si se conoce, no se asigna su lugar: goza de sí sin apreciarse.

En una pequeña ciudad se encuentra, salvando las proporciones, menos actividad sin duda que en una capital, dado que las pasiones son menos intensas y las necesidades menos acuciantes, pero sí más ideas originales, más industria inventiva, más cosas verdaderamente nuevas, porque en ellas se es menos imitador, pues, al tener pocos modelos, cada uno saca más de sí mismo y pone más de lo suyo en todo lo que hace; porque el ingenio humano, menos extendido y ahogado entre las opiniones vulgares, se elabora y fermenta mejor en la tranquila soledad; porque, al ver menos, se imagina más; en fin, porque, al estar menos apremiado por el tiempo, se dispone de más ratos libres para desarrollar y digerir las ideas.

Recuerdo haber visto en los alrededores de Neuchâtel cuando era joven un espectáculo bastante agradable y quizá único en la Tierra. Una montaña entera cubierta de casas, cada una de las cuales era a su vez el centro de los terrenos que de ellas dependían, de suerte que dichas viviendas, a distancias tan iguales como las fortunas de sus propietarios, ofrecían a la vez a los numerosos habitantes de la montaña el recogimiento del retiro y las delicias de la sociedad. Aquellos felices campesinos, todos a sus anchas, libres de tallas, impuestos, subdelegados y trabajos molestos, cultivaban con todo el esmero posible bienes cuyo producto era para ellos, y empleaban el tiempo libre que dicho cultivo les dejaba en hacer mil cosas con sus manos y en sacar provecho del ingenio inventivo que la naturaleza les había dado. Sobre todo en invierno, tiempo en que la altura de la nieve les impedía comunicarse fácilmente, cada cual, bien cálidamente encerrado con su numerosa familia en la bonita y limpia casa de madera<sup>31</sup> que personalmente había construido, se dedicaba a hacer mil trabajos divertidos que desterraban el aburrimiento de su asilo y aumentaban su bienestar. Nunca ebanista, cerrajero, cristalero o tornero de profesión entró en el país. Todos lo eran para sí y nadie para los demás. Entre la multitud de muebles cómodos e incluso elegantes que componían su menaje y adornaban su vivienda no aparecía ninguno que no lo hubiera hecho la mano de su dueño. Aún les quedaba tiempo libre para inventar y hacer mil instrumentos diversos de acero, madera o cartón, que vendían a los forasteros, algunos de los cuales llegaban incluso a París, entre otros, los pequeños relojes de madera que se ven allí desde hace unos años. También los hacían de hierro, e incluso relojes de pulsera, y lo que parece más increíble, cada uno

---

<sup>31</sup> Creo estar oyendo a algún instruido de París protestando en este punto, si no lo lee él personalmente, como en otros muchos, y demostrando doctamente a las damas (ya que es a ellas sobre todo a quienes dichos señores demuestran) que es imposible que una casa de madera sea cálida. ¡Burda mentira! ¡Error de física! ¡Ah, pobre autor! En lo que a mí concierne, creo la demostración sin réplica. Todo cuanto sé es que los suizos pasan cálidamente el invierno, en medio de la nieve, en sus casas de madera.

reunía en sí mismo todas las diversas profesiones en las que se subdivide la relojería, fabricando personalmente todas las herramientas.

Y eso no es todo. Disponen de libros útiles y son pasablemente instruidos. Razonan sensatamente sobre cualquier cosa, y de algunas con ingenio<sup>32</sup>. Hacen sifones, imanes, gafas, bombas de agua, barómetros y cámaras oscuras. Sus paredes están llenas de multitud de instrumentos de toda suerte. El cuarto de estar de un campesino podría tomarse por un taller de mecánica o por un gabinete de física experimental. Todos saben un poco de pintura, diseño y cálculo; la mayor parte de ellos toca la flauta; algunos saben un poco de música y cantan afinados. Esas artes no se las han enseñado maestros, sino que les vienen, por así decir, de tradición. De los que he visto que sabían música, uno me dijo que la había aprendido de su padre, otro de una tía, otro de un primo, y algunos creían haberla sabido siempre. Una de sus diversiones más frecuentes es la de cantar con sus mujeres e hijos los salmos a cuatro voces, y uno se sorprende de oír salir de esas cabañas campesinas la armonía fuerte y viril de Goudimel, tan olvidada desde hace tiempo por nuestros artistas.

Tampoco podía cansarme de recorrer aquellas encantadoras viviendas, como sus moradores de testimoniarme la más franca hospitalidad. Desgraciadamente yo era joven y mi curiosidad sólo la de un niño, pues pensaba más en divertirme que en instruirme. Treinta años después, las pocas observaciones que hice se me han borrado de la memoria. Tan sólo recuerdo que en esos hombres singulares admiraba constantemente una mezcla sorprendente de agudeza y sencillez que casi creeríamos incompatibles y que no he vuelto a ver en ninguna parte. Por lo demás, nada recuerdo de sus costumbres, de su sociedad ni de sus caracteres. Hoy, que lo miraría con otros ojos, ¿tenemos que dejar de ver ese dichoso país? ¡Desgraciadamente se encuentra en el camino del mío!

Tras esta ligera idea, imaginemos que en la cima de la montaña de la que acabo de hablar, en medio de las casas, se instala un espectáculo fijo y poco costoso con el pretexto, por ejemplo, de ofrecer un honesto entretenimiento a gentes continuamente ocupadas y con posibilidades de soportar ese pequeño dispendio; supongamos también que le cogen gusto a dicho espectáculo y busquemos lo que de su establecimiento debe resultar.

En primer lugar, veo que el trabajo dejaría de ser su diversión en cuanto tuvieran otra, y que ésta les haría perder el gusto por el primero; el celo ya no les proporcionaría ni tanto ocio ni las mismas invenciones. Por otra parte, cada día habría un tiempo real perdido para los que asistieran al espectáculo y, con la cabeza llena de cuanto acabaran de ver, no reanudarían el trabajo, pues se pondrían a hablar de ello

---

32

Puedo citar como ejemplo un hombre de mérito, muy conocido en París, y más de una vez honrado con el sufragio de la Academia de Ciencias. Me refiero a M. Rivaz, célebre valeisano. Bien sé que no hay muchos que le igualen entre sus compatriotas, pero, en fin, aprendió a superarlos viviendo como ellos.

o estarían pensando en ello. Por consiguiente, primer perjuicio, relajamiento en el trabajo.

Por poco que se pague al entrar, algo hay que pagar después de todo, y es un gasto que no se hacía antes. Hay que pagar por sí, por la mujer y por los hijos, cuando se los lleva, y alguna vez hay que llevarlos. Además, un obrero no va a una asamblea con la ropa de trabajar: hay que coger más a menudo el traje de los domingos, cambiarse de muda con más frecuencia, empolvarse, afeitarse, y todo eso cuesta tiempo y dinero. Segundo perjuicio, pues, aumento del gasto.

Un trabajo menos asiduo y un gasto mayor requieren una compensación. Ésta se encontrará en el precio de las obras, que se verán obligados a encarecer. Algunos comerciantes, retraídos por dicho aumento, tendrán que dejar a los *montañones* para proveerse entre otros vecinos suizos, los cuales, no siendo menos industriosos, no tendrán que subir los precios al carecer de espectáculos. Tercer perjuicio: disminución de la producción.

Durante el mal tiempo los caminos no son practicables; pero entonces, como la compañía tiene que seguir viviendo, tampoco interrumpirá las representaciones. No podrá, pues, evitarse que el espectáculo sea asequible en todo momento, para lo cual, durante el invierno, habrá que abrir caminos en la nieve, quizá pavimentarlos, y Dios quiera que no haya que poner farolas. Ahí tenemos gasto público y, por consiguiente, contribuciones para los particulares. Cuarto perjuicio: establecimiento de impuestos.

Las mujeres de los *montañones*, que primero van a ver y luego a que las vean, querrán ir bien arregladas y además con distinción. La mujer del castellano no querrá presentarse en el espectáculo vestida como la del maestro de escuela; ésta se esforzará en ponerse como la otra y de ahí nacerá enseguida una emulación en joyas y vestidos que arruinará a sus maridos, o puede que los contagie a ellos, y siempre habrá quien encuentre mil medios de saltarse las leyes suntuarias. Quinto perjuicio: introducción del lujo.

Todo lo demás es fácil de imaginar. No teniendo en cuenta otros inconvenientes de los que ya he hablado o hablaré a continuación, ni considerando la especie de espectáculo y sus consecuencias morales, sino limitándome únicamente al trabajo y a la ganancia, creo demostrar con una conclusión evidente que un pueblo acomodado, cuyo bienestar debe a la industria, al cambiar la realidad por la apariencia, se arruina en el instante mismo en que quiere brillar.

Por lo demás, tampoco hay que clamar contra la quimera de mi suposición, pues sólo como tal la doy y no quiero sino hacer apreciar de más a menos sus inevitables consecuencias. Quite algunas circunstancias y se encontrará en otra parte con otros *montañones*, de modo que, *mutatis mutandis*, el ejemplo tiene su aplicación.

Así que, aun cuando fuera verdad que los espectáculos no son malos en sí mismos, habría que seguir preguntándose si no lo serían respecto del pueblo al que se los destina. En ciertos lugares serán útiles para atraer a los forasteros, para aumentar la circulación del dinero, para estimular a los artistas, para variar las modas,

para entretener a los ricos o aspirantes a serlo, para hacerlos menos malhechores, para distraer al pueblo de sus miserias, para hacer que olvide a sus jefes viendo a los faranduleros, para mantener y perfeccionar el gusto una vez perdida la decencia, para cubrir con un barniz de buenos modales la fealdad del vicio, en una palabra, para impedir que las malas costumbres no degeneren en bandidaje. En otros, no servirían sino para destruir el amor al trabajo, desanimar a la industria, arruinar a los particulares, infundirles el gusto por el ocio, para hacer que la gente busque el modo de vivir sin dar golpe, para volver al pueblo inactivo y sin nervio, para impedir que repare en los objetos públicos y privados de los que debe ocuparse, para hacer ridícula la sabiduría, para sustituir la práctica de la virtud por la jerga del teatro, para convertir toda la moral en metafísica, para travestir a los ciudadanos de gente culta, a las madres de familia de petimetras y a las hijas de amantes de comedia. El efecto general será el mismo en todo, pero los hombres así transformados pueden venirle mejor o peor a sus países. Haciéndose iguales ganarán los malos, mientras que los buenos perderán mucho más. Todos contraerán un carácter de molición, un espíritu de pasividad que apartará a unos de las grandes virtudes e impedirá a otros meditar sobre los grandes crímenes.

De estas nuevas reflexiones sale una consecuencia directamente contraria a la que sacaba de las primeras, a saber, que cuando el pueblo está corrompido, los espectáculos le resultan buenos, y malos, precisamente cuando aquél es bueno. Parecería, pues, que esos dos efectos contrarios deberían destruirse entre sí y los espectáculos ser indiferentes a todos; pero existe esta diferencia: al salir del espíritu de las obras el efecto que refuerza el bien y el mal, está sujeto como ellas a mil modificaciones que le reducen a casi nada, mientras que el que cambia el bien en mal y el mal en bien, al ser consecuencia de la existencia misma del espectáculo, es un efecto constante, real, que se repite todos los días y que al final debe ganar.

De ahí se colige que, para juzgar si es oportuno o no establecer un teatro en una ciudad, hay que saber primero si sus costumbres son buenas o malas, sobre cuya cuestión, tratándose de nosotros, quizá no me corresponda pronunciarme. Sea como fuere, todo lo que puedo conceder a este respecto es que la comedia, si nada nos puede hacer, no nos hará mal.

Para prevenir los inconvenientes que pueden surgir del ejemplo de los comediantes usted querría que se les obligara a ser personas íntegras. De ese modo, dice usted, se conseguirían a la vez espectáculos y costumbres, reuniendo las ventajas de ambos. ¡Espectáculos y costumbres! Eso sí que sería realmente un espectáculo digno de verse, tanto más cuanto que sería la primera vez que sucediera. Pero ¿qué medios nos indica usted para contener a los comediantes? Leyes severas y bien aplicadas. Al menos confiesa que hay necesidad de sujetarlos y que los medios para ello no son fáciles. ¿Leyes severas? La primera es la de no tolerarlos, pues, si infringimos ésa, ¿en qué quedaría la severidad de las demás? ¿Leyes bien cumplidas? Se trata de saber si eso es posible, pues la fuerza de las leyes tiene su medida, como la de los vicios que reprimen tiene la suya. Sólo tras haber comparado esas dos

cantidades y averiguado que la primera sobrepasa a la segunda, podrá asegurarse el cumplimiento de las leyes. El conocimiento de esas relaciones constituye la verdadera ciencia del legislador, porque, si no se tratara más que de promulgar edicto tras edicto y reglamento tras reglamento para remediar los abusos a medida que surgieran, se dirían sin duda cosas muy bonitas, pero en su mayor parte ineficaces, sirviendo más de indicaciones sobre lo que debiera hacerse que de medios para cumplirlo. En el fondo, la institución de las leyes no es algo tan maravilloso que impida a cualquier hombre con sentido común y equidad encontrar por sí mismo aquellas que, bien observadas, fueran más útiles para la sociedad. ¿Dónde está el más pequeño escolar de derecho que no redacte un código de moral tan pura como la de las leyes de Platón? Pero no se trata de eso, sino de adecuar de tal modo el código al pueblo para el que se ha hecho y a las cosas para las que se establece que su cumplimiento se dé tan sólo con el concurso de esas conveniencias; se trata, a ejemplo de Solón, no tanto de imponer al pueblo las mejores leyes en sí mismas como las que mejor puede soportar en una situación dada. Dicho de otra manera, más vale incluso permitir los desórdenes que prevenirlos o tratar de remediarlos con leyes que no van a observarse, pues, no corrigiendo aquéllos, se envilecerán éstas.

Otra observación, no menos importante, es que las cosas de las costumbres y de la justicia universal no se regulan, como las de la particular y de derecho riguroso, con edictos y leyes; o, si alguna vez éstas influyen en las costumbres, es cuando de ellas sacan su fuerza, ya que entonces les dan su misma energía por una especie de reacción bien conocida de los verdaderos políticos. La primera función de los éforos de Esparta al ocupar su cargo era una proclamación pública en la que ordenaban a los ciudadanos, no que observaran las leyes, sino que las amaran, para que su observancia no les resultara dura. Dicha proclamación, que no era un vano formulario, muestra perfectamente el espíritu de la institución de Esparta, por la que las leyes y costumbres, íntimamente unidas en el corazón de los ciudadanos, formaban, por decirlo así, un solo cuerpo. Pero no nos jactemos de ver renacer Esparta en medio del comercio y del amor al lucro. Si tuviéramos las mismas máximas, podría instalarse sin el menor riesgo un espectáculo en Ginebra, pues nunca ciudadano ni burgués alguno pondrían los pies en él.

Así pues, ¿por dónde puede tener el gobierno influencia en las costumbres? Respondo que a través de la opinión pública. Si nuestras costumbres nacen de nuestros propios sentimientos cuando vivimos en soledad, en la sociedad surgen de la opinión del prójimo. Cuando no se vive en sí, sino en los demás, son los juicios de éstos los que regulan todo. Nada les parece bueno o deseable a los individuos, sino lo que el público ha juzgado como tal, y la única felicidad que la mayor parte de los hombres conoce es la de ser considerados felices.

En cuanto a la elección de los instrumentos adecuados para dirigir la opinión pública, es un problema que sería superfluo resolverle a usted, ni tampoco es éste el lugar para resolvérselo a la multitud. Me limitaré a mostrar con un ejemplo relevante

que dichos instrumentos no son ni leyes ni penas ni ninguna clase de medios coactivos. El ejemplo lo tiene usted ante sus ojos, pues lo saco de su patria, el del tribunal de mariscales de Francia, constituidos como jefes supremos de la cuestión de honor.

¿De qué se trata en esa institución? De cambiar la opinión pública en tomo a los duelos, la reparación de ofensas y las ocasiones en las que un buen hombre se ve forzado, bajo pena de infamia, a ganar la razón de una afrenta empuñando la espada. De ahí se deduce:

Primero, que, al no tener ningún poder sobre las mentes, había que desechar con el máximo cuidado todo vestigio de violencia en el tribunal constituido para operar tal cambio. La misma palabra tribunal está mal pensada; hubiera preferido la de *Cour d'honneur*. Sus únicas armas debían ser el honor y la infamia, pero nunca una recompensa útil, castigos corporales, arrestos ni nada de guardias armados. Sencillamente, un ordenanza que citara al acusado tocándole con una varita blanca, sin que eso llevara consigo la menor violencia para hacerle comparecer. Bien es verdad que su incomparecencia ante los jueces de honor en el plazo fijado significaba confesarse desprovisto de razón, lo que equivalía a condenarse a sí mismo. La consecuencia natural era una nota de infamia, degradación de nobleza, incapacidad de servir al rey en tribunales y ejércitos, amén de otros castigos de este tipo, inmediatamente relacionados con la pública opinión o derivados necesariamente de ella.

Se deduce, en segundo lugar, que, para desarraigar el prejuicio público, se necesitaban jueces con gran autoridad en la materia en cuestión, y en ese punto el fundador entró perfectamente en el espíritu de la fundación, pues, en una nación guerrera al cien por cien, ¿quién mejor puede juzgar la oportunidad de las ocasiones para demostrar el valor y aquellas en las que el honor ofendido reclama satisfacción que los antiguos militares encargados de los títulos de honor, los cuales han encanecido bajo los laureles y probado mil veces con su sangre que no ignoran cuándo quiere el deber que se difunda?

Se deduce en tercer lugar que, no habiendo nada más independiente del poder supremo que el parecer del público, el soberano debía guardarse sobre todo de mezclar sus decisiones arbitrarias con los fallos pronunciados para representar dicho juicio, y más aún para determinarlo. Al contrario, debía esforzarse en poner al tribunal de honor por encima de sí, como si también él estuviera sometido a sus respetables decretos. Era, pues, preciso no empezar condenando a muerte a todos los duelistas indistintamente, lo que hubiera significado poner de golpe una oposición chocante entre el honor y la ley, dado que ni la ley misma puede obligar a nadie a deshonorarse. Si el pueblo entero tiene a un hombre por cobarde, y a dicho hombre, al pasar entonces por un cobarde que quiere verse honrado a la fuerza, no logrará sino mayor desprecio. En cuanto a lo que dicen los edictos que batirse es ofender a Dios, sin duda es una

piadosísima opinión, pero la ley civil no es juez de pecados y cuantas veces la autoridad soberana quiera interponerse en conflictos de honor y de religión se verá comprometida por ambos lados. Los mismos edictos no razonan mejor cuando dicen que, en lugar de batirse, hay que dirigirse a los mariscales: condenar así, sin distinción ni reserva, el combate, es empezar por juzgar uno mismo lo que se remite al juicio. Es bien sabido que no les está permitido conceder el duelo, ni siquiera cuando el honor ultrajado carece de otros recursos; y, según los prejuicios del mundo, hay muchos casos semejantes, pues, por ejemplo, las satisfacciones ceremoniosas con las que se ha querido pagar al ofendido, son verdaderos juegos de niños.

El que un hombre tenga derecho a aceptar una reparación por sí mismo y a perdonar a su enemigo es una máxima que, administrada con arte, puede sustituir insensiblemente al feroz prejuicio que ataca, pero no ocurre lo mismo cuando el atacado es el honor de la gente a la que está ligado el nuestro. Desde ese momento ya no hay acomodo posible. Si mi padre recibe un bofetón, si mi hermana, mi mujer o mi amante es insultada, ¿conservaré yo mi honor vendiendo barato el suyo? No hay mariscales ni satisfacción suficientes; he de vengarlos o caer en el deshonor. Los edictos no me dejan más elección que el suplicio o la infamia. Por citar un ejemplo que viene al caso, ¿no es un concierto bien entendido entre el espíritu del escenario y el de las leyes ir a aplaudir al teatro al mismo Cid que se iría a ver colgar en la plaza de Gréve?

Así, por más que se haga, ni la razón ni la virtud ni las leyes vencerán a la opinión pública mientras no se encuentre el arte de cambiarla. Una vez más, dicha habilidad no viene de la violencia. Si se pusieran en práctica los medios establecidos, no servirían sino para castigar a la buena gente y salvar a los cobardes. Menos mal que son demasiado absurdos para poderlos emplear; sólo han servido para cambiarle el nombre a los duelos. ¿Cómo había que hacer? Era preciso, a mi modo de ver, someter absolutamente los combates particulares a la jurisdicción de los mariscales, ya para juzgarlos, ya para prevenirlos, ya para permitirlos incluso. No sólo debía dejárseles el derecho a conceder el campo cuando lo juzgaran a propósito, sino que era importante que utilizaran a veces ese derecho, aunque no fuera más que para quitarle al público una idea bastante difícil de destruir y capaz por sí sola de anular toda su autoridad, como es el que, en los asuntos que pasan por ellos, juzgan menos teniendo en cuenta su propio sentimiento que la voluntad del príncipe. Por eso no había ninguna vergüenza en solicitarles el combate en una ocasión necesaria, como tampoco había ninguna incluso en abstenerse de pedirlo, cuando las razones para concederlo no se creían suficientes, pero siempre podría decírseles: estoy ofendido, haced de modo que se me dispense de batirme.

De esa manera, al poder defender el honor ofendido y mostrar el coraje en el campo del honor, todos los desafíos secretos habrían caído infaliblemente en el descrédito, toda vez que justísimamente se habría sospechado de cuantos se hubieran escondido para batirse, y toda vez que aquellos que el tribunal de honor hubiese juzgado que se

habían batido mal<sup>33</sup> hubieran quedado sometidos, en calidad de viles asesinos, a los tribunales de lo criminal. Convengo en que, al no juzgarse algunos duelos más que una vez realizados y siendo otros solemnemente autorizados, al principio costaría la vida a alguna buena gente, pero habría valido para salvar en lo sucesivo infinidad de otras; mientras que de la sangre derramada, a pesar de los edictos, nace una razón para derramar más.

¿Qué habría ocurrido a continuación? A medida que el tribunal de honor hubiese adquirido autoridad sobre la opinión del pueblo por la prudencia y el peso de sus decisiones, se habría hecho poco a poco más severo hasta que, al haberse reducido a cero las ocasiones legítimas, la cuestión de honor hubiera cambiado de principios y los duelos se hubieran abolido por completo. A decir verdad, no hemos tenido todas esas dificultades, pero se ha hecho también una institución inútil. Si hoy los duelos son más raros, no es porque se los desprecie y castigue, sino porque las costumbres han cambiado<sup>34</sup>: y la prueba de que ese cambio viene de causas muy diferentes y en las que el gobierno no tiene parte, la prueba de que la opinión pública no ha variado en ese punto es que, después de tantos cuidados mal entendidos, cualquier caballero que no gane la razón de una afrenta empuñando la espada no queda menos deshonrado que antes.

Una cuarta consecuencia del objeto de esa misma institución es que, al no poder vivir ningún hombre civilmente sin honor, todos los oficios en los que se lleve espada, desde el príncipe al soldado, e incluso aquellos en los que no se lleve, deben estar sometidos a la jurisdicción de ese tribunal de honor, unos para rendir cuentas de su conducta y de sus actos, y otros, de sus discursos y de sus máximas. Todos sujetos por igual a ser honrados o reprobados según la conformidad u oposición de sus vidas o de sus sentamientos a los principios de honor establecidos en la nación y, reformados gradualmente por el tribunal, a los de la justicia y la razón. Limitar esta competencia a los nobles y militares es cortar los retoños y dejar la raíz, porque si la cuestión de honor mueve a actuar a la nobleza, también hace hablar al pueblo: unos no se baten más que porque los otros los juzgan, y para cambiar las acciones objeto de estimación pública, antes hay que cambiar los juicios que acerca de ésta se hacen. Estoy convencido de que no se llegará nunca a operar tal cambio si no se hace

---

<sup>33</sup> Mal, es decir, no sólo como cobardes y con fraude, sino injustamente y sin razón suficiente, lo que naturalmente se habría presumido de cualquier asunto no llevado al tribunal.

<sup>34</sup> Antiguamente los hombres iniciaban sus querellas en la taberna: se ha logrado que perdieran el gusto por ese placer grosero abaratándoles los demás. Antiguamente se degollaban por una amante: conviviendo más familiarmente con las mujeres han descubierto que no valía la pena batirse por ellas. Eliminados el amor y la embriaguez, pocos motivos importantes de disputa quedan. En el mundo no se baten más que por el juego, y los militares, más que por favores contra el reglamento o por no verse obligados a dejar el servicio. En este siglo ilustrado cada cual sabe calcular, escudo arriba o abajo, lo que valen su honor y su vida.

intervenir a las mujeres mismas, de quienes depende en gran parte el modo de pensar de los hombres.

De ese principio se desprende también que el tribunal debe ser más o menos temido en las diversas profesiones, en la misma proporción en que tengan más o menos honor que perder, según las ideas vulgares que hay que tomar siempre aquí por reglas. Si la institución está bien hecha, los grandes y príncipes deben temblar sólo con oír el nombre del tribunal de honor. Hubiera sido preciso que, al instituirlo, se hubiesen llevado ante él todas las disputas personales existentes entonces entre los principales del reino; que el tribunal los hubiera juzgado definitivamente hasta el límite posible únicamente según las leyes del honor; que tales juicios hubiesen sido severos; que hubiese habido cesiones de paso y de rango, personales e independientes del derecho de plazas, prohibiciones de llevar armas o de presentarse ante el príncipe u otros castigos semejantes, nulos por sí mismos pero graves para la opinión, hasta la infamia incluso, que habría podido considerarse como la pena capital ordenada por el tribunal de honor; que todas esas penas hubiesen surtido por el concurso de la autoridad suprema los mismos efectos que tiene naturalmente el juicio público cuando la fuerza no anula sus decisiones; que el tribunal no se hubiera pronunciado nunca sobre pequeñeces, pero que tampoco hubiera hecho nunca nada a medias; que incluso el rey hubiese sido citado ante él, cuando arrojó el bastón por la ventana por miedo —dijo— a golpear a un gentilhomme<sup>35</sup>, que hubiese comparecido como acusado con su parte; que le hubiesen juzgado solemnemente y condenado a dar satisfacción al gentilhomme por la afrenta indirecta que le había causado; y que al mismo tiempo el tribunal le hubiese otorgado un premio de honor por la moderación del monarca en su cólera. Dicho premio, que debía ser un signo muy sencillo pero visible, llevado por el rey durante toda su vida, hubiese sido a mi parecer un adorno más honroso que los de la realeza, y no dudo de que se habría convertido en tema de los cantos de más de un poeta. Es verdad que, en lo tocante al honor, los reyes mismos están sometidos más que nadie al juicio del público y pueden, por consiguiente, sin rebajarse, comparecer ante el tribunal que les representa. Luis XIV era digno de hacer esas cosas, y creo que las habría hecho si alguien se las hubiera sugerido.

Con todas esas precauciones y otras semejantes es muy dudoso que se hubiese tenido éxito, porque una institución de esta naturaleza es enteramente contraria al espíritu de la monarquía, pero es muy cierto que por haberlas descuidado, por haber querido mezclar la fuerza con las leyes en materia de prejuicios y cambiar la cuestión de honor por la violencia, se ha comprometido la autoridad real y se han hecho despreciables leyes que transmitían su poder.

Sin embargo, ¿en qué consistía ese prejuicio que se trataba de destruir? En la

---

35

M de Lazun. He ahí, a mi entender, unos bastonazos bien noblemente aplicados.

opinión más extravagante y bárbara que jamás entró en cabeza humana, a saber, que todos los deberes de la sociedad están suplidos con la bravura; que un hombre no es más trapacero, bribón y calumniador que cortés, humano y educado cuando sabe batirse; que la mentira se torna verdad, que el robo se hace legítimo, la perfidia honesta, la infidelidad laudable en cuanto se sostiene todo eso con la espada en la mano; que una afrenta queda siempre bien reparada con un sablazo y que un hombre no comete una equivocación con otro con tal de matarlo. Reconozco que hay otro tipo de acciones en las que la gentileza se mezcla con la crueldad y en las que no se mata a la gente más que por casualidad, como son aquellas en las que se baten a primera sangre. ¡A primera sangre! Por Dios, y qué quieres hacer con ella, bestia feroz, ¿bebértela? ¿Hay algún medio de pensar en esos horrores sin emoción? Esos son los prejuicios que los reyes de Francia, armados con toda la fuerza pública, han combatido vanamente. La opinión, reina del mundo, no está sometida al poder real, pues los reyes mismos son sus primeros esclavos.

Termino esta larga digresión, que desgraciadamente no será la última, y de ese ejemplo, demasiado brillante quizá, *si parva licet componere magnis*, vuelvo a aplicaciones más sencillas. Una de las consecuencias infalibles de un teatro establecido en una ciudad tan pequeña como la nuestra es la de cambiar nuestros principios o, si se quiere, nuestros prejuicios y opiniones públicas, lo que llevará consigo necesariamente el cambio de nuestras costumbres por otras, mejores o peores, de eso no digo nada aún, pero seguro que menos convenientes para nuestra constitución. Pregunto, señor D'Alembert, con qué leyes eficaces remediaría eso. Si el gobierno puede mucho sobre las costumbres, es sólo por su institución primitiva. Una vez que las ha determinado, no sólo no tiene poder para cambiarlas, a no ser que cambie él también, sino que le costará trabajo mantenerlas contra los accidentes inevitables que las atacan y contra la inclinación natural que las altera. Las opiniones públicas, aunque sean tan difíciles de gobernar, son sin embargo muy móviles y cambiantes por sí mismas. El azar, mil causas fortuitas, mil circunstancias imprevistas hacen lo que la fuerza y la razón no podrían hacer, o, mejor, precisamente porque el azar las dirige la fuerza nada puede en ellas, como los dados que salen de la mano, por diferente que sea el impulso que se les dé, no traen por eso más fácilmente el punto que se desea.

Todo lo que la humana sabiduría puede hacer es prevenir los cambios, detener con antelación todo lo que los trae; pero, en cuanto se los tolera y autoriza, difícilmente se es dueño de sus consecuencias y jamás puede responderse de serlo. ¿Cómo, pues, prevendríamos aquellos cuya causa hemos introducido nosotros voluntariamente? A imitación de la institución de la que acabo de hablar, ¿nos propondrá usted establecer censores? Ya tenemos<sup>36</sup>, y si toda la fuerza de ese tribunal apenas basta para

---

36

El Consistorio y la Cámara de Reformas.

mantenernos tal como somos, cuando hayamos añadido una nueva inclinación a la pendiente de las costumbres, ¿qué hará para detener su progreso? Está claro que no podrá bastarse, y la primera señal de su impotencia para prevenir los abusos de la comedia será dejar que se establezca, pues es fácil prever que ambas instituciones no podrán subsistir por mucho tiempo juntas, ya que o bien la comedia volverá ridículos a los censores o éstos se verán obligados a expulsar a los comediantes.

Pero no se trata sólo aquí de la insuficiencia de las leyes para reprimir las malas costumbres, mientras se deja subsistir su causa. Parecerá, lo preveo, que, con la mente henchida de los abusos que necesariamente genera el teatro y con la imposibilidad general de prevenirlos, no respondo con suficiente precisión al expediente propuesto, el de tener comediantes que sean gente íntegra, es decir, hacerlos tales. En el fondo, esta discusión particular tampoco es muy necesaria: todo cuanto he dicho hasta aquí de las consecuencias de la comedia, al ser independiente de las costumbres de los comediantes, no habría tenido el menor lugar cuando hubieran aprovechado bien las lecciones que usted nos exhorta a que les demos y se hubieran convertido con nuestros cuidados en otros tantos modelos de virtud. Sin embargo, por consideración al sentimiento, cuantos compatriotas míos no ven en la comedia más peligro que el mal ejemplo de los comediantes, quiero seguir investigando a ver si, incluso en su suposición, este expediente es practicable con alguna esperanza de éxito y si debe bastar para tranquilizarlos.

Empezando por observar los hechos antes de razonar sobre las causas, veo en general que el estado de comediante es un estado de licencia y malas costumbres, que los hombres en él están entregados al desorden y las mujeres llevan una vida escandalosa, que unos y otros, avaros y pródigos al mismo tiempo, siempre agobiados de deudas y tirando el dinero a manos llenas, son tan poco moderados en su disipación como poco escrupulosos en los medios para procurársela. Veo incluso que su profesión es deshonrosa en todos los países, que cuantos la ejercen, excomulgados o no, se ven despreciados en todas partes<sup>37</sup>, y que incluso en París, donde gozan de mayor consideración y llevan mejor conducta que en cualquier otra parte, un burgués temería andar con los mismos comediantes que se ven todos los días sentados a la mesa de los grandes. Una tercera observación, no menos importante, es que ese desdén es más fuerte en todos aquellos lugares de costumbres más puras, y que hay países de inocencia y sencillez donde la profesión de comediante casi repugna. Esos son hechos incontestables. Me dirá usted que son sólo resultado de prejuicios. Convento en ello, pero al ser universales dichos

---

<sup>37</sup> Si los ingleses enterraron al célebre Oldfield al lado de sus reyes no fue porque quisieran honrar su oficio, sino su talento. Entre ellos los grandes talentos se ennoblecen en los oficios más humildes, mientras los pequeños se envilecen en los más ilustres. Y, en cuanto a la profesión de comediante, los malos y mediocres están tan despreciados o más en Londres que en cualquier otro sitio.

prejuicios, hay que buscarles una causa universal y no veo que pueda encontrársela en parte alguna distinta a la misma profesión con la que están relacionados. A eso responde usted que los comediantes se vuelven despreciables sólo porque se los desprecia, pero ¿por qué se los habría despreciado si no hubieran sido despreciables? ¿Por qué se pensaría peor de su oficio que de los otros si no hubiera nada que los distinguiera? Eso es lo que habría que examinar quizá, antes de justificarlos a expensas del público.

Podría imputar dichos prejuicios a las declamaciones de los sacerdotes, si no los encontrara ya establecidos entre los romanos antes del nacimiento del cristianismo, y no sólo corriendo vagamente en la mente del pueblo sino autorizados en leyes expresas que declaraban infames a los actores, les quitaban el título y derechos de ciudadanos romanos y colocaban a las actrices en el rango de las prostitutas. Aquí falla cualquier razón, salvo la que se saca de la naturaleza de la cosa. Los sacerdotes paganos y los devotos, más favorables que contrarios a espectáculos que formaban parte de los juegos consagrados a la religión<sup>38</sup>, no tenían ningún interés en prohibirlos, y efectivamente no lo hacían. Sin embargo, se podría desde ese instante clamar, como hace usted, contra la inconsecuencia de deshonorar a la gente que se protege, se paga, se pensiona, lo que a decir verdad no me parece tan extraño como a usted, pues ocurre que a veces el estado fomenta y protege profesiones deshonrosas, pero útiles, sin que por eso deban ser mejor considerados aquellos que las ejercen.

En alguna parte he leído que dicha mácula se aplicaba menos a los auténticos comediantes que a los histriones y farsantes, que mancillaban sus representaciones con indecencias y obscenidades; pero esa distinción es insostenible, pues las palabras comediante e histrión eran perfectamente sinónimas y no tenían más diferencia que el que una era griega y otra etrusca. Cicerón, en su libro *El orador*, llama histriones a los dos mayores actores de toda la historia de Roma, Esopo y Roscio. En su defensa de este último, lamenta que un hombre tan íntegro ejerciera un oficio tan poco honesto. Lejos de distinguir entre comediantes, histriones y farsantes, o entre actores de tragedia y de comedia, la ley cubre con el mismo oprobio a todos los que suben al escenario. *Quisquis in Scenam proderit, ait Praetor, infamis est.* Es verdad, sólo que dicho oprobio recaía menos en la representación que en el estado del que se hacía un oficio, porque la juventud de Roma representaba públicamente sin deshonor las *Atelanas* o *Exodos* al final de las grandes obras. Excepto eso, se ve en mil sitios que los comediantes eran indistintamente esclavos, y que se los trataba como tales cuando el público no estaba contento con ellos.

Sólo sé de un pueblo, el griego, que no haya tenido a este respecto las mismas máximas de todos los demás. Es verdad que entre ellos la profesión del teatro era tan

---

<sup>38</sup> Tito Livio dice que los juegos escénicos se introdujeron en Roma en el año 390 con ocasión de la peste que se trataba de atajar. Hoy se cerrarían los teatros por el mismo motivo, y sin duda sería más razonable.

poco deshonesta que Grecia ofrece ejemplos de actores encargados de ciertas funciones públicas ya en el Estado, ya en embajadas. Pero podrían encontrarse fácilmente las razones a esta excepción. Primero, tanto la tragedia como la comedia eran invenciones de los griegos, y éstos no podían tener por adelantado una impresión de desprecio hacia un oficio cuyos efectos aún se ignoraban, y cuando empezaron a conocerlos la opinión pública ya estaba acostumbrada. Segundo, como la tragedia tenía en su origen algo de sagrado, al principio se miró a los actores más como sacerdotes que como faranduleros. Tercero, como todos los temas de sus obras estaban sacados de la antigüedad nacional que los griegos idolatraban, éstos veían en esos mismos actores no tanto a la gente que interpretaba fábulas como a ciudadanos instruidos que representaban ante los ojos de sus compatriotas la historia de su país. Cuarto, ese pueblo, entusiasta de su libertad hasta el punto de creer que los griegos eran los únicos hombres libres por naturaleza<sup>39</sup>, rememoraba con un vivo sentimiento de placer sus antiguas desgracias y los crímenes de sus gobernantes. Esos grandes cuadros le instruían constantemente y no podía por menos de sentir un poco de respeto hacia los órganos de esa instrucción. Quinto, estando al principio interpretada la tragedia sólo por hombres, no se veía en su teatro la mezcla escandalosa de hombres y mujeres que hace de los nuestros otras tantas escuelas de malas costumbres. Sexto, finalmente, sus espectáculos carecían absolutamente de las mezquindades de los de hoy. No se alzaron sus teatros por interés o avaricia, no estaban encerrados en oscuras prisiones, no necesitaban los actores echar mano de los espectadores ni contar por el rabillo del ojo la gente que cruzaba la puerta para estar seguros de su cena.

Aquellos grandes y soberbios espectáculos dados al aire libre ante toda la nación no ofrecían en todo momento más que combates, victorias, premios, objetos capaces de inspirar entre los griegos una ardiente emulación y de caldear sus corazones con sentimientos de honor y gloria. En medio de ese imponente aparato, tan propio para alterar y elevar el espíritu, los actores, animados por un mismo celo, compartían según su talento los honores rendidos a los vencedores de los juegos y a menudo a los próceres de la nación. No me sorprende que su oficio, ejercido de este modo, lejos de envilecerlos, les proporcionara ese orgullo y noble desinterés que parecía a veces situar al actor por encima de su personaje. Con todo y eso, nunca se citó a Grecia, exceptuando a Esparta, como ejemplo de buenas costumbres. Y Esparta, que no toleró nunca el teatro<sup>40</sup>, no se preocupaba de honrar a los que aparecían en él.

Volvamos a los romanos, que, lejos de seguir a este respecto el ejemplo de los

---

<sup>39</sup> Ifigenia lo dice expresamente en la tragedia de Eurípides que lleva el nombre de esa princesa.

<sup>40</sup> Veá, a propósito de este error, la carta de Le Roi.

griegos, dieron uno exactamente contrario. Cuando sus leyes declaraban infames a los comediantes, ¿lo hacían con el objeto de deshonorar su profesión? ¿Cuál habría sido la utilidad de tan cruel disposición? Ellas no la deshonoraban; se limitaban a hacer auténtico el deshonor que le es inseparable, pues nunca las buenas leyes cambian la naturaleza de las cosas; no hacen más que seguirla y éstas sólo son observadas. No se trata, pues, en primer lugar de clamar contra los prejuicios, sino de saber ante todo si no son más que prejuicios, si la profesión de comediante no es en efecto deshonorosa en sí misma, pues, si por desgracia lo fuera, ya podemos estatuir que no lo es, que, en lugar de rehabilitarla, no haremos sino envilecernos nosotros mismos.

¿En qué consiste el talento de comediante? Es el arte de fingir, de revestirse de un carácter distinto al suyo, de parecer diferente a como se es, de apasionarse a sangre fría, de decir algo distinto de lo que se piensa con tanta naturalidad como si se pensara de verdad y, en fin, de olvidar su propio lugar a fuerza de ocupar el de otros. ¿Qué profesión es la de comediante? Es un oficio en el que el comediante se da en representación por dinero, se somete a las ignominias y afrentas cuyo derecho a hacerle se compra, y pone públicamente en venta su persona. Yo ruego encarecidamente a todo hombre sincero que diga si no siente en el fondo de su alma que en el tráfico de sí mismo hay algo servil y bajo. Vosotros, los filósofos, que pretendéis estar tan por encima de prejuicios, ¿no os moriríais de vergüenza si, vilmente disfrazados de reyes, tuvierais que ir a desempeñar ante el público un papel diferente del vuestro, exponiendo a vuestras majestades a los abucheos del populacho? En el fondo, ¿qué idea saca el comediante de su estado? Una mezcla de bajeza, falsedad, orgullo ridículo e indigno envilecimiento que le hacen propio para toda suerte de personajes, salvo el más noble de todos, el del hombre que deja.

Yo sé que el papel de comediante no es el de un bribón que quiera imponerse; que no pretende que se le tome efectivamente por la persona que representa, ni que se le crea afectado por las pasiones que imita. Además, al dar esa imitación como lo que es, la vuelve inocente por completo; por eso no le acuso precisamente de ser engañoso, sino de cultivar como único oficio el talento de engañar a los hombres, así como de ejercitarse en hábitos que, no siendo inocentes más que en el teatro, no sirven en ninguna otra parte sino para hacer mal. Esos hombres tan bien vestidos, tan duchos en galanterías y en los acentos de la pasión, ¿no van a abusar jamás de dicho arte para seducir a los jóvenes? Esos criados fulleros, en escena tan sutiles con la lengua como con la mano, en las necesidades de un oficio más dispendioso que lucrativo, ¿no van a tener nunca distracciones útiles? ¿No cogerán jamás la bolsa de un hijo pródigo o de un padre avaro por la de Leandro o Argán?<sup>41</sup>. En todas partes la tentación de hacer

---

<sup>41</sup> Se ha visto esto como exagerado y ridículo, y tenían razón. No hay vicio del que los comediantes sean menos acusados que del de bribonería. Su oficio, que los absorbe mucho y les da incluso sentimientos de honor en ciertos aspectos, los aleja de tal bajeza. Dejo este pasaje, porque me he hecho una ley de no quitar nada; pero lo desapruuebo altamente como gran injusticia.

mal aumenta con la facilidad. Los comediantes tienen que ser más virtuosos que los demás hombres, si no, son más corrompidos.

El orador y el predicador —podrá decirse también— se exhiben lo mismo que el comediante. La diferencia es muy grande. Cuando el orador se muestra, es para hablar y no para dar un espectáculo. No se representa más que a sí mismo, no desempeña más que su propio papel, no habla sino en su nombre, no dice o no debe decir más que lo que piensa y, al ser el hombre y el personaje uno mismo, está en su sitio, se encuentra en el caso de cualquier otro ciudadano que cumple las funciones de su estado. Pero un comediante en el escenario, al exponer unos sentimientos distintos de los suyos, al no decir más que lo que se le obliga a decir, al representar a menudo un ser quimérico, se anonada, por decirlo así, se anula con su héroe, y en este olvido del hombre, si de él queda algo, es para ser juguete de los espectadores. ¿Qué diré de aquellos que parecen tener miedo de valer demasiado por sí mismos y se degradan hasta representar personajes a quienes les molestaría grandemente parecerse? Es un gran mal, sin duda, ver a tantos malvados en el mundo haciendo papeles de gente proba; pero ¿hay algo más odioso, más chocante, más cobarde que un hombre íntegro haga en la comedia el papel de malvado y despliegue todo su talento para realzar los criminales principios de los que personalmente se horroriza?

Si en todo esto sólo se ve una profesión poco honesta, debe verse también una fuente de malas costumbres en el desorden de las actrices, que fuerza y arrastra al de los actores. Pero ¿por qué es inevitable ese desorden? ¡Ah, por qué! En cualquier otro tiempo no habría habido necesidad de preguntarlo; pero en este siglo, en que tan altaneramente reinan los prejuicios y el error bajo el nombre de filosofía, los hombres, embrutecidos con su vano saber, han cerrado su mente a la voz de la razón y su corazón a la de la naturaleza.

En cualquier estado, país y condición ambos sexos guardan entre sí una conexión tan fuerte y natural que las costumbres de uno determinan siempre las del otro. Y no es que esas costumbres sean las mismas siempre, sino que tienen siempre el mismo grado de bondad, modificado en cada sexo por las inclinaciones que le son propias. Las inglesas son dulces y tímidas; los ingleses, duros y feroces ¿dónde sale esta aparente oposición? De que el carácter de cada sexo se ve así reforzado y, además, de que es propio del carácter nacional el llevar todo al extremo. Excepto eso, todo lo demás es semejante. Ambos sexos gustan de vivir aparte; a los dos les atraen los placeres de la mesa; ambos se juntan para beber después de la comida, los hombres vino y las mujeres té; ambos se entregan al juego sin furia, haciendo de él más un oficio que una pasión; ambos sienten un gran respeto por lo honesto; ambos aman su patria y a sus reyes; ambos honran la fidelidad conyugal y, si la violan, no hacen de ello un timbre de gloria; la paz doméstica les agrada a los dos; ambos son silenciosos y taciturnos; ambos difíciles de conmover y, sin embargo, exaltados en sus pasiones; para los dos el amor es terrible y trágico, él determina la suerte de sus días, pues —dice Muralt— no se trata de nada menos que de dejar en él la razón y la

vida; en fin, los dos se encuentran a gusto en el campo, y las damas inglesas vagan tan gustosas por sus parques solitarios como van a exhibirse a Vauxhall. De ese gusto común por la soledad nace también el de las lecturas contemplativas y novelas, de las que Inglaterra está plagada<sup>42</sup>. Así, ambos, más recogidos en sí mismos, se entregan menos a imitaciones frívolas, cogen mejor el gusto a los auténticos placeres de la vida y piensan menos en parecer felices que en serlo.

He citado preferentemente a Inglaterra porque es, entre todas las naciones del mundo, donde las costumbres de ambos sexos parecen a primera vista más contrarias. De su relación en dicho país podemos sacar conclusiones para los demás. Toda la diferencia consiste en que la vida de las mujeres es un desarrollo continuo de sus costumbres, mientras que para juzgar la de los hombres, al estar más difuminada en la uniformidad de sus negocios, hay que esperar a verlos en sus diversiones. Así que, ¿quiere conocer a los hombres?, pues estudie a las mujeres. Esta máxima tiene valor general, y hasta ahí todo el mundo estará de acuerdo conmigo; pero si añado que no hay buenas costumbres para las mujeres fuera de una vida retirada y doméstica, si digo que los apacibles cuidados de la familia y del hogar son su suerte, que la dignidad de su sexo reside en su modestia, que en ella pudor y vergüenza son inseparables de la honestidad, que buscar la mirada de los hombres es ya dejarse corromper y que toda mujer que se exhiba se deshonorra, al instante va a alzarse contra mí esa filosofía de un día, que nace y muere en la esquina de una gran ciudad y quiere asfixiar el grito de la naturaleza humana y la voz unánime del género humano.

¡Prejuicios populares! —se me grita—. ¡Leves errores de infancia! ¡Engaño de las leyes y de la educación! El pudor no es nada; tan sólo una invención de las clases sociales para poner a cubierto los derechos de los padres y de los maridos y mantener algún orden en las familias. ¿Por qué habríamos de encontrar motivo de vergüenza en un acto tan indiferente en sí y tan útil en sus efectos como el que concurre a perpetuar la especie? ¿Por qué, si los deseos de ambas partes son iguales, habrían de ser diferentes sus manifestaciones? ¿Por qué uno de los sexos tendría que rechazar más que el otro las inclinaciones que le son comunes? ¿Por qué habría de tener el hombre en este punto leyes distintas de las de los animales?

*Tes pourquoi, dit le Dieu, ne finiroient jamais*

Pero no es al hombre a quien hay que dirigíselas, sino a su Autor. ¿No es divertido que haya que decir por qué tenga vergüenza de un sentimiento natural, si esa vergüenza no me es menos natural que dicho sentimiento mismo? Lo mismo daría preguntarme también por qué tengo ese sentimiento. ¿Soy yo quien tiene que dar

---

<sup>42</sup> Como los hombres, son sublimes o detestables. Aún no se ha hecho en ninguna lengua novela igual a *Clarisse*, ni siquiera de cerca.

cuenta de lo que ha hecho la naturaleza? Según esta forma de razonar, los que no ven por qué el hombre existe, deberían negar su existencia.

Me temo que esos grandes escrutadores de los consejos de Dios han sopesado demasiado ligeramente sus razones. Yo, que no me las doy de conocerlos, creo ver que se les han escapado. Por más que digan, la vergüenza, que vela a los ojos del prójimo los placeres del amor, es algo. Es la salvaguardia común que la naturaleza ha dado a ambos sexos en estado de debilidad y olvido de sí, para librarlos de la merced del primero que llega; del mismo modo que cubre su sueño con las sombras de la noche, a fin de que en ese tiempo de tinieblas se vean menos expuestos a los ataques mutuos, y del mismo modo que obliga a todo animal enfermo a buscar un escondrijo y lugares desérticos para sufrir y morir en paz, lejos del alcance de los que no puede rechazar.

En cuanto al pudor del sexo en particular, ¿qué arma más dulce habría podido dar la misma naturaleza a quien tenía previsto que se defendiera? ¡Los deseos son iguales! ¿Qué quiere decir eso? ¿Hay de una y otra parte las mismas posibilidades de satisfacerlos? ¿Qué sería de la especie humana si se invirtiera el orden de ataque y defensa? El asaltante escogería al azar ocasiones en que la victoria sería imposible, y al asaltado le dejarían en paz cuando se habría visto obligado a rendirse, o perseguido sin tregua cuando estuviera demasiado débil para sucumbir. En fin, que, estando el poder y la voluntad siempre en discordia, no dejarían compartir los deseos y el amor dejaría de ser el sostén de la naturaleza para convertirse en su destructor, en una plaga.

Si los dos sexos hubieran dado y recibido por igual los primeros pasos, no se habría preservado la vana inoportunidad. Unos amores siempre lánguidos en medio de una tediosa libertad no se habrían irritado jamás, el más dulce de todos los sentimientos apenas si hubiera aflorado en el corazón humano y su objetivo se habría cumplido mal. El obstáculo aparente que parece alejar dicho objetivo es en el fondo lo que le aproxima. Los deseos velados por la vergüenza se hacen precisamente por eso más seductores; al molestarlos, el pudor los inflama: sus temores, rodeos, reservas, sus tímidas confesiones, su tierna e ingenua sutileza dicen mejor lo que la vergüenza cree callar que lo que sin ella hubiera dicho la pasión, pues ella es quien da premio a sus favores y dulzura a los rechazos. El verdadero amor posee en realidad lo que únicamente el pudor le disputa; esa mezcla de debilidad y modestia le hace más emocionante y tierno. Cuanto menos obtiene, más aumenta el valor de lo que saca, y así goza a la vez con las privaciones y los placeres.

¿Por qué —dicen— lo que no es vergonzoso para el hombre habría de serlo para la mujer? ¿Por qué uno de los sexos habría de hacer un crimen de lo que el otro se cree con el permiso de hacer? ¡Como si las consecuencias fueran las mismas en ambos casos! ¡Como si todos los austeros deberes de la mujer no derivaran sólo del hecho de que un hijo debe tener un padre! Aun cuando nos faltaran esas importantes consideraciones, tendríamos que dar siempre la misma respuesta y siempre sería

terminante. Así lo ha querido la naturaleza y sería un crimen ahogar su voz. El hombre puede ser audaz, pues tal es su destino<sup>43</sup>: alguien tiene que declararse; mas toda mujer sin pudor es culpable y depravada, porque pisotea un sentimiento natural a su sexo.

¿Cómo podría discutirse la verdad de ese sentimiento? Aunque la Tierra toda se negara a dar público testimonio, la simple comparación de los sexos bastaría para constatarlo. ¿No adorna la naturaleza a las jóvenes con esos rasgos tan suaves que un poco de vergüenza hace aún más conmovedores? ¿No es ella quien pone en sus ojos esa mirada tímida y tierna a la que cuesta tanto trabajo resistirse? ¿No es ella quien da a su tez más brillo y más finura a su piel para que el más leve rubor pueda apercibirse mejor? ¿No es ella quien las hace más temerosas para que huyan y débiles para que cedan? ¿Para qué darles un corazón más sensible a la compasión, menos rapidez en la carrera, un cuerpo menos robusto, estatura menos alta, músculos más delicados, si ella no las hubiera destinado a dejarse vencer? Sujetas a las incomodidades del embarazo y a los dolores del parto, ¿exigiría ese plus de trabajo una disminución de fuerzas? Mas para reducirlas a ese penoso estado era preciso hacerlas lo bastante fuertes para no sucumbir más que a su voluntad, y lo bastante débiles para tener siempre un pretexto de rendirse. He aquí el punto preciso en que la naturaleza las ha situado.

Pasemos del razonamiento a la experiencia. Si el pudor fuera un prejuicio social y de educación, debería aumentar allí donde la educación es más esmerada y donde incesantemente se refinan las leyes sociales, y ser más débil en cualquier parte que permanezca más cerca del estado primitivo; sin embargo, es todo lo contrario<sup>44</sup>. En

---

<sup>43</sup> Distingamos dicha audacia de la insolencia y brutalidad, pues nada sale de sentimientos más opuestos y tiene efectos más contrarios. Parto del supuesto del amor inocente y libre que no recibe órdenes más que de sí mismo; sólo a él compete presidir sus misterios y llevar a cabo la unión de las personas y los corazones. Cuando un hombre insulta al pudor del sexo y atenta con violencia contra una joven amada que nada siente por él, su grosería no es apasionada, sino ultrajante; anuncia un alma sin costumbres ni delicadeza, incapaz de amor y honestidad. El mayor premio de los placeres está en el corazón que los proporciona; un verdadero amante no encontraría más que dolor, rabia y desesperación en la posesión misma de lo que ama, si creyera no ser amado.

Querer contentar insolentemente sus deseos sin la entrega de quien los hace nacer es audacia de sátiro; la de un hombre consiste en saber testimoniarlos sin desagradar, en hacerlos interesantes, en actuar de modo que se compartan, en dominar los sentimientos antes de acercarse a la persona. Y no basta tampoco con ser amado, pues los deseos compartidos no dan por sí solos derecho a satisfacerlos; hace falta además el consentimiento de la voluntad. En vano concede el corazón lo que la voluntad rehúsa. El hombre íntegro y el amante se abstienen, aun cuando podrían conseguirlo. Arrancar ese consentimiento tácito es usar toda la violencia permitida en el amor. El arte de quien sabe amar está en leerlo en los ojos y verlo en los ademanes aunque la boca lo esté negando. Si entonces acaba siendo feliz, no es brutal sino honesto, no ultraja al pudor sino que lo respeta y sirve, pues le deja el honor de seguir defendiendo lo que quizás hubiera abandonado.

<sup>44</sup> Espero la objeción: en ese caso, las mujeres salvajes, dado que van desnudas, ¿no tienen pudor? Respondo que las nuestras tienen aún menos, puesto que se visten. Véase el final de este ensayo, a propósito de las chicas de Lacedemonia.

nuestras montañas las mujeres son tímidas y modestas: una palabra las ruboriza, no se atreven a levantar los ojos a los hombres y guardan silencio ante ellos. En las grandes ciudades el pudor es innoble y bajo, es lo único de lo que una mujer bien educada sentiría vergüenza, y el honor de haber hecho enrojecer a un hombre es privilegio de las mujeres de mejor porte.

El argumento extraído del ejemplo de los animales no es concluyente ni verdadero. El hombre no es ningún perro ni ningún lobo. Basta con establecer en su especie las primeras relaciones de sociedad para dar a sus sentimientos una moralidad siempre desconocida entre las bestias. Los animales tienen corazón y pasiones, pero la sagrada imagen de lo honesto y lo bello no entró nunca sino en el corazón del hombre.

A pesar de eso, ¿de dónde se ha sacado que el instinto no produce nunca entre los animales efectos semejantes a los que la vergüenza produce entre los hombres? Yo veo todos los días pruebas de lo contrario. Veo que se esconden para ciertas necesidades, para hurtar a los sentidos una causa de desagrado, veo luego que, en lugar de huir, se apresuran a tapar los vestigios. ¿Qué les falta a esos cuidados para tener aspecto de decencia y honestidad sino el que los tomen los hombres? En sus amores veo caprichos, selección, rechazos concertados, que se basan muy de cerca en la máxima de irritar la pasión con obstáculos. En el momento mismo de escribir esto tengo ante mis ojos un ejemplo que lo confirma. Dos palomas nuevas, en el tiempo feliz de sus primeros amores, me ofrecen un cuadro bien distinto del de la tonta brutalidad que en ellos ponen nuestros presuntos sabios. La blanca paloma va siguiendo paso a paso a su querido y se aleja sola en cuanto el otro se vuelve. ¿Que éste permanece inactivo? Unos ligeros picotazos le despabilan. Si se retira, le persigue; si se defiende, un corto vuelo de seis pasos le vuelve a atraer. La inocencia de la naturaleza organiza las carantoñas y la débil resistencia con tal arte que difícilmente tendría la más hábil coqueta. No, la locuela de Galatea no lo haría mejor y puede que Virgilio haya sacado de un palomar una de sus imágenes más encantadoras.

Aun cuando pudiera negarse que fuese connatural a las mujeres un sentimiento particular de pudor, ¿será menos verdad que su función en la sociedad debe ser la vida doméstica y retirada y que debe educárselas en principios relacionados con ello? Si la timidez, el pudor y la modestia que las caracterizan son invenciones sociales, le importa a la sociedad que las mujeres adquieran dichas cualidades; importa cultivarlas en ellas, y toda mujer que las desdeñe ofende a las buenas costumbres. ¿Hay en el mundo un espectáculo más conmovedor, más respetable que el de una madre de familia rodeada de sus hijos, que regula el trabajo de sus criados, procura a su marido una vida feliz y gobierna sabiamente la casa? Ahí es donde aparece con toda la dignidad de una mujer honesta, ahí impone verdaderamente respeto y la hermosura comparte con el honor los homenajes rendidos a la virtud. Una casa cuya dueña está ausente es un cuerpo sin alma que pronto se corrompe. Una mujer fuera de su casa pierde todo su lustre y, despojada de sus auténticos adornos, se exhibe con

indecencia. Si tiene marido, ¿qué busca entre los hombres? Si no lo tiene, ¿cómo se expone a repeler con una compostura poco modesta a quien podría sentir la tentación de serio? Haga lo que hiciere, se tiene la impresión de que en público no está en su lugar y de que su belleza incluso, que agrada sin interesar, no es sino un error más que el corazón le reprocha. Que esta impresión nos venga de la naturaleza o de la educación no obsta para que sea común a todos los pueblos del mundo. En todas partes se considera a las mujeres en proporción a su modestia; en todos los sitios se está convencido de que, al descuidar los modales de su sexo, se están descuidando sus deberes; por doquier se ve entonces que, tomando en desvergüenza la masculina y firme seguridad del hombre, se envilecen con esa odiosa imitación y deshonoran a la vez su sexo y el nuestro.

Ya sé que en algunos países reinan usos contrarios, pero vea también qué costumbres han traído. No querría poner más ejemplos para confirmar mis principios; apliquemos a las costumbres de la mujer lo que he dicho antes de los honores que se les rinden. En todos los antiguos pueblos civilizados vivían muy encerradas, rara vez se dejaban ver en público y nunca con hombres: jamás paseaban con ellos. Tampoco ocupaban los mejores sitios en los espectáculos ni podían lucirse en ellos<sup>45</sup>. Ni siquiera les estaba permitido asistir a todos, y se sabe que había pena de muerte para aquellas que osaban exhibirse en los juegos olímpicos.

En casa tenían un apartamento privado donde los hombres no entraban. Cuando sus maridos daban banquetes, rara vez se presentaban a la mesa: las señoras se levantaban antes de terminar y las otras no aparecían ni al principio. No había reuniones comunes a ambos sexos ni pasaban el día juntos. Ese cuidado en no hartarse unos de otros hacía que se vieran luego con más gusto. En general, no hay duda de que la paz familiar estaba mejor asegurada y de que había más unión entre los esposos<sup>46</sup> de la que reina hoy.

Tales eran los usos de los persas, griegos, romanos e incluso egipcios, en contra de los malos chistes de Herodoto, que se refutan por sí mismos. Si alguna vez las mujeres se salían de los límites de esa modestia, el clamor público demostraba que se trataba de una excepción. ¿Qué no se ha dicho ya de la libertad sexual en Esparta? También es fácil de entender por la *Lisístrata* de Aristófanes cuánto chocaba a los ojos de los griegos la impudicia de los atenienses. Y en la ya corrupta Roma, ¿con qué escándalo no se veía la presencia de las matronas romanas ante el tribunal de los triunviros!

---

<sup>45</sup> En el teatro de Atenas las mujeres ocupaban una galería alta, denominada *Cercis*, tan poco cómoda para ver como para que las vieran; sin embargo, a juzgar por la aventura de Valeria y Sila, parece ser que en el circo de Roma estaban mezcladas con los hombres.

<sup>46</sup> Podría atribuirse la causa a la facilidad del divorcio; mas los griegos no hacían demasiado uso de él y Roma subsistió quinientos años antes de que nadie invocara la ley que lo permitía.

Todo ha cambiado. Desde que las hordas de los bárbaros con sus mujeres tras los ejércitos inundaron Europa, la licencia de los campamentos, junto a la frialdad natural de los climas septentrionales que hace la reserva menos necesaria, introdujo otra forma de vida, favorecida por los libros de caballería, en los que hermosas damas se pasaban la suya dejándose raptar por hombres con la mejor intención. Como dichos libros eran las escuelas de galantería de la época, las ideas de libertad que inspiraban se introdujeron sobre todo en las cortes y grandes ciudades, donde la gente se precia más de cortesía. El progreso mismo de dicha urbanidad debió hacerla degenerar al fin en grosería, y así fue como la modestia connatural al sexo fue poco a poco desapareciendo y las costumbres de las vivanderas se transmitieron a las mujeres de calidad.

Pero ¿quiere usted saber hasta qué punto esos usos, contrarios a las ideas naturales, chocan a quienes no tienen la costumbre? Júzguelo por la sorpresa y el apuro de los extranjeros y provincianos ante el aspecto de esos modales tan nuevos para ellos. Ese aprieto es un elogio para las mujeres de sus países, y es de creer que las que lo causan se sentirían menos orgullosas si conocieran mejor su origen. No es, pues, que impongan, sino más bien que hacen enrojecer, y el pudor, desechado por la mujer de discurso y compostura, se refugia en el corazón del hombre.

Volviendo ahora a nuestros comediantes, pregunto cómo un oficio cuyo único objeto es exhibirse en público, y, lo que es peor, hacerlo por dinero, podría convenir a mujeres honestas y conjugarse en ellas con la modestia y buenas costumbres. ¿Es necesario discutir también las diferencias morales de los sexos para darse cuenta de lo difícil que es que la que se pone a precio en representación no lo haga enseguida personalmente y no se deje nunca tentar por la satisfacción de los deseos que tanto cuidado pone en excitar? ¡Cómo! A pesar de mil tímidas precauciones, a una mujer honesta y prudente, expuesta al menor peligro, le costará Dios y ayuda conservar el corazón a prueba; y esas jóvenes audaces, sin más educación que un sistema de coquetería y de papeles amorosos, con un atuendo bien poco modesto<sup>47</sup>, constantemente rodeadas de una juventud ardiente y temeraria en medio de dulces voces de amor y de placer, ¿resistirán, a su edad y con su corazón, a los objetos que las rodean, a los discursos que se les dirige, a las ocasiones siempre renacientes y al oro al que por adelantado están medio vendidas? Tendrían que creernos de una ingenuidad de niño para querer imponérselo hasta ese punto. Por más que el vicio se oculte en la oscuridad, su impronta se encuentra en la frente de los culpables: la audacia de una mujeres el signo seguro de su vergüenza. No se ruboriza por tener demasiado de qué hacerlo, y si alguna vez el pudor sobrevive a la castidad, ¿qué habrá que pensar de éste cuando incluso el pudor está apagado?

---

<sup>47</sup> ¿Qué será si encima se le supone la belleza que razonablemente puede exigirseles? Vea los diálogos sobre el hijo natural, p. 183.

Supongamos, si se quiere, que haya habido algunas excepciones; supongamos

*Qu'il en soit jusqu'à trois que l'on pourrait nommer*

Quiero creer a este respecto lo que nunca he visto ni oído decir. ¿Habremos de llamar honesto el oficio que hace de una mujer honesta un prodigio y que nos lleva a despreciar a las que lo ejercen, a no ser que se cuente con un milagro continuo? La inmodestia está tan ligada a su profesión y ellas lo sienten personalmente tan bien que no habría una sola que no se creyera ridícula fingiendo siquiera apropiarse los discursos de prudencia y honor que suministra al público. Por miedo a que tan severos principios no acaben luego perjudicando sus intereses, la actriz es siempre la primera en parodiar su papel y destruir su propia obra. En cuanto se mete entre bastidores, abandona la moral del teatro a la vez que su dignidad; y, si en el escenario se toman lecciones de virtud, en los hogares las van a olvidar bien pronto.

Después de lo que acabo de decir, creo que no necesito explicar también de qué manera el desorden de las actrices arrastra al de los actores, sobre todo en un oficio que los obliga a convivir en la mayor familiaridad. No necesito mostrar cómo de una profesión deshonorosa nacen sentimientos deshonestos, ni cómo dividen los vicios a cuantos debería unir el interés común. No me extenderé en mil temas objeto de discordia y disputas, como la distribución de papeles, el reparto de taquilla, la elección de obras, los celos de los aplausos, que deben excitar sin cesar, sobre todo entre las actrices; y eso por no hablar de intrigas galantes. Más inútil aún es que exponga las consecuencias que la asociación del lujo y la miseria, inevitable entre esa gente, lleva naturalmente consigo. Ya he hablado demasiado para usted y los hombres razonables, y jamás diría lo suficiente para los predispuestos a negarse a ver lo que la razón les muestra y que sólo aceptan lo que conviene a sus pasiones o a sus prejuicios.

Si todo eso lleva consigo la profesión de comediante, ¿qué hemos de hacer para prevenir consecuencias inevitables? Yo no veo más que un medio, y es quitar la causa. Cuando los males le vienen al hombre de su naturaleza o de una forma de vivir que no puede cambiar, ¿los previenen los médicos? Prohibir a un comediante que sea vicioso es tanto como prohibirle al hombre que se ponga enfermo.

¿Se sigue de ahí que haya que despreciar a todos los comediantes? Al contrario, se deduce que un comediante que tiene modestia, buenas costumbres, honestidad, es, como bien dice usted, doblemente estimable, pues demuestra con eso que el amor a la virtud vence en él a las pasiones del hombre y al ascendiente de su profesión. El único error que puede imputársele es el haberla abrazado; pero bien a menudo un descarrío de juventud decide la suerte de la vida, y cuando se cree ser un verdadero talento, ¿quién puede resistir su atractivo? Los grandes actores llevan consigo la excusa; es a los malos a quienes hay que despreciar.

Si he permanecido tanto tiempo en los términos de la proposición general, no es porque no hubiera tenido más ventajas aún aplicándola precisamente a la ciudad de

Ginebra, sino porque la repugnancia a poner a mis conciudadanos en escena me ha llevado a diferir todo lo posible hablar de nosotros. Sin embargo, a la postre a eso hay que llegar, y habría cumplido imperfectamente mi tarea si no investigara en nuestra situación particular las consecuencias de establecer un teatro en nuestra ciudad, en el caso de que el parecer de usted y sus razones determinen a nuestro gobierno a tolerarlo. Me limitaré a unas consecuencias tan notorias que nadie que conozca un poco nuestra constitución pueda negarlas.

Ginebra es rica, es verdad; pero, aunque no se vean esas enormes desproporciones de fortuna que empobrecen a todo un país para enriquecer a algunos de sus habitantes y siembran la miseria en torno a la opulencia, es cierto que, si algunos ginebrinos poseen grandes bienes, otros viven en una escasez bastante dura, y que el desahogo de los más sale de un trabajo asiduo, de la economía y moderación más que de una riqueza positiva. Hay muchas ciudades más pobres que la nuestra, donde el burgués puede dedicar mucho más a sus placeres porque el territorio que le alimenta no se agota y porque, careciendo su tiempo de valor, puede perderlo sin perjuicio. No ocurre eso entre nosotros, que, sin tierras para subsistir, no tenemos más que la industria. El pueblo ginebrino no se mantiene sino a fuerza de trabajo, y sólo tiene lo necesario en la medida que elimina todo lo superfluo. Esa es una de las razones de nuestras leyes suntuarias. Tengo la impresión de que una de las cosas que primero chocan a cualquier extranjero que entra en Ginebra es el aspecto de vitalidad y actividad que se ve en ella. Todo el mundo está ocupado, toda está en movimiento, todos se afanan en sus trabajos y negocios. No creo que ninguna otra ciudad tan pequeña ofrezca en el mundo espectáculo semejante. Visite el barrio de Saint-Gervais y verá que toda la relojería de Europa parece haberse juntado allí. Recorra el Molard y las calles bajas: un aparato de comercio al por mayor, montones de fardos, toneles confusamente arrojados, el olor a India y a droguería le hacen imaginar un puerto de mar. En Pâquis y en Eaux-Vives el ruido y el aspecto de las fábricas de indiana y de tela pintada parecen transportarle a Zürich. La ciudad se multiplica de algún modo por los trabajos que en ella se realizan, y he visto a gente que, bajo esta primera impresión, estimaba la población en cien mil almas. Los brazos, el programa de trabajo, la vigilancia, la austera parsimonia, esos son los tesoros del ginebrino. Vea con qué esperamos una diversión de gente ociosa, la cual, quitándonos a la vez el tiempo y el dinero, duplicará en realidad nuestra pérdida.

Ginebra no tiene veinticuatro mil almas; en eso está usted de acuerdo. Yo veo que Lyon, proporcionalmente más rico y al menos cinco o seis veces más poblado, mantiene exactamente un teatro, y que, cuando ese teatro es una ópera, una ciudad así no sería suficiente. Veo que París, la capital de Francia y pozo sin fondo de las riquezas de ese gran reino, mantiene tres bastante mediocremente y un cuarto en

ciertas épocas del año. Supongamos que ese cuarto fuera permanente<sup>48</sup>. Veo que entre más de seiscientos mil habitantes esa cita de opulencia y ociosidad apenas si proporciona diariamente al espectáculo mil o mil doscientos espectadores de promedio. En las demás partes del reino veo a Burdeos y a Ruán, grandes puertos de mar; a Lila y a Estrasburgo, grandes ciudades de guerra, llenas de oficiales ociosos que se pasan la vida esperando que llegue mediodía y las ocho, con un teatro de comedia, y con todo y eso hacen falta impuestos involuntarios para mantenerlo. ¡Pero cuántas ciudades más, incomparablemente mayores que la nuestra, cuántas sedes de parlamentos y de cortes soberanas no pueden mantener un teatro de comedias permanente!

Para juzgar si estamos en situación de hacerlo mejor, tomemos un término de comparación bien conocido, como, por ejemplo, la ciudad de París. Digo, pues, que, si más de seiscientos mil habitantes no suministran diariamente y unos días con otros a los teatros de París más de mil doscientos espectadores, menos de veinticuatro mil habitantes no darían seguramente más de cuarenta y ocho en Ginebra. Además, hay que descontar de ese número los que entran gratis y suponer que proporcionalmente no hay menos desocupados en Ginebra que en París, suposición que me parece insostenible.

Ahora bien, si a los comediantes franceses, pensionados por el rey y propietarios de su teatro, les cuesta Dios y ayuda mantenerse en París con una asamblea de trescientos espectadores por representación<sup>49</sup>, me pregunto cómo se iban a mantener los comediantes de Ginebra con una asistencia de cuarenta y ocho espectadores por todo recurso. Me dirá usted que cuesta menos vivir en Ginebra que en París. Sí, pero en proporción las entradas costarán también menos, y además los gastos de comida no significan nada para los comediantes; son los vestidos y atuendos lo que cuesta, que tendrán que pedirlos a París o coger obreros mal instruidos. Todas esas cosas las hacen más baratas en los sitios donde son corrientes. Me dirá también que se les someta a nuestras leyes suntuarias; pero sería en vano querer llevar la reforma al teatro; jamás gustarían Jerjes ni Cleopatra de nuestra simplicidad. Siendo propio de la condición de comediante el aparentar, impedírsele sería tanto como privarles del

---

48 Si no cuento el Concierto Espiritual es porque, en lugar de ser un espectáculo añadido a los demás, no es sino su complemento. Tampoco cuento los pequeños espectáculos de la feria; sin embargo, la cuento todo el año, siendo así que sólo dura seis meses. Viendo, comparativamente, si es posible que una compañía subsista en Ginebra, supongo por todas partes relaciones más favorables a la respuesta afirmativa de lo que los hechos conocidos le conceden.

49 A los que no asisten a los espectáculos más que los días que hace bueno, cuando la concurrencia es grande, les parecerá demasiado débil esta apreciación; pero los que, como yo, los hayan seguido durante diez años, con buen y mal tiempo, la encontrarán sin duda demasiado generosa. Así, pues, si hay que reducir el número diario a trescientos espectadores en París, habrá que disminuir proporcionalmente el de cuarenta y ocho en Ginebra, lo que refuerza mis objeciones.

gusto por su trabajo, y dudo de que un buen actor consintiera nunca hacerse cuáquero. En fin, puede objetársele que la compañía de Ginebra, al ser mucho menos numerosa que la de París, podría subsistir con muchos menos gastos. De acuerdo, pero dicha diferencia ¿estaría en razón de la que va de cuarenta y ocho a trescientos? Añada que una compañía más numerosa tiene también la ventaja de poder actuar más a menudo, mientras que en una pequeña, donde faltan los dobles, no todos podrían actuar todos los días: la enfermedad, la ausencia de uno sólo haría perder una representación, que es tanto como perder ingresos.

A los ginebrinos les gusta excesivamente el campo: eso puede apreciarse por la cantidad de casas repartidas en torno a la ciudad. El atractivo de la caza y la belleza de los alrededores mantienen ese saludable gusto. Las puertas, cerradas antes del anochecer, quitan la libertad de salir a pasear fuera, y como las casas de campo están tan cerca, muy poca gente acomodada duerme en la ciudad durante el verano. Después de pasar el día en sus asuntos, se van todos por la tarde a la hora de cerrar las puertas a su pequeño retiro, a respirar el aire más puro y a disfrutar del paisaje más encantador de estrellas abajo. Hay incluso muchos ciudadanos y burgueses que residen en ellas todo el año y que no tienen casa en Ginebra. Todo eso es tanto perdido para la comedia, y durante el buen tiempo no quedaría más gente para mantenerla que la que nunca va a esas cosas. En París es muy distinto: se conjuga muy bien el campo con la comedia, y durante el verano, a la hora en que terminan los espectáculos, no se ven salir por las puertas más que carrozas. En cuanto a la gente que duerme en la ciudad, la libertad de poder salir a cualquier hora les tienta menos de lo que les desaniman las incomodidades que la acompañan. Se había uno tan pronto de los paseos públicos, hay que ir tan lejos a buscar el campo, su aire están tan apestado de inmundicias y las vistas son tan poco atractivas que es preferible encerrarse en un espectáculo. He ahí, pues, otra diferencia en desventaja de nuestros comediantes, y una mitad del año perdida para ellos. ¿Piensa usted que encontrarán fácilmente con qué llenar tan gran vacío? Yo, por mi parte, no le encuentro más solución que cambiar la hora de cerrar las puertas, que inmolar nuestra seguridad a nuestros placeres, dejando una plaza fuerte abierta por la noche<sup>50</sup> en medio de tres potencias, la más alejada de las cuales no necesita andar más de media legua para plantarse ante nuestras murallas.

Y eso no es todo: es imposible que la generalidad aplauda una institución tan contraria a nuestros antiguos principios. ¿Cuántos generosos ciudadanos verán con

---

<sup>50</sup> Ya sé que todas nuestras grandes fortificaciones son la cosa más inútil del mundo y que, aunque tuviéramos bastantes tropas para defenderlas, seguirían siendo tan inútiles como antes, porque lo más seguro es que nadie vaya a venir a asediarlos. Pero no por no temer ningún asedio vamos a dejar de vigilar para evitar cualquier sorpresa, pues nada es tan fácil en nuestro vecindario como reunir guerreros. Sabemos demasiado bien el uso que pueden hacer de ellos, y debemos pensar que los peores derechos fuera de una plaza parecen excelentes cuando se está dentro.

indignación que ese monumento al lujo y a la molicie se levante sobre las ruinas de nuestra antigua simplicidad y amenace de lejos la libertad pública? ¿Piensa usted que van a autorizar esa innovación con su presencia, después de haberla desaprobado abiertamente? Puede usted estar seguro de que algunos de los que van sin ningún escrúpulo al espectáculo en París no pondrán jamás los pies en Ginebra, porque estiman más el bien de su patria que su propia diversión. ¿Dónde habrá una madre tan imprudente que se atreva a llevar a su hija a esta peligrosa escuela?, ¿y cuántas mujeres respetables creerían deshonorarse a sí mismas yendo allí? Si algunas personas se abstienen en París de ir al espectáculo, es sólo por un principio de religión, que a buen seguro no será menos fuerte entre nosotros, y al que además añadiremos razones de costumbres, de virtud y de patriotismo, que detendrán incluso a aquellos que la religión no retendría<sup>51</sup>.

He demostrado que es absolutamente imposible que en Ginebra pueda mantenerse un teatro de comedia sólo con la asistencia de los espectadores; por lo cual se necesita una de estas dos cosas: o bien que los ricos coticen para sostenerlo, onerosa carga que seguramente no tendrán humor de mantener mucho tiempo, o bien que el Estado tome parte en este asunto y lo sostenga a sus expensas. Pero ¿cómo lo haría?, ¿recortando de los gastos necesarios, para los que apenas si bastan sus módicos ingresos, o habrá de destinarle las sumas que la economía e integridad de la administración permiten a veces reservar con vistas a las necesidades más perentorias? ¿Será necesario reformar nuestra pequeña guarnición y que guardemos nosotros mismos las puertas? ¿Hará falta reducir los débiles honorarios de nuestros magistrados, o habremos de quitarnos nosotros por él todos los recursos para el menor accidente imprevisto? A falta de esos recursos extremos, sólo veo uno practicable, que es la vía de las tasas e impuestos, lo que significa reunir a nuestros conciudadanos y burgueses en consejo general en el templo de San Pedro, y allí, proponerles con toda gravedad que concedan un impuesto para establecer una comedia. Líbreme Dios de creer a nuestros sabios y dignos magistrados capaces de hacer jamás semejante proposición, y, teniendo en cuenta su propio artículo, puede juzgarse bastante bien cómo iban a recibirla.

Si tuviéramos la desgracia de encontrar algún recurso propio para eliminar esas dificultades sería tanto peor para nosotros, pues no podría hacerse más que con el favor de algún vicio secreto, que, debilitándonos aún más en nuestra pequeñez, acabaría perdiéndonos pronto o tarde. Imaginemos, sin embargo, que un hermoso celo por el teatro nos llevara a obrar semejante peligro; imaginemos a los comediantes bien

---

<sup>51</sup> Con eso no quiero decir que pueda serse virtuoso sin religión: mucho tiempo tuve esta falaz idea, de la que estoy demasiado escarmentado; sino que un creyente puede abstenerse a veces, por motivos de virtud puramente social, de ciertas acciones indiferentes en sí mismas y que no afectan inmediatamente a la conciencia, como la de ir a espectáculos en un lugar donde no está bien tolerarlos.

instalados en Ginebra, bien refrenados por las leyes, y a la comedia, floreciente y frecuentada; imaginemos, finalmente, a nuestra ciudad en la situación que usted dice, esto es, que teniendo costumbres y espectáculos reuniera las ventajas de unas y otros, ventajas por lo demás poco compatibles a mi entender, pues, consistiendo la de los espectáculos únicamente en suplir a las costumbres, es nula en todos los sitios donde éstas existen.

El primer efecto notable de dicho establecimiento será, como ya he dicho, una revolución en nuestros usos, que necesariamente producirá otra en nuestras costumbres. ¿Será buena o mala dicha revolución? Ya es hora de analizarlo. No hay Estado bien constituido donde no se encuentren usos íntimamente ligados a la forma de gobernar y sirvan a mantenerla. Tal era el caso, por ejemplo, de las camarillas antiguamente en Londres, tan inoportunamente ridiculizadas por los autores de *El Espectador*. A dichas camarillas, así caídas en ridículo, les sucedieron los cafés y los malos lugares. Dudo mucho de que el pueblo inglés haya salido ganando con el cambio. Camarillas parecidas se han establecido ahora en Ginebra con el nombre de círculos, y, a juzgar por su artículo, tengo razones para pensar que no ha dejado usted de observar con estimación el tono de sensatez y razón que introducen. Este uso es antiguo entre nosotros, aunque su nombre no lo sea. Las camarillas existían cuando yo era niño con el nombre de sociedades, pero su forma no era tan buena y menos regular. Los ejercicios de armas que nos congregan cada primavera, la parte del año que se tiran los diversos premios, las fiestas militares a que dichos premios dan lugar, el gusto por la caza, común a todos los ginebrinos, reúnen frecuentemente a los hombres y les proporcionan la ocasión de formar entre sí sociedades gastronómicas, de partidas de campo, y, en fin, de relaciones de amistad; pero tales asambleas, al no tener otro objeto que el placer y el regocijo, no se formaban sino en la taberna. Nuestras discordias civiles, en las que la necesidad de los asuntos obligaba a congregarse más a menudo y a deliberar serenamente, cambiaron esas sociedades tumultuosas en citas más honestas. Dichas citas tomaron el nombre de círculos, y de una tristísima causa salieron buenísimos efectos<sup>52</sup>.

Esos círculos son sociedades de doce o quince personas que alquilan un piso cómodo al que dotan de los muebles y provisiones necesarios a gastos comunes. En ese piso se reúnen todas las tardes después de comer aquellos asociados cuyos negocios o placeres no retienen en otra parte. Se juntan, y allí, cada cual se entrega sin miramientos a las diversiones que le gustan: se juega, se charla, se lee, se bebe, se fuma. A veces cenan allí, pero rara vez, pues el ginebrino es ordenado y se complace en vivir con su familia. A menudo van también a pasear juntos, y se divierten haciendo ejercicios adecuados para robustecer y mantener el cuerpo. Las mujeres y las chicas, por su parte, se reúnen en sociedades, unas veces en casa de una y otras

---

52

A continuación hablaré de sus inconvenientes.

en casa de otra, con el objeto de tratarse, merendar, y, como fácilmente puede creerse, charlar incansablemente. Los hombres, aunque no están severamente excluidos de esas compañías, asisten rara vez, y yo pensaría peor aún de aquellos que van todos los días que de los que no van nunca.

Ésas son las diversiones diarias de la burguesía de Ginebra. Sin carecer de placer y de alegría, dichas diversiones tienen algo de simple e inocente que conviene a las costumbres republicanas; pero, desde el instante en que haya comedia, adiós a los círculos y adiós a las sociedades. Ésa es la revolución que he pronosticado: todo eso caerá necesariamente, y si usted me objeta con el ejemplo de Londres que yo mismo he citado, donde los espectáculos instalados no impedían las camarillas, responderé que hay con relación a nosotros una diferencia extrema, como es el que un teatro, que en aquella ciudad inmensa no es más que un punto, en la nuestra será un objeto capaz de absorber todo.

Si luego me pregunta dónde está lo malo de la abolición de los círculos... No, señor, esta pregunta no puede venir de un filósofo: es un discurso de mujer o de joven que tratará a nuestros círculos de cuerpos de guardia, creyendo percibir el olor a tabaco. Sin embargo, he de responder, pues esta vez, aunque me dirija a usted, escribo para todo el pueblo, y ahí aparece sin duda, pero usted me ha forzado a ello.

Digo, en primer lugar, que, si el olor a tabaco es malo, harto buena cosa es permanecer dueño de su bien y estar seguro de dormir en su casa. Pero ya me estoy olvidando de que no escribo para los D'Alembert; tengo que explicarme de otro modo.

Si seguimos las indicaciones de la naturaleza y consultamos el bien de la sociedad, encontraremos que los dos sexos deben juntarse alguna vez y vivir de ordinario separados. Antes lo he dicho con relación a las mujeres; ahora lo digo refiriéndome a los hombres. Éstos se resienten tanto y más que ellas de un trato demasiado íntimo. Ellas no pierden más que sus costumbres; nosotros perdemos a un tiempo las costumbres y la naturaleza, pues ese sexo más débil, incapaz de adoptar nuestro modo de vivir, demasiado penoso para él, nos fuerza a tomar el suyo, demasiado muelle para nosotros, y al no querer soportar más separaciones, a falta de poder hacerse hombres, nos convierten a nosotros en mujeres.

Este inconveniente que degrada al hombre es muy grande en todas partes, pero sobre todo en Estados como el nuestro importa evitarlo. El que un monarca gobierne a hombres o mujeres debe resultarle bastante indiferente, con tal de que le obedezcan; pero en una república son precisos los hombres<sup>53</sup>.

---

<sup>53</sup> Se me dirá que los reyes los necesitan para la guerra. Nada de eso. En lugar de treinta mil hombres, no tienen más que poner en pie de guerra a cien mil mujeres, por ejemplo. A la mujer no le falta coraje: prefieren el honor a la vida y, cuando luchan, lo hacen bien. El inconveniente de su sexo está en no poder soportar las fatigas de la guerra y las inclemencias del tiempo. El secreto está, pues, en tener siempre el triple de lo necesario para luchar, con el fin de sacrificar los otros dos tercios a las enfermedades y a la mortandad.

¿Quién iría a creer que esta broma, cuya aplicación es bastante clara, la han tomado en Francia

Los antiguos se pasaban casi toda la vida a la intemperie, dedicados a sus negocios o arreglando los del Estado en la plaza pública o paseando por el campo, en los jardines, a la orilla del mar, con lluvia o con sol, y casi siempre con la cabeza al descubierto. En todo eso ni una sola mujer, aunque sabían bien encontrarlas cuando las necesitaban; sin embargo, a juzgar por sus escritos y por las muestras que nos quedan de sus conversaciones, no vemos que el espíritu o el gusto o incluso el amor hayan perdido nada con esa reserva. Nosotros, en cambio, hemos adoptado costumbres opuestas: cobardemente entregados a la voluntad del sexo, al que deberíamos proteger y no servir, hemos aprendido a despreciarlo obedeciéndole, a ultrajarlo con nuestro afán de criticarlo, y cada mujer de París reúne en su piso un serrallo de hombres más mujeres que ella, que saben rendir a la belleza toda suerte de homenajes, salvo el que merece del corazón. Pero vea a esos mismos hombres, siempre forzados en sus prisiones voluntarias, levantándose y volviéndose a sentar, yendo y viniendo sin cesar a la chimenea, a la ventana, cogiendo y soltando mil veces un abanico, hojeando libros, recorriendo cuadros, girando y haciendo piruetas por la habitación, mientras el ídolo, tendido inmóvil en su hamaca, sólo tiene activos la lengua y los ojos. ¿De dónde viene tal diferencia si no es de que la naturaleza, que impone a las mujeres esa vida sedentaria y casera, prescribe a los hombres otra absolutamente contraria, siendo su inquietud el indicio de que en ellos es auténtica necesidad? Si los orientales, a los que el calor del clima hace sudar bastante, hacen poco ejercicio y no pasean, al menos van a sentarse al aire libre y a respirar a gusto, mientras que aquí las mujeres tienen buen cuidado de asfixiar a sus amigos en buenas habitaciones bien cerradas.

Si comparamos la fuerza de los antiguos con la de los hombres de hoy, no encontramos la menor semejanza. Nuestros ejercicios de la Academia son juegos de niños al lado de los de la antigua Gimnástica: se ha dejado el frontón por demasiado fatigoso y ya no se puede viajar a caballo. Nada digo de nuestras tropas: las marchas de los ejércitos griegos y romanos son hoy inconcebibles. El camino, el trabajo y el fardo del soldado romano cansan sólo con leerlo y agobian la imaginación. A los oficiales de infantería no se les permitía llevar caballo. A menudo los generales hacían a pie las mismas jornadas que sus tropas. Nunca ninguno de los dos Catones viajaron de otro modo, ni solos ni con sus ejércitos. Otón mismo, el afeminado Otón, marchaba con armadura a la cabeza del suyo, precediendo a Vítelio. ¡Búsquese ahora un solo guerrero capaz de hacer otro tanto! Hemos decaído en todo. Nuestros pintores y escultores se quejan de no encontrar ya modelos comparables a los de la antigüedad. Y eso ¿por qué?, ¿ha degenerado el hombre?, ¿sufre la especie una decrepitud física semejante a la del individuo? Al contrario. Los bárbaros del Norte que, por decirlo de algún modo, poblaron Europa con una nueva raza, eran más altos y fuertes que los

---

gentes preclaras al pie de la letra?

romanos, a los que vencieron y sometieron. Por tanto, nosotros, que en gran parte descendemos de esos recién llegados, deberíamos ser más fuertes; pero los primeros romanos vivían como hombres<sup>54</sup> y encontraban en sus continuos ejercicios el vigor que la naturaleza les había negado, mientras nosotros perdemos el nuestro en la vida indolente y fofa a la que nos reduce la dependencia del sexo. Si los bárbaros de los que acabo de hablar hubieran vivido con las mujeres, no por eso habrían vivido como ellas, sino que habrían sido éstas las que hubieran tenido el coraje de vivir como ellos, como hacían las espartanas. La mujer se robustecía y el hombre no se ponía nervioso.

Si ese afán por contrariar a la naturaleza es nocivo para el cuerpo, mucho más aún lo es para el espíritu. Imagínese qué temple puede tener el alma de un hombre ocupado tan sólo en el importante quehacer de divertir a las mujeres y que se pasa la vida entera haciendo por ellas lo que ellas deberían hacer por nosotros, cuando, agotados por el trabajo que ellas son incapaces de hacer, nuestro espíritu necesita reposo. Entregados a tan pueriles hábitos, ¿a qué grandezas podríamos elevarnos nunca? Nuestros talentos y escritos se resienten de nuestras frívolas ocupaciones<sup>55</sup>: agradables, si se quiere, pero pequeños y fríos como nuestros sentimientos. Por todo mérito tienen esa habilidad que no cuesta mucho trabajo dar a las naderías. La multitud de obras efímeras que nacen diariamente, al estar sólo hechas para divertir a las mujeres y carecer de fuerza y profundidad, vuelan todas del baño al mostrador. Es el modo de reescribir incesantemente las mismas volviéndolas siempre nuevas. Se me citarán dos o tres que servirán de excepción, pero yo citaré cien mil que confirmarán la regla. Por eso la mayor parte de la producción de nuestra época pasará con ella y la posteridad creerá que se hicieron poquísimos libros en un siglo en que se hacen tantos.

No sería difícil demostrar que las mujeres, en lugar de ganar con esos usos, pierden. Se las adula sin amarlas, se las sirve sin honrarlas; están rodeadas de gente agradable, pero no tienen enamorados, y lo peor es que los primeros, sin tener los

---

<sup>54</sup> Los romanos eran los hombres más pequeños y débiles de cuantos pueblos había en Italia; y esta diferencia era tan grande —dice Tito Livio— que se percibía a primera vista en las tropas de unos y otros. Sin embargo, el ejercicio y la disciplina prevalecieron de tal modo sobre la naturaleza que los débiles hicieron lo que los fuertes no podían, y los vencieron.

<sup>55</sup> A las mujeres, por lo general, no les gusta ningún arte, no son entendidas en ninguno y carecen de ingenio. Pueden tener éxito en obritas que no exigen más que finura, gusto, gracia, a veces incluso filosofía y razonamiento. Pueden adquirir ciencia, erudición, capacidad y todo lo que se consigue a fuerza de trabajo; pero ese fuego celestial que calienta y abrasa el alma, ese genio que consume y devora, esa ardiente elocuencia, esos transportes sublimes que llevan su arrobo hasta el fondo del corazón faltarán siempre en los escritos femeninos: son todos fríos y bonitos como ellas. Tendrán toda la inteligencia que usted quiera, pero no espíritu; serían antes mil veces sensatos que apasionados. Ellas no saben describir ni sentir siquiera el amor. Únicamente Safo, que yo sepa, y otra merecen exceptuarse. Me apostaría el mundo entero a que las *Cartas portuguesas* las ha escrito un hombre. Ahora bien, allí donde mandan las mujeres debe dominar también su gusto, y eso es lo que define el de nuestro siglo.

sentimientos de los otros, no por eso dejan de usurpar todos sus derechos. La compañía de los dos sexos, al hacerse demasiado común y fácil, ha traído esas dos consecuencias, y así es como el espíritu general de la galantería asfixia a la vez el ingenio y el amor.

A mí me cuesta trabajo concebir cómo se rinde tan pocos honores a las mujeres, para osar dirigirles sin cesar esos insulsos requiebros, esos cumplidos insultantes y burlones a los que ni siquiera se dignan dar apariencia de buena fe. Ultrajarlas con tan evidentes mentiras, ¿no es declararles sin tapujos que no encuentran ninguna verdad amable que decirles? Que el amor se haga ilusiones con las cualidades de lo que ama, ocurre demasiado a menudo; pero ¿se trata de amor en toda esa desagradable jerga? Los que se sirven de ella ¿no la usan igualmente con todas las mujeres?, ¿y no se desesperarían si se los creyera seriamente enamorados de una sola? Que no se inquieten: habría que tener extrañas ideas de lo que es el amor para creerlos capaces, y nada más lejos de su tono que el de la galantería. Según entiendo yo esta terrible pasión, su trastorno, sus desvaríos, sus palpitaciones, sus arrobos, sus ardientes expresiones, su enérgico mutismo, sus inexpresables miradas, que la timidez hace temerarias y que muestran sus deseos por el temor, me parece que tras un lenguaje tan vehemente, si el enamorado acertara a decir una sola vez *je vous aime*, la enamorada, indignada, le replicaría *vous ne m'aimez plus*, y no le volvería a ver en su vida.

Nuestros círculos conservan todavía entre nosotros algunas imágenes de las antiguas costumbres. Los hombres entre sí, dispensados de rebajar sus ideas al alcance de las mujeres y de revestir galantemente la razón, pueden dedicarse a conversaciones graves y serias sin temor al ridículo. Se atreven a hablar de patria y de virtud sin que les tomen por pesados; se atreven a ser ellos mismos sin avasallarse a los principios de una cotorra. Si el tono de la conversación es menos pulido, las razones en cambio cobran más peso: no se permiten bromas ni gentilezas ni salen de apuros con buenas palabras. En las discusiones no se reservan: cada cual, sintiendo que el adversario le ataca con todas sus fuerzas, se ve obligado a emplear todas las suyas para defenderse, y así es como el entendimiento adquiere precisión y vigor. Si de vez en cuando se mezclan diálogos licenciosos, no hay que enfadarse: los menos groseros no son siempre los más honestos, e incluso ese lenguaje un tanto palurdo es preferible al estilo más rebuscado con el que ambos sexos se seducen mutuamente y se familiarizan decentemente con el vicio. El modo de vida más conforme a las inclinaciones del hombre se ajusta igualmente más a su temperamento. No permanecen todo el día instalados en una silla: hacen juegos que implican ejercicio físico, van, vuelven; algunos círculos tienen lugar en el campo, y otros van allí. Tienen jardines para pasear, espaciosos patios para hacer ejercicio, un gran lago para nadar, todo el país abierto a la caza, y no crean que ésta se practica tan cómodamente como en los alrededores de París, donde salen animales de debajo de los pies y se tira a caballo. En fin, esas probas e inocentes instituciones reúnen todo lo que puede contribuir a formar en los mismos hombres amigos, ciudadanos, soldados y, por consiguiente,

todo lo que más conviene a un pueblo libre.

A las sociedades de mujeres se las acusa de un defecto, y es de hacerlas murmuradoras y satíricas. En efecto, es fácil entender que las anécdotas de una pequeña ciudad no escapen a esos comités femeninos.

Igualmente se piensa que los maridos ausentes no salen de ellos bien parados y que ninguna mujer bonita y celebrada tiene buena acogida en el círculo de su vecina; pero a lo mejor hay en este inconveniente más bien que mal y siempre es incontestablemente menor que aquellos a los que sustituye, pues ¿qué vale más, que una mujer hable mal con sus amigas de su marido o que, cara a cara con un hombre, se lo reproche?, ¿que critique el desorden de su vecina o que la imite? Aunque las ginebrinas dicen con bastante libertad lo que saben, y algunas veces lo que piensan, sienten verdadero horror por la calumnia y jamás se las oír á entablar acusaciones contra el prójimo de lo que crean que es falso, mientras que en otros países las mujeres, tan culpables por su silencio como por su discurso, ocultan por miedo a las represalias el mal que conocen y publican por venganza el que se inventan.

¿Cuántos escándalos públicos no retiene el temor a esas severas observaciones? Casicumplen en nuestra ciudad función de censores. En los buenos tiempos de Roma, los ciudadanos, guardianes unos de otros, se acusaban públicamente por mor de justicia; pero, cuando Roma se corrompió y no hubo nada que hacer por las buenas costumbres sino ocultar las malas, el odio a los vicios que las desenmascararan se convirtió en otra. A los celosos ciudadanos les sucedieron delatores infames y, mientras antes los buenos acusaban a los malos, ahora aquéllos se veían acusados a su vez. Gracias al cielo, nosotros estamos lejos de un final tan funesto. No nos vemos obligados a quitarnos de nuestra vista para no darnos horror. En lo que a mí respecta, no tendré mejor opinión de las mujeres cuando sean más circunspectas: tendremos más cuidado, cuando haya razones para tenerlo, y cuando cada una necesite para sí la discreción de la que dé ejemplo a las demás.

Así pues, que no se alarme tanto la gente del cotorreo de las compañías de mujeres: que murmuren cuanto quieran, con tal de que lo hagan entre ellas. Las mujeres verdaderamente corrompidas no podrían aguantar mucho tiempo esa forma de vida y, por muy querida que pudiera serles la murmuración, les gustaría murmurar con hombres. Por más que se me haya dicho a este respecto, jamás he visto a ninguna de esas sociedades sin un secreto impulso de estima y de respeto hacia sus componentes. Tal es me decía yo, el destino de la naturaleza, que da diferentes gustos a ambos sexos para que vivan separados y cada uno a su manera<sup>56</sup>. Esas amables personas pasan así los días, entregadas a las ocupaciones que les convienen o a

---

<sup>56</sup> Este principio, fundamento de todas las buenas costumbres, está desarrollado de un modo más claro y extenso en un manuscrito del que soy depositario y que me propongo publicar, si me queda suficiente tiempo para eso, aunque este anuncio puede que no sea lo más adecuado para ganarse el favor de las señoras.

diversiones inocentes y sencillas, muy propias para llegar a un corazón honesto y dar buena opinión de ellas. No sé lo que ellas habrán dicho, pero han vivido juntas. Habrán podido hablar de los hombres, pero han sabido pasar sin ellos, y, mientras criticaban tan severamente la conducta de los demás, al menos la suya era irreprochable.

Los círculos de hombres también tienen sus inconvenientes, sin duda, ¿qué cosa humana no tiene los suyos? Juegan, beben, se emborrachan, pasan así la noche entera: todo eso puede ser verdad y puede ser exagerado. En todas partes hay mezcla de bien y de mal, pero en diversa medida. Se abusa de todo: axioma trivial, basándose en el cual no debe ni rechazarse ni admitirse todo. La regla para elegir es sencilla: cuando el bien sobrepasa al mal, hay que admitir una cosa a pesar de sus inconvenientes; cuando el mal sobrepasa al bien, hay que rechazarla incluso con sus ventajas. Si la cosa es buena en sí misma, pero malo abusar de ella: cuando dichos abusos pueden prevenirse sin demasiado trabajo o tolerarse sin gran perjuicio, pueden servir de pretexto, que no de razón, para abolir un uso útil; pero lo que es malo en sí, siempre será malo<sup>57</sup>, por más que se haga para extraer de él un buen uso. Esa es la diferencia esencial entre los círculos y los espectáculos.

Los ciudadanos de un mismo estado, los habitantes de una misma ciudad no son anacoretas, no podrían vivir siempre solos y separados, y aun cuando pudieran, no habría que obligarles a ello. Sólo el más feroz despotismo se alarma a la vista de siete u ocho hombres reunidos, temiendo que sus conversaciones no giren en torno a sus miserias.

Ahora bien, de todos los tipos de relaciones que pueden reunir a los particulares en una ciudad como la nuestra, el de los círculos es indiscutiblemente el más razonable, honesto y menos peligroso, porque ni puede ni quiere ocultarse, porque es público, está permitido y en él reina la regla y el orden. Es incluso fácilmente demostrable que los abusos que pueden surgir de ellos nacerían igualmente en cualquier otro, o que serían aún mayores. Antes de pensar en destruir un uso establecido, deben sopesarse bien los que ocuparían su lugar. Quien pueda proponer uno que sea practicable y del que no se derive ningún abuso, que lo proponga y luego que se eliminen los círculos. Magnífico. Mientras tanto, dejemos, si es preciso, que se pasen la noche bebiendo aquellos que sin eso la pasarían quizás haciendo algo peor.

Toda intemperancia es viciosa, y especialmente la que nos priva de la más noble de nuestras facultades. El exceso de vino degrada al hombre, enajena al menos su razón por un tiempo y la embrutece a la larga. Pero, después de todo, la afición al vino no es un crimen y rara vez los hace cometer; vuelve al hombre estúpido, pero no

---

<sup>57</sup> Hablo en el orden moral, pues en el físico nada hay absolutamente malo. El conjunto está bien.

malo<sup>58</sup>. Por una disputa pasajera que causa, hace cien amistades duraderas. Hablando en general, los bebedores muestran cordialidad y franqueza, son casitodos buenos, rectos, justos, fieles, buena y proba gente, exceptuando su defecto. ¿Se atreverá alguien a decir otro tanto de los vicios que le substituyen?, ¿o acaso se pretende hacer de toda una ciudad un pueblo de hombres sin defectos y moderados en todo? ¡Cuántas virtudes aparentes ocultan a menudo vicios reales! El sabio es sobrio por templanza, el pérfido, por falsedad. En los países de malas costumbres, intrigas, traiciones y adulterios, se teme que un error de indiscreción deje al descubierto el corazón cuando menos se piensa. En todas partes, los que más aborrecen la embriaguez son los que más interés tienen en protegerse de ella. En Suiza casi se la aprecia, mientras en Nápoles produce horror; pero, en el fondo, entre la intemperancia del suizo y la reserva del italiano, ¿qué es más de temer?

Lo repito, más valdría estar sobrio y ser auténtico, no sólo por uno mismo, sino por la sociedad, pues todo lo que es malo en moral lo es también en política. Mas el predicador se detiene en el mal personal y el magistrado no ve sino las consecuencias públicas. El uno no tiene más fin que la perfección del hombre, adonde éste llega, y el otro, que el bien del Estado en tanto en cuanto puede alcanzarlo. Así, todo lo que con razón se censura en el púlpito no debe estar condenado por las leyes. Ningún pueblo pereció jamás por exceso de vino, mientras todos perecen por el desorden de las mujeres. La razón de esta diferencia es clara: el primero de esos dos vicios aparta de los demás; el segundo los engendra todos. La diversidad de edades también tiene que ver. El vino tienta menos a la juventud y la abate menos fácilmente: la sangre ardiente le da otros deseos. En la edad de las pasiones todas se encienden con el fuego de una sola, la razón se altera al nacer y el hombre, aún indómito, se hace indisciplinable antes de haber soportado el yugo de las leyes; pero dejemos que la sangre medio helada busque un remedio que la reanime, que un licor bienhechor supla el espíritu que ya no tiene<sup>59</sup>. Cuando un viejo abusa de ese dulce socorro, ya ha cumplido sus deberes para con la patria y no la priva sino del desecho de sus años. Se equivoca, sin duda, pues deja de ser ciudadano antes de morir; pero el otro ni siquiera ha empezado a serlo, y más bien se convierte en enemigo público por la seducción de sus cómplices, por el ejemplo y consecuencias de sus corruptas costumbres y sobre todo por la moral perniciosa que no deja de propalar para

---

<sup>58</sup> No calumniemos al vicio mismo, ¿no tiene ya bastante con su fealdad? El vino no produce maldad, la revela. El que mató a Clito en estado de embriaguez, causó la muerte a Filotas a sangre fría. Si la embriaguez tiene sus locuras, ¿qué pasión no tiene las suyas? La diferencia está en que, mientras las otras permanecen en el fondo del alma, aquélla se enciende y apaga al instante. Salvo este arrebato, que pasa y se evita fácilmente, podemos estar seguros de que quien por el vino comete maldades, sobrio alimenta malas intenciones.

<sup>59</sup> Platón, en su *República* (en sus leyes), sólo permite el uso del vino a los viejos, y a éstos les permite a veces algún exceso.

autorizarlo. Más valdría que no hubiera existido.

De la pasión por el juego nace un abuso más peligroso, pero que no se previene o reprime fácilmente. Es un asunto de policía, cuya inspección es más fácil y decorosa en los círculos que en las casas particulares. La opinión puede mucho aún en este punto, y en cuanto quiera dignificarse los juegos de gimnasia y de destreza, caerán infaliblemente las cartas, los dados y los juegos de azar. A pesar de lo que se diga, ni siquiera creo que esos medios ociosos y engañosos de llenar la bolsa tengan jamás gran crédito en un pueblo razonador y laborioso, que conoce de sobra el valor del tiempo y del dinero para gustar de perderlos juntos.

Conversemos, pues, los círculos, incluso con sus defectos, pues éstos no están en los círculos, sino en los hombres que los componen, y no hay en la vida social forma imaginable en la que esos mismos defectos no tengan consecuencias aún más nocivas. Una vez más, no busquemos la quimera de la perfección, sino lo mejor posible según la naturaleza del hombre y la constitución de la sociedad. Habría pueblos a los que diría: destruid círculos y camarillas, quitad toda barrera de decencia entre los sexos, remontad, si es posible, hasta no ser más que corruptos; pero vosotros, ginebrinos, evitad serlo si aún hay tiempo. Temed el primer paso, que nunca se da solo, y pensad que es más fácil guardar buenas costumbres que poner fin a las malas.

Sólo con dos años de comedia todo estaría patas arriba. No podría uno dividirse entre tantas diversiones: al coincidir la hora de los espectáculos con las de los círculos, éstos se tendrían que disolver: demasiados miembros se desagregarían, y los que quedarán, serían demasiado poco asiduos para socorrerse mutuamente y permitir que las asociaciones subsistieran mucho tiempo. Las diarias reuniones de ambos sexos en un mismo lugar; las partidas que para ir allí se formen; los modos de vida que en ellos verán descritos y se apresurarán a imitar; la exposición de damas y damiselas ataviadas de la mejor manera, puestas en el escaparate de los palcos como si estuvieran en una tienda esperando compradores; la afluencia de chicas jóvenes, que, por su parte, irán a exponerse a las miradas y encontrarán mucho más bonito bailar el trezado en el teatro que hacer el ejercicio en plena calle; las pequeñas cenas de mujeres que se arreglarán saliendo aunque no sea más que con actrices; en fin, el desprecio que de los antiguos usos resultará de la adopción de los nuevos. Todo eso sustituirá enseguida nuestra antigua simplicidad por la agradable vida de París y las modas de Francia, y tengo mis dudas de que los parisinos en Ginebra conservaran mucho tiempo el gusto por nuestro gobierno.

No hay por qué ocultarlo, las intenciones son rectas todavía, pero las costumbres se inclinan visiblemente ya hacia la decadencia y seguimos de lejos las huellas de los mismos pueblos por cuya suerte no dejamos de temer. Por ejemplo, se me asegura que la educación de la juventud es, por lo general, mucho mejor de lo que era antes, lo que, sin embargo, difícilmente puede probarse si no es demostrando que hace mejores ciudadanos. Es cierto que los niños hacen mejor la reverencia, que saben dar la mano

a las damas más galantemente y decirles una infinidad de gentilezas por las que yo haría que les diesen latigazos, que saben decidir, zanjar, preguntar, cortar la palabra a los hombres, importunar a todo el mundo sin modestia ni discreción. Me dicen que eso los forma y yo convengo en que eso los forma impertinentes, y de todo cuanto aprenden por este método es lo único que no olvidan. Eso no es todo. Para retenerlos al lado de las mujeres, cuyo aburrimiento están destinados a evitar, se procura educarlos precisamente como a ellas: se los libra del sol, del viento, de la lluvia y del polvo, para que nunca puedan soportar nada de eso. No pudiendo preservarlos enteramente del contacto con el aire, al menos se hace que no les ocurra antes de perder la mitad de sus reservas. Se los priva de todo ejercicio, se les quita todas las facultades, se los hace ineptos para cualquier otra cosa que no sean los cuidados a los que se los ha destinado, y lo único que las mujeres no exigen de esos viles esclavos es que se los dediquen a su servicio al modo de los orientales. Salvo eso, todo lo que los distingue de ellas es que, habiéndoles negado las gracias la naturaleza, ellos ponen en su lugar el ridículo. En mi último viaje a Ginebra he visto algunos de esos jóvenes damiselos, con el vestido pegado al cuerpo, los dientes blancos, las manos rollizas, la voz aflautada, llevando de la mano una bonita sombrilla verde e imitando bastante torpemente a los hombres.

En mis tiempos éramos más groseros. Los niños educados rústicamente no tenían que conservar ninguna tez ni temían los estragos del aire, en el que estaban curtidos desde temprana edad. Los padres se los llevaban consigo de caza, de campaña, a todos sus ejercicios, a todas las reuniones. Tímidos y modestos ante los mayores, eran atrevidos, orgullosos y pendencieros entre sí; no teniendo que conservar ningún rizo, se desafiaban a luchar, a correr, a darse golpes; se peleaban entre sí conscientemente, a veces se herían, y luego se abrazaban llorando. Volvían a casa sudando, sofocados, con desgarrones, eran auténticos chiquillos traviesos; pero esos picaruelos se han convertido en hombres con celo en el corazón para servir a la patria y sangre en las venas para derramarla por ella. ¡Ojalá pudiera decirse otro tanto algún día de nuestros bonitos señoritos relamidos y que esos hombres de quince años no sean niños a los treinta!

Menos mal que no son todos así. La mayor parte conserva aún esa antigua rudeza que mantiene tanto una buena constitución como las buenas costumbres. Incluso aquellos a los que una educación demasiado delicada ablanda durante algún tiempo, de mayores se verán obligados a plegarse a los hábitos de sus compatriotas. Unos perderán aspereza con el trato de la gente y otros ganarán fuerza con el ejercicio. Todos serán, así lo espero, lo que fueron sus antepasados, o al menos lo que son sus padres hoy. Pero no nos vanagloriemos de conservar nuestra libertad renunciando a las costumbres que nos la han conseguido.

Vuelvo a nuestros comediantes y, suponiéndoles siempre un éxito que me parece imposible, encuentro que dicho éxito atacará nuestra constitución, no sólo indirectamente al atacar nuestras costumbres, sino también de modo inmediato, al

romper el equilibrio que debe reinar entre las diversas partes del Estado para que el cuerpo entero conserve su asiento.

Entre las varias razones que podría dar, me contentaré con escoger la que mejor conviene a la mayoría, toda vez que se limita a cuestiones de interés y de dinero, siempre más perceptibles para el vulgo que las consecuencias morales cuya relación con las causas y la influencia que tengan en el destino del Estado no está en condiciones de ver.

Los espectáculos, cuando tienen éxito, pueden considerarse como una especie de impuesto que, aunque sea voluntariamente, no por eso es menos oneroso para el pueblo, por cuanto le da continuas ocasiones de gastar a las que no puede resistirse. Dicho impuesto es malo, no sólo porque no revierte en el soberano, sino sobre todo porque su reparto, lejos de ser proporcional, carga al pobre por encima de sus fuerzas y alivia al rico al suplirle las diversiones más caras que tendría que proporcionarse en defecto de ésta. Para ver si es verdad basta con fijarse en que la diferencia de precio de las localidades no guarda ni puede guardar proporción con las fortunas de la gente que las ocupa. En la Comedia Francesa los primeros palcos y el escenario están a cuatro francos de ordinario y a seis cuando se tercia; el patio de butacas está a veinte perras chicas y aún se ha intentado subir varias veces. Ahora bien, no se dirá que los bienes de los más ricos que van al escenario es sólo el cuádruple de los bienes del más pobre que va al patio de butacas. Hablando en general, los primeros son de una opulencia excesiva y la mayor parte de los otros no tienen nada<sup>60</sup>. Ocurre en esto como con los impuestos sobre el trigo, el vino, la sal y todo lo necesario para vivir, que a primera vista parecen justos cuando en el fondo son de lo más inicuo, toda vez que el pobre, que no puede gastar sino para cubrir necesidades, se ve obligado a echar en impuestos las tres cuartas partes de lo que gasta, mientras que para el rico éstos son casi insignificantes<sup>61</sup> al no representar esas mismas necesidades más que una mínima parte de sus gastos. De este modo, el que tiene poco paga mucho y el que tiene

---

<sup>60</sup> Aunque se argumentara que la diferencia de precio de las localidades es proporcional a la de las fortunas, no por eso se restablecería el equilibrio. Si se pusieran esas localidades inferiores a un precio demasiado bajo, serían abandonadas al populacho, mientras cada cual, para ocupar otras más honorables, gastaría siempre por encima de sus posibilidades. Es una observación que puede hacerse en los espectáculos de feria. La razón de tal desorden está en que las primeras filas son un término fijo al que las demás intentan acercarse siempre sin poder alejarse. El pobre tiende sin cesar a elevarse por encima de sus veinte perras chicas, mientras que el rico, para huir de él, ya no tiene localidades más caras de cuatro francos, de modo que, mal que le pese, tiene que dejarse abordar; pero, si su orgullo se resiente, al menos su bolsa se aprovecha.

<sup>61</sup> Ésa es la razón por la que los impostores de Bodin y otros bribones públicos montan siempre sus monopolios sobre las cosas necesarias para vivir, con el fin de hacer que el pueblo poco a poco padezca hambre sin que el rico proteste. Si se atacara el menor objeto de lujo o de fasto, todo se habría perdido; mas, con tal de que los grandes estén contentos, ¿qué importa que el pueblo viva?

mucho paga poco: no veo qué gran justicia se encuentra en eso.

Se me preguntará quién fuerza al pobre a ir a los espectáculos y responderé, primero, que los que los montan y le dan la tentación; segundo, que su pobreza, al condenarle a continuos trabajos sin esperanza de verlos acabar, le hace cualquier descanso más necesario para soportarlos. No se cree desdichado por trabajar sin descanso, cuando todo el mundo hace lo mismo, pero ¿no es cruel para quien trabaja privarse de las distracciones de los ociosos? De modo que las comparte, y esa misma diversión que ofrece al rico un medio de economizar debilita doblemente al pobre, ya por un aumento real de sus gastos, ya por una disminución de su celo en el trabajo, como he explicado antes.

De estas nuevas reflexiones se sigue, me parece, que los espectáculos modernos, a los que no se asiste más que a base de dinero, tienden en general a favorecer y aumentar la desigualdad de las fortunas, aunque, bien es verdad, menos notoriamente en las capitales que en una pequeña ciudad como la nuestra. Si concedo que esta desigualdad, llevada hasta cierto extremo, puede tener sus ventajas, seguro que usted me concederá también que debe tener ciertos límites, sobre todo en un Estado pequeño y especialmente si es una república. En una monarquía, donde todos los órdenes son intermedios entre el príncipe y el pueblo, puede que sea bastante indiferente el que algunos hombres pasen de uno a otro, ya que, como otros los reemplazan, dicho cambio no interrumpe la progresión; pero en una democracia, donde los súbditos y el soberano no son más que los mismos hombres considerados bajo diferentes relaciones, en cuanto el menor número de gente se hace más rico que la mayoría, el Estado se ve abocado a perecer o a cambiar de forma. Ya sea porque el rico se haga aún más rico o el pobre más indigente, no por eso la diferencia entre las fortunas aumenta menos de un modo que de otro, y dicha diferencia, llevada más allá de sus límites, es lo que destruye el equilibrio del que he hablado.

En una monarquía jamás la opulencia puede poner a un particular por encima del príncipe, pero en una república fácilmente puede colocarle por encima de las leyes, en cuyo caso el gobierno deja de tener fuerza y el rico sigue siendo el auténtico soberano. Partiendo de estos principios incontestables queda por considerar si la desigualdad no ha alcanzado ya entre nosotros el último extremo al que puede llegar sin quebrantar la república. Dejo esto para los que conocen mejor que yo nuestra constitución y el reparto de nuestras riquezas. Yo lo que sé es que, bastándose el tiempo para dar al orden de las cosas una inclinación natural hacia esa desigualdad y un progreso sucesivo hasta sus últimos extremos, es una gran imprudencia acelerarlo aún más con instituciones que la favorecen. El gran Sully, que nos quería, hubiera sabido decírnoslo perfectamente: espectáculos y comedias en cualquier república pequeña, y especialmente en Ginebra, debilitan el Estado.

Si sólo el hecho de establecer el teatro nos es ya tan perjudicial, ¿qué fruto sacaremos de las obras que en él se representen? Incluso las ventajas que pueden procurar a los pueblos para los que han sido escritas se nos tomarán en perjuicio al

darnos como instrucción lo que se les ha dado como censura, o al menos al dirigir nuestros gustos e inclinaciones hacia las cosas del mundo que menos nos convienen. La tragedia nos representará tiranos y héroes, y nosotros ¿qué tenemos que ver con eso? ¿Estamos acaso hechos para tenerlos o para serlo? Nos dará una vana admiración del poder y de la grandeza, ¿y de qué nos servirá? ¿Seremos por eso más grandes o más poderosos? ¿Acaso nos importa ir a estudiar en el escenario los deberes de los reyes mientras nos olvidamos de cumplir los nuestros? ¿La estéril admiración de las virtudes teatrales nos compensará de las simples y modestas que hacen al buen ciudadano? En lugar de curarnos de nuestras ridiculeces, la comedia nos traerá las del prójimo, y a que nos persuadirá de que estamos equivocados cuando despreciamos vicios que tanto se estiman en otras partes. Por muy extravagante que sea un marqués, es un marqués después de todo. Imaginad cuánto puede sonar ese título en un país lo bastante feliz como para no tener ninguno; pues ¿quién sabe cuántos patanes no creerán ponerse a la moda imitando a los marqueses del siglo pasado? No repetiré aquí lo que ya he dicho de la buena fe siempre burlada, del vicio hábil siempre triunfante y del ejemplo continuo de las fechorías tomadas a broma. ¡Qué lecciones para un pueblo cuyos sentimientos todos conservan aun su rectitud natural, que cree que un malvado es siempre despreciable y que un hombre de bien no puede ser ridículo! ¡Cómo!, ¿Platón desterraba a Homero de su república y nosotros tendremos que sufrir a Molière en la nuestra? ¿Qué peor cosa podría pasarnos que parecemos a la gente que nos pinta, incluso a aquellos que nos lleva a querer?

Creo haber hablado ya bastante de este capítulo y apenas si pienso mejor de los héroes de Racine, de esos héroes tan engalanados, dulzones y tiernos que, bajo una apariencia de coraje y virtud, no nos muestran más que modelos de jóvenes de los que he hablado, entregados a la galantería, a la molicie, al amor, a todo cuanto puede afeminar a un hombre y entibiarle el gusto por sus verdaderos deberes. Todo el teatro francés no respira sino amor. Es la gran virtud a la que sacrifican todas las demás, o al menos la que hacen más querida al público. No digo que se equivoquen en eso desde el punto de vista del poeta, pues sé que el hombre sin pasiones es una quimera; que el interés del teatro se basa sólo en las pasiones; que el corazón no siente interés por aquellas que le son extrañas ni por las que le desagrada ver en otros, aunque uno mismo esté sometido a ellas. El amor a la humanidad y a la patria son los sentimientos cuya pintura llega más hondo a cuantos están impregnados de ellos; pero, cuando esas dos pasiones se apagan, sólo queda el amor propiamente dicho para suplirlas, dado que su encanto es más natural y se borra más difícilmente del corazón que el de todas las demás. Sin embargo, no conviene por igual a todos los hombres: puede admitírsele más bien como un suplemento de los buenos sentimientos que como un buen sentimiento en sí mismo; no porque sea loable en sí, como toda pasión bien regulada, sino porque los excesos son peligrosos e inevitables.

El hombre más malvado es el que más se aísla, el que más concentra su corazón en

sí mismo; el mejor es el que comparte por igual su afecto con todos sus semejantes. Más vale amar a una amante que amarse sólo a sí mismo en la vida. Mas quien ama sentimentalmente a sus padres, a sus amigos, a su patria, al género humano, se degrada por un afecto desordenado que daña enseguida todos los demás y que le es infaliblemente preferible. Según este principio, digo que hay países cuyas costumbres son tan malas que podrían darse por contentos si pudieran alcanzar el amor y otros donde son tan buenas que sería enojoso rebajarse a él, y me atrevo a creer que el mío está en este último caso. Añadiré que es más peligroso mostrarnos a nosotros temas demasiado apasionados que a nadie, dado que por naturaleza estamos demasiado inclinados a amarlos. Bajo una apariencia flemática y fría, el ginebrino oculta un alma ardiente y sensible, más fácil de conmover que de retener. En esta estancia de la razón, la belleza tampoco es extraña ni carece de imperio: la levadura de la melancolía hace a menudo fermentar en ella el amor. Sus hombres son tan capaces de sentir pasiones violentas como sus mujeres de inspirarlas, y las tristes consecuencias que a veces han producido nos muestran demasiado a las claras el peligro de excitarlas con espectáculos emotivos y tiernos. Si los héroes de algunas obras someten el amor al deber, al admirar su fuerza el corazón se presta a su debilidad: se aprende menos a seguir su coraje que a ponerse en el caso de necesitarlo. Es más ejercicio para la virtud, pero quien osa exponerla a esos combates merece sucumbir en ellos. El amor, el mismo amor se pone la máscara para sorprenderla: se engalana con su entusiasmo, usurpa su fuerza, imita su lenguaje y, cuando uno se apercibe del error, ¡qué tarde es para dar macha atrás! ¡Cuántos hombres bien nacidos, seducidos por esas apariencias, de tiernos y generosos amantes al principio, se han convertido gradualmente en viles corruptores, sin costumbres, sin respeto hacia la fe conyugal, sin miramientos por los derechos de la confianza y la amistad! ¡Feliz quien sabe reconocerse al borde del precipicio y detenerse antes de caer en él! ¿Tiene uno que esperar a estar en lo más rápido de la carrera para detenerse? ¿Acaso enterneciéndose diariamente es como se aprende a vencer la ternura? Fácilmente se vence una leve inclinación; pero quien conoció el verdadero amor y supo vencerlo, ¡ah, perdonemos a ese mortal, si lo hay, la osadía de pretender la virtud!

Así, de cualquier modo que se miren las cosas, nos topamos siempre con la misma verdad. Toda la utilidad que puedan tener las obras de teatro para quienes se han hecho será pedudicial para nosotros, hasta el gusto que creamos haber adquirido por ellas y que no ha de ser sino falso, sin tacto ni delicadeza, que inoportunamente habrá sustituido a la solidez de la razón. El gusto depende de varias cosas: el buscar imitar lo que se ve en el teatro, las comparaciones a que éste da lugar y las reflexiones sobre el arte de agradar a los espectadores pueden hacerlo germinar, pero no bastan para desarrollarlo; hacen falta grandes ciudades, bellas artes y lujo, un trato íntimo entre los ciudadanos, una estrecha dependencia entre ellos, galantería e incluso desenfreno, vicios que no se vea forzado a embellecer para hacer buscar en todo formas agradables y lograr encontrarlas. Siempre nos faltará una parte de esas cosas y debe-

mos temblar en adquirir la otra.

Tendremos comediantes, pero ¿cuáles? ¿Acaso de buenas a primeras va a venir a establecerse una compañía en una ciudad de veinticuatro mil almas? Primero no vendrán, pues, los malos y empezaremos siendo malos jueces. ¿Los formaremos nosotros o nos formarán ellos a nosotros? Tendremos buenas obras, pero, al recibir las como tales fiándonos de la palabra de un ajeno, nos creeremos dispensados de examinarlas y no ganaremos más viéndolas que leyéndolas. No por eso nos las daremos menos de entendidos, de árbitros de teatro, ni querremos decidir menos en lo que afecta a nuestro dinero y no haremos más que el ridículo. No se es tal por carecer de gusto cuando se le desprecia, pero sí de picarse por tenerlo y tener uno malo. Y, en el fondo, ¿qué gusto es ése tan aireado? El arte de entender de cositas. Verdaderamente, cuando se tiene que conservar una tan grande como la libertad, todo lo demás es bien pueril.

No veo más que un remedio a tanto inconveniente, y es que, para adecuar los dramas de nuestro teatro, los compongamos nosotros mismos y dispongamos de autores antes que de comediantes, pues no es bueno que se nos muestre toda suerte de imitaciones sino sólo las de cosas honestas que convienen a hombres libres<sup>62</sup>. Es seguro que obras extraídas, como las de los griegos, de las pasadas desgracias de la patria o de los defectos presentes del pueblo podrían ofrecer a los espectadores lecciones útiles. ¿Y quiénes serían los héroes de nuestras tragedias, los Berthelier, los Lévrery? ¡Ah, dignos ciudadanos! Vosotros fuisteis héroes, sin duda, pero vuestra oscuridad os envilece, la vulgaridad de vuestros nombres deshonor vuestras grandes almas<sup>63</sup> y nosotros mismos no somos ya lo bastante grandes para saber admiraros.

---

<sup>62</sup> «Si quis ergo in nostram urbem venerit, qui animi sapientia in omnes possit sese vertere formas, et omnia imitari, volueritque poemata sua ostentare, venerabimur quidem ipsum, ut sacrum, admirabilem, et jucundum: dicemus autem non esse ejusmodi hominem in republica nostra, neque fas esse ut insit; mittemusque in aliam urbem, unguento caput ejus perungentes, lanaque coronantes. Nos autem austeriori minusque jucundo utemur Poeta, fabularumque fictore, utilitatis gratia, qui decori nobis rationem exprimat, et quae dici debent dicat in his formulis quas a principio pro legibus tulimus, quando cives erudire aggressi sumus.» (Plat., *de Republ.*, lib. III.)

<sup>63</sup> Philibert Berthelier fue el Catón de nuestra patria, con una diferencia: que la libertad pública termina con aquél y empieza con éste. Cuando fue arrestado, tenía una comadreja amaestrada: entregó la espada con ese orgullo que tan bien sienta a la virtud desgraciada y siguió jugando con la comadreja, sin dignarse responder a los insultos de sus guardias. Murió como debe morir un mártir de la libertad.

Jean Lévrery fue el Favonio de Berthelier, y no por imitar puerilmente sus discursos y modales, sino por morir voluntariamente como él, siendo perfectamente consciente de que el ejemplo de su muerte sería más útil al país que su vida. Antes de ir al cadalso, escribió en las paredes de la cárcel el epitafio que habían hecho a su predecesor: *Quid mihi mors nocuit? Virtus post fata virescit; Nec cruce, nec saevi gladio perit illa Tyranni.*

¿Quiénes son nuestros tiranos? ¿Gentilishombres de la cuchara<sup>64</sup>?, ¿obispos de Ginebra?, ¿condes de Savoya?, ¿ancestros de una casa con la que acabamos de tratar y a la que debemos respeto? Cincuenta años antes no habría respondido de que el diablo<sup>65</sup> y el anticristo no hubieran desempeñado en ellas su papel. Entre los griegos, pueblo por otra parte bastante jocoso, todo era grave y serio en cuanto trataba de la patria; pero en este siglo divertido en que nada escapa al ridículo salvo el poder, no se osa hablar de heroísmo más que en los grandes Estados, aunque sólo se encuentre en los pequeños.

En cuanto a la comedia, mejor es no pensar en ello. Entre nosotros causaría los más horribles desórdenes, serviría de instrumento a las facciones, a los partidos y a las venganzas particulares. Nuestra ciudad es tan pequeña que las pinturas de las costumbres más generales degenerarían al punto en sátiras y alusiones personales. El ejemplo de la antigua Atenas, ciudad incomparablemente más poblada que Ginebra, nos ofrece una lección sorprendente, pues fue en el teatro donde se preparó el destierro de algunos grandes hombres y la muerte de Sócrates. Por la furia del teatro pereció Atenas y sus desastres justificaron de sobra el pesar que había manifestado Solón con las primeras representaciones de Tespis. Lo que es segurísimo para nosotros es que será de mal augurio para la república cuando se vea a los ciudadanos, travestidos de hombres cultos, dedicándose a hacer versos en francés y obras de teatro, talentos que ni son los nuestros ni poseeremos jamás. Dígnese el señor Voltaire a escribirnos tragedias siguiendo el modelo de *La muerte de César* del primer acto de *Bruto*, y, si necesariamente tenemos que tener un teatro, que se comprometa él a llenármolos siempre con su ingenio y a vivir tanto como sus obras.

Soy del parecer de que se sopesen maduramente estas reflexiones antes de poner en almoneda el gusto por el boato y la disipación que entre nuestra juventud ha de producir el ejemplo de los comediantes. Dicho ejemplo, en fin, no dejará de tener otra consecuencia, y es que, si por lo general en ninguna parte bastan las leyes para

---

<sup>64</sup> Era una cofradía de gentilishombres savoyanos que había hecho voto de bandidaje contra la ciudad de Ginebra y cuya señal era una cuchara colgada del cuello.

<sup>65</sup> En mi juventud leí una tragedia de l'Escalade en la que el diablo era efectivamente uno de los actores. Me decían que una vez, cuando representaron la obra, dicho personaje se encontró duplicado al entrar en escena, como si el original hubiera estado celoso de que hubieran tenido la audacia de imitarlo, y que al punto todo el mundo huyó despavorido, acabándose la representación. Este cuento es burlesco y aún más lo parecerá en París que en Ginebra; sin embargo, si se deja volar la imaginación, se encontrará en esa doble aparición un efecto teatral y verdaderamente de lo más pavoroso. Sólo puedo imaginar un espectáculo más simple y terrible aún, el de la mano que sale de la pared y escribe palabras desconocidas durante el festín de Baltasar. Sólo pensarlo hace temblar. Me parece que nuestros poetas líricos están lejos de invenciones tan sublimes: para espantar, hacen un estrépito de decorados sin efecto. Tampoco en el escenario hay que decir todo a la vista, sino quebrar la imaginación.

reprimir los vicios que nacen de la naturaleza de las cosas, como creo haberlo demostrado, ¿cuánto más insuficientes no habrán de ser entre nosotros, donde el primer signo de su debilidad será el establecimiento de los comediantes? Porque no serán propiamente éstos quienes introduzcan el gusto por la disipación, sino al contrario, habrá sido ese mismo gusto el que los haya alertado e introducido a ellos, quienes no harán sino fortalecer una inclinación ya formada, la cual, si ha logrado su admisión, con más razón logrará que se mantengan con sus defectos.

Basándome siempre en el supuesto de que subsistan cómodamente en una ciudad tan pequeña, digo que si, como usted pretende, los honramos en un país donde todos son más o menos iguales, ellos serán iguales que todo el mundo y gozarán además del favor público que naturalmente hayan adquirido. A diferencia de otros sitios, no serán los grandes, cuya benevolencia buscan y ante los que temen caer en desgracia, quienes los mantengan a raya. Los magistrados se les impondrán, de acuerdo; pero dichos magistrados habrán sido antes simples particulares y han podido tener familiaridad con ellos: incluso pueden tener hijos que aún la tengan y mujeres a quienes guste divertirse, y todas esas relaciones serán medios de indulgencia y de protección a los que no podrá oponerse resistencia indefinidamente. Pronto los comediantes, seguros de su impunidad, se la procurarán también a sus imitadores y con ellos habrá empezado un desorden que no se ve ya dónde pueda parar. Las mujeres, la juventud, los ricos, los desocupados, todo será para ellos, todo eludirá las leyes que los molestan, todo favorecerá su licencia: cada cual, buscando satisfacerles, pensará que trabaja por su diversión. ¿Qué hombre osará oponerse a ese torrente, si no es quizá algún viejo pastor intransigente al que no se va a escuchar y cuya sensatez y gravedad pasarán como pedantería entre una juventud desconsiderada? En fin, por poca astucia y manejo que sepan añadir a su éxito, en menos de treinta años se han hecho los árbitros del Estado<sup>66</sup>. Veremos a los aspirantes a los cargos solicitar sus favores para salir elegidos; las elecciones se harán en los camerinos de las actrices y los jefes de un pueblo libre serán las criaturas de una banda de histriones. La pluma se me cae de las manos sólo de pensarlo. Quítense cuanto quieran esa idea de la cabeza, acúsenme de exagerar la previsión, pero yo sólo puedo decir esto: pase lo que pase, esas gentes no podrán menos de reformar sus costumbres entre nosotros o corromper las nuestras. Cuando esta alternativa deje de horrorizarnos, podrán venir los comediantes: ya no podrán hacernos ningún daño.

He aquí, señor D'Alembert, las consideraciones que tenía que hacerle al público y a usted sobre la cuestión que ha tenido a bien remover en un artículo al que era completamente ajena, a mi entender. Aun cuando mis razones, que no creo menos sólidas que aquéllas, carecieran del peso suficiente para servir de contrapeso a las

---

<sup>66</sup> No hay que olvidar que, para que la comedia se mantenga en Ginebra ese gusto ha de convertirse en furor; si es moderado, aquélla caerá necesariamente. La razón exige, pues, que, al examinar las consecuencias del teatro, se las mida por una causa capaz de mantenerlo.

suyas, convendrá al menos en que para un estado tan pequeño como la República de Ginebra toda innovación es peligrosa y en que no habrá que hacerla nunca sin motivos urgentes y graves. Muéstrenos su apremiante necesidad. ¿Dónde están los desórdenes que nos obligan a recurrir a tan sospechoso extremo? ¿Es que sin eso está todo perdido? ¿Acaso nuestra ciudad es tan grande y tanto han avanzado el vicio y la ociosidad que le sea imposible subsistir sin espectáculos? Nos dice usted que padece otros peores que chocan igualmente con el gusto y las buenas costumbres; pero hay mucha diferencia entre enseñar malas costumbres y atacar a las buenas, pues esta última consecuencia depende menos de las cualidades del espectáculo que de la impresión que causa. En este sentido, ¿qué relación hay entre algunas farsas de paso y una comedia estable, entre las pillerías de un charlatán y las representaciones regulares de obras dramáticas, entre los tablados de feria montados para alegrar al populacho y un teatro apreciado donde la buena gente piense instruirse? Que una de esas diversiones carece de consecuencias y se olvida al día siguiente, mientras la otra es un asunto importante que requiere toda la atención del gobierno. En todas partes del país se permite divertir a los niños, y puede ser niño quien quiera sin gran inconveniente. Si esos insulsos espectáculos carecen de gusto, tanto mejor: antes se cansará de ellos. Si son groseros, serán menos atractivos. Dificilmente se insinúa el vicio chocando contra la honestidad, sino tomando su imagen, y las palabras soeces son más contrarias a la educación que a las buenas costumbres. Ésa es la razón por la que en los países más corrompidos las expresiones son siempre más rebuscadas y los oídos más escrupulosos. ¿Se nota acaso que las conversaciones de mercado irriten mucho a la juventud que las oye? Pues sí lo hacen y mucho las discretas declaraciones del teatro, y más valdría que una joven viera cien paradas que una sola representación del *Oráculo*.

Por lo demás, confieso que a mí me gustaría más que pudiésemos arreglárnoslas enteramente sin todos esos entarimados y que pequeños y grandes supiésemos extraer los placeres y deberes de nuestra condición y de nosotros mismos; pero del hecho de que quizá debiera expulsarse a los titiriteros no se deduce que haya que llamar a los comediantes. Usted ha visto en su propio país que la ciudad de Marsella se ha defendido mucho tiempo de semejante innovación, resistiendo incluso a reiteradas órdenes del Ministerio, y que, por ese desprecio a una diversión frívola, aun conserva una imagen honorable de su antigua libertad. ¡Qué ejemplo para una ciudad que todavía no ha perdido la suya!

Sobre todo, que no se piense hacer semejante institución a modo de ensayo, salvo para abolirla cuando se vean sus inconvenientes, pues éstos no se destruyen con el teatro que los genera, sino que permanecen después de haber desaparecido la causa y, en cuanto empieza a sentirselos, ya son irremediables. Alteradas nuestras costumbres y cambiados nuestros gustos, no se restablecerán como se han corrompido; incluso nuestros placeres, nuestros inocentes placeres habrán perdido su encanto: el espectáculo nos habrá hecho perder el gusto por ellos para siempre. Ha-

biéndose convertido el ocio en algo necesario, los vacíos de tiempo que ya no sabremos cómo llenar se nos volverán cargas: cuando se marchen los comediantes, nos dejarán como arras de su vuelta un aburrimiento que nos obligará a llamarlos de nuevo o a hacer algo peor. Habremos hecho mal instalando la comedia, haremos mal dejándola subsistir y haremos mal destruyéndola: tras la primera falta no nos quedará más opción que nuestros males.

Pero, bueno, ¿es que no se necesita ningún espectáculo en una república? Al contrario, muchos. Precisamente han nacido en las repúblicas y en ellas se los ve brillar con verdadero aire de fiesta. ¿A qué pueblos conviene más juntarse a menudo y tender entre ellos los suaves lazos del placer y la alegría que a aquellos que tienen tantas razones para amarse y permanecer siempre unidos? Ya tenemos varias de esas fiestas públicas; tengamos más aún. Nada puede encantarme más; pero no adoptemos esos espectáculos exclusivos que encierran tristemente a un reducido número de gente en un antro oscuro, que la mantienen temerosa, inmóvil, en silencio e inactiva, que no ofrecen a los ojos sino paredes, puntas de hierro, soldados e imágenes aflictivas de la servidumbre y la desigualdad. No, pueblos felices, ésas no son vuestras fiestas. Al aire libre, bajo el cielo, es donde tenéis que reuniros y entregaros al dulce sentimiento de la felicidad. Que vuestros goces no sean ni afeminados ni mercenarios, que nada de lo que huelga a violencia e interés los envenene, que sean libres y generosos como vosotros, que el sol ilumine vuestros inocentes espectáculos; vosotros mismos seréis uno, el más digno que podrá iluminar.

Pero, finalmente, ¿cuál será el objeto de esos espectáculos?, ¿qué se mostrará en ellos? Nada, si se quiere. Con la libertad, allí donde hay afluencia, reina también el bienestar. Plantad en medio de una plaza un poste coronado de flores, reunid allí al pueblo y tendréis una fiesta. Mejor aún, convertid a los espectadores en espectáculo, hacedlos actores, haced que cada cual se vea y se guste en los demás para que de ese modo todos se encuentren más unidos. No necesito citar los juegos de los antiguos griegos; los hay más modernos que aún existen y los encuentro precisamente entre nosotros. Todos los años tenemos revistas, premios públicos, reyes del arcabuz, del cañón y de la navegación. Jamás serán demasiadas instituciones tan útiles<sup>67</sup> y

---

<sup>67</sup> No basta con que el pueblo tenga pan y viva de su oficio, sino que es preciso que lo haga agradablemente, a fin de cumplir mejor sus deberes, atormentarse menos para acabarlos y que el orden público esté mejor instituido. Las buenas costumbres dependen mucho más de lo que se piensa de que cada cual esté contento en su estado. Los manejos y el carácter intrigante vienen de la inquietud y el descontento: todo va mal cuando alguien aspira al empleo de otro. Hay que amar su oficio para desempeñarlo bien. La base del Estado no es buena ni sólida sino cuando, sintiéndose todos en su sitio, se aúnan las fuerzas particulares y concurren al bien público, en lugar de desgastarse luchando entre sí, como ocurre en cualquier Estado mal constituido. Dicho lo cual, ¿qué debe pensarse de los que querrían privar al pueblo de fiestas, placeres y toda suerte de diversión como si fueran distracciones que le apartaran de su trabajo? Ese principio es bárbaro y falso. Mala suerte, si el pueblo nada más tiene tiempo para ganarse el pan, también lo necesita para comérselo con alegría; en caso contrario, no lo ganará por mucho tiempo. Ese Dios justo y bienhechor que

agradables, como nunca serán demasiados semejantes reyes. ¿Por qué, para sentirnos ágiles y fuertes, no habríamos de hacer lo que hacemos para ejercer las armas? ¿Tiene la república menos necesidad de obreros que de soldados? Por qué, siguiendo el modelo de los premios militares, no habríamos de fundar otros premios para la gimnasia, la lucha, la carrera, el disco y para diversos ejercicios corporales? ¿Por qué no habríamos de animar a nuestros barqueros con justas en el lago? ¿Habrá en el mundo entero espectáculo más brillante que el de ver en tan vasto y soberbio estanque centenares de barcos que, elegantemente equipados, partieran a la vez a una señal dada para ir a coger una bandera enarbolada en la meta y luego servir de cortejo al vencedor que, triunfante, volvería a recibir el premio merecido? Todas esas fiestas son sólo dispendiosas en la medida que se quiera y basta la concurrencia para hacerlas magníficas. Sin embargo, es preciso haber asistido a las de los ginebrinos para entender el ardor con que se entregan a ellas. No se los reconoce: dejan de ser ese pueblo tan ordenado que no se aleja de sus reglas económicas y tan razonador que sopesa hasta las bromas en la balanza del juicio. Es vivo, alegre, cariñoso, entonces pone el corazón en sus ojos, como siempre lo tiene en sus labios; quiere comunicar su alegría y sus placeres: invita, presiona, fuerza y se disputa a los que llegan de improviso. Todas las sociedades se hacen una y todo es común a todos. Casi es indiferente a qué mesa se ponga uno: esa sería la imagen de las de Lacedemonia, si no reinara mayor profusión; pero incluso esta profusión está bien colocada y el aspecto de abundancia hace más emotivo el de la libertad que la genera.

El invierno, tiempo dedicado al trato privado con los amigos, conviene menos a las fiestas públicas. Sin embargo, hay una especie de ellas por las que me gustaría que se sintieran menos escrúpulos, como son los bailes entre jóvenes casaderos. Nunca he entendido bien por qué se enfurecen tanto con el baile y las asambleas que ocasiona como si hubiera más mal en bailar que en cantar, como si ambas diversiones no fueran igualmente inspiración de la naturaleza y fuera un crimen para cuantos están destinados a unirse el alegrarse juntos en honesto recreo. Hombre y mujer han sido hechos el uno para el otro. Dios quiere que sigan su destino y, ciertamente, el primero y más santo de todos los lazos de la sociedad es el matrimonio. Todas las religiones falsas combaten la naturaleza; sólo la nuestra, que la sigue y regula, anuncia una institución divina y conveniente para el hombre. No debe, pues, en lo tocante al matrimonio, añadir a las complicaciones de orden civil dificultades que el Evangelio no prescribe y todo buen gobierno condena. Mas, dígaseme, ¿dónde tendrán los

---

quiere verle ocupado, quiere también que descanse; igualmente la naturaleza le impone el ejercicio y el reposo, el placer y la pena. El rechazo al trabajo agobia más a los desgraciados que el trabajo mismo. ¿Queréis hacer un pueblo activo y laborioso? Dadle fiestas, ofrecedle diversiones que le hagan agradable su condición y le impidan envidiar otra más suave. Los días así perdidos beneficiarán a todos los demás. Presidid sus placeres para hacerlos honestos: es el auténtico medio de animar sus trabajos.

jóvenes casaderos ocasión de tomar gusto unos por otros y de verse con más decencia y circunspección que en una asamblea donde los ojos del público siempre abiertos sobre ellos los fuerzan a ser reservados y modestos y a observarse con el mayor cuidado? ¿En qué se ofende a Dios con un ejercicio agradable, saludable, propio de la vivacidad de los jóvenes, que consiste en presentarse uno a otro con gracia y decoro y al que el espectador impone una gravedad de la que no se osaría salir ni un momento? ¿Puede imaginarse un medio más honesto de no engañar a otro, al menos en cuanto hace a la cara, y de mostrarse con las gracias y defectos que puedan tenerse a la gente interesada en conocernos bien antes de obligarse a amarnos? El deber de quererse recíprocamente ¿no prima sobre el de gustarse?, ¿y no es una preocupación digna de dos personas virtuosas y cristianas que buscan unirse el preparar así sus corazones al amor mutuo que Dios les impone?

¿Qué ocurre en esos lugares donde reina una eterna coacción, donde se castiga como si fuera un crimen la más inocente alegría, donde los jóvenes de ambos sexos no se atreven a reunirse en público y donde la indiscreta severidad de un pastor no sabe predicar en nombre de Dios sino una modestia servil, la tristeza y el aburrimiento? Se elude una tiranía insoportable que la naturaleza y la razón desaprueban. Los placeres permitidos de los que se priva a una juventud divertida y alocada ella los sustituye por otros más peligrosos. Las entrevistas a solas hábilmente concertadas ocupan el lugar de las asambleas públicas. A fuerza de ocultarse como si se fuera culpable, se ve uno tentado a serlo. La inocente alegría gusta de evaporarse a la luz del día mientras el vicio es amigo de las tinieblas, y nunca inocencia y misterio habitaron mucho tiempo juntos.

Yo, lejos de criticar tan simples diversiones, querría que fuesen públicamente autorizadas y que se previniese todo desorden particular convirtiéndolos en bailes solemnes y periódicos, abiertos indistintamente a toda la juventud casadera. Querría que un magistrado<sup>68</sup>, nombrado por el Consejo, no desdénara presidir tales bailes. Querría que los padres y madres asistiesen a ellos para vigilar a sus hijos, para ser testigos de su gracia y habilidad, de los aplausos que merecieran y gozar así del más bello espectáculo que puede conmovir a un corazón paternal. Querría que, en general, se admitiese a cualquier casado entre el número de espectadores y jueces, sin permitir a ninguno profanar la dignidad conyugal bailando, pues ¿con qué honesto fin podría mostrarse así en público? Querría que se formase en la sala un corro cómodo y honorable para la gente de edad de ambos sexos, los cuales, tras haber dado ya

---

<sup>68</sup> Cada gremio, cada una de las sociedades públicas que componen nuestro Estado, está presidido por uno de esos magistrados bajo el nombre de *Seigneur-Commis*, quienes asisten a todas las asambleas e incluso a los festines. Su presencia no impide una honesta familiaridad entre los miembros de la asociación, pero mantiene a todos en el respeto que debe tenerse a las leyes, a las costumbres y a la decencia, incluso en medio de la alegría y el placer. Esa institución es muy hermosa y constituye uno de los grandes lazos que unen al pueblo con sus jefes.

ciudadanos a la patria, verían aún a sus nietos preparándose a serlo. Querría que nadie entrara o saliera sin saludar a ese estrado y que, antes y después de bailar, todas las parejas de jóvenes viniesen a hacerles una profunda reverencia, para que desde bien pronto se acostumbraran a respetar a la vejez. No dudo de que esa agradable reunión de los dos extremos de la vida humana daría a dicha asamblea un cierto aspecto enternecedor y de que a veces se vería entre la gente del estrado derramar algunas lágrimas de alegría y de nostalgia, capaces quizá de arrancar otras a un espectador sensible. Querría que todos los años, en el último baile, se honrase a la joven que durante los precedentes se hubiera comportado más honesta y modestamente, y más hubiera gustado a todos a juicio del estrado, con una corona, que recibiría de manos del *Seigneur-Commis*<sup>69</sup>, y con el título de reina del baile, que llevaría todo el año. Querría que a la clausura de dicha asamblea se la llevase en cortejo y se felicitase a su padre y a su madre, y se les agradeciese el haber tenido una hija tan bien nacida y el haberla educado tan bien. Querría, finalmente, que, si se llegara a casar en el transcurso del año, la Señoría le hiciese un presente o le concediese alguna distinción pública, con el fin de que dicho honor fuese lo suficientemente serio para no convertirse en objeto de broma.

Bien es verdad que a menudo podría temerse alguna parcialidad si la edad de los jueces no diese toda la preferencia al mérito, pero si la modesta belleza se viese alguna vez favorecida, ¿dónde estaría el gran inconveniente? Teniendo que afrontar más sobresaltos, ¿no necesita que la animen más? ¿No es un don de la naturaleza al igual que los talentos? ¿Qué hay de malo en que consiga algunos honores que la exciten a hacerse digna de ellos y puedan contentar al amor propio sin ofender a la virtud?

Perfeccionando este proyecto con las mismas miras, bajo una apariencia de galantería y diversión, se daría a esas fiestas algunos fines útiles que serían importantes para el orden y las buenas costumbres. Al disponer la juventud de citas seguras y honestas, se vería menos tentada a buscar otras más peligrosas; en los intervalos, cada sexo se entregaría más pacientemente a las ocupaciones y placeres que le son propios, consolándose más fácilmente de la privación del trato continuo con el otro; la gente de cualquier condición tendría a su alcance un espectáculo agradable, sobre todo para los padres y madres; la preocupación por los atuendos de sus hijas sería para aquéllas un motivo de entretenimiento que divertiría a muchas otras, y dichos atavíos, al tener un fin inocente y loable, estarían completamente en su sitio. Esas ocasiones de reunirse para unirse y de arreglar casamientos serían medios frecuentes para acercar entre sí a familias divididas y consolidar la paz, tan necesaria en nuestro Estado. Sin alterar la autoridad paterna, las inclinaciones de los hijos gozarían de un poco más de libertad: su primera elección dependería un poco más de su corazón, se consultaría un poco más la conveniencia de la edad, humor,

69

Véase la nota anterior.

gusto y carácter y se daría menos importancia a la de la profesión y los bienes, que constituyen lazos mal adecuados cuando se los sigue a expensas de los demás. Siendo más fáciles las relaciones, los matrimonios serían más frecuentes, los cuales, menos circunscritos a idénticas condiciones, evitarían los partidos, temporalmente la desigualdad excesiva, y mantendrían mejor el cuerpo del pueblo en el espíritu de su constitución. Esos bailes así dirigidos se asemejarían menos a espectáculos públicos que a asambleas de una gran familia, y del seno de la alegría y los placeres nacería la conservación, concordia y prosperidad de la República<sup>70</sup>.

Sobre estas ideas sería fácil instalar con poco gasto y sin peligro más espectáculos de los que harían falta para hacer agradable y risueña la estancia en nuestra ciudad, incluso a los extraños, quienes, al no encontrar nada semejante en otra parte, vendrían aquí al menos para ver algo único. Aunque, a decir verdad, por muchas y grandes razones contemplo tal concurrencia más como inconveniente que como ventaja y, personalmente, estoy persuadido de que nunca entró en Ginebra extraño que no le hiciera más mal que bien.

Pero ¿sabe usted, señor D'Alembert, a quién habría que esforzarse por atraer y retener dentro de nuestras murallas? A los mismos ginebrinos, quienes, con sincero amor por su país, sienten tan gran inclinación por los viajes que no hay territorio por

---

70 Me resulta divertido imaginar a veces los juicios que algunos pueden hacer de mis gustos basándose en mis escritos. Sobre éste no faltará quien diga que «es un hombre que está loco por el baile», cuando me aburre ver bailar; que «no soporta las comedias», cuando soy un apasionado de ellas; que «siente aversión hacia las mujeres», cuando de eso habría demasiadas en declararme inocente; que «está descontento de los comediantes», cuando tengo todos los motivos para felicitarlos por ellos y la amistad de uno solo de entre ellos, al que he conocido particularmente, no puede sino honrar a cualquier hombre de bien. Idéntico juicio sobre los poetas cuyas obras me veo obligado a criticar: los muertos no serían de mi gusto y me picaría por los vivos, cuando la verdad es que Racine me encanta y que jamás he dejado de ver voluntariamente una representación de Molière. Si he hablado menos de Comeille es porque, al haber asistido menos a sus obras y careciendo de libros, no se me ha grabado bastante en el recuerdo para citarlas. En cuanto al autor de *Atreo* y de *Catilina*, sólo lo he visto una vez y fue para recibir un favor. Aprecio su ingenio y respeto su vejez, pero aunque rinda homenaje a su persona, sólo hago justicia a sus obras, y no sé pagar mis deudas a costa del bien público y de la verdad. Si mis escritos me inspiran algún orgullo, es por la pureza de la intención que los dicta y por un desinterés del que pocos autores me han dado ejemplo y demasiado pocos querrán imitar. Jamás la visión particular manchó mi deseo de ser útil a los demás con la pluma y casi siempre he escrito contra mis propios intereses. *Vitam impendere vero*: he ahí la

divisa que he escogido y de la que me siento digno. Lectores, puedo engañarme a mí mismo pero no a vosotros voluntariamente: temed mis errores y no mi mala fe. El amor al bien común es la única pasión que me hace hablar al público. En tales circunstancias sé olvidarme de mí mismo y, si alguien me ofende, me callo por miedo a que la cólera me vuelva injusto. Esta máxima favorece a mis enemigos, por cuanto me hieren a placer sin temor a represalias; a los lectores, que no temen que mi odio les infunda respeto; y sobre todo a mí, que, permaneciendo en paz mientras se me ultraja, al menos sólo tengo el mal que se me hace y no el que experimentaría también devolviéndolo. ¡Santa y pura verdad a quien he dedicado mi vida: no, jamás mancillarán mis pasiones el amor sincero que te tengo ni podrán el interés y el temor alterar el homenaje que me gusta rendirte. Jamás te negaré mi pluma sino lo que teme conceder a la venganza!

donde no se los vea repartidos. La mitad de nuestros ciudadanos, dispersos por el resto de Europa y del mundo, viven y mueren lejos de su patria, y, de serle menos inútil, me citaría a mí mismo con más dolor. Sé que nos vemos forzados a ir a buscar lejos los recursos que nuestra tierra nos niega y que difícilmente podríamos subsistir si nos quedáramos encerrados, pero al menos que ese destierro no sea eterno para todos; que aquellos cuyo trabajo ha bendecido Dios vuelvan, como la abeja, a traer el fruto a la colmena, a alegrar a sus conciudadanos con el espectáculo de su fortuna, a animar la emulación de los jóvenes, a enriquecer a su país con su riqueza, a gozar modestamente en su casa de los bienes conseguidos en la de otros. ¿Será con teatros, siempre menos perfectos aquí que en otra parte, como haremos que vuelvan? ¿Dejarán la Comedia de París o la de Londres para venir a ver la de Ginebra? No, no, señor D'Alembert, no es así como podremos traerlos. Es preciso que cada uno sienta que no podrá encontrar fuera lo que ha dejado en su país, que un encanto invencible le atraiga a la estancia que nunca hubiera debido abandonar, que el recuerdo de sus primeros ejercicios, de sus primeros espectáculos, de sus primeros placeres permanezca profundamente grabado en sus corazones; es preciso que las dulces impresiones de la juventud permanezcan y se refuercen en la edad avanzada, mientras otras mil se borren; es necesario que en medio de la pompa de los grandes Estados y de su triste magnificencia una voz secreta les grite en el fondo del alma: ¡Ah!, ¿dónde están los juegos y las fiestas de mi juventud?, ¿dónde la concordia de los ciudadanos?, ¿dónde la fraternidad pública?, ¿dónde la alegría pura y la verdadera alegría? ¿Dónde está la paz, la libertad, la equidad y la inocencia? Vamos a buscar todo eso. ¡Dios mío!, con el corazón del ginebrino, con una ciudad tan risueña, un país tan encantador, un gobierno tan justo, placeres tan auténticos y puros y todo lo preciso para saberlos disfrutar, ¿en qué consiste que no nos encante a todos la patria?

Así llamaba a sus ciudadanos, con fiestas modestas y juegos sin brillo, esa Esparta nunca bastante citada por mí para el ejemplo que deberíamos tomar de ella; así en Atenas, entre las bellas artes, y en Susa, en medio del lujo y la molicie, el espartano aburrido suspiraba por sus groseros festines y sus fatigantes ejercicios. En Esparta, en una laboriosa ociosidad, todo era placer y espectáculo; allí los más rudos trabajos se tomaban por recreo y los menores descansos constituían una instrucción pública; allí es donde los ciudadanos, continuamente reunidos, dedicaban su vida entera a diversiones que eran el gran asunto de Estado y a juegos que no abandonaban sino en tiempo de guerra.

Ya estoy oyendo a los bromistas preguntarme si entre tanta maravillosa instrucción no quiero introducir también en nuestras fiestas ginebrinas las danzas de los jóvenes lacedemonios. Respondo que ya querría yo que nos creyéramos con ojos y corazones tan castos como para soportar semejante espectáculo y que jóvenes en ese estado se viesan en Ginebra cubiertos de honestidad pública como lo estaban en Esparta; pero, por mucha estima que tenga hacia mis paisanos, demasiado bien sé la distancia que media entre ellos y los lacedemonios y no les propongo sino aquellas de sus

instituciones de las que no se sienten aún incapaces. Si el sabio Plutarco se encargó de justificar su uso, ¿por qué tendría yo que hacer otro tanto después de él? Diciendo que su uso no conviene más que a los discípulos de Licurgo; que su vida frugal y laboriosa, sus costumbres puras y severas y la fuerza de espíritu que les caracterizaba podían por sí solas volver inocente ante sus ojos un espectáculo tan chocante para cualquier otro pueblo que no pase de honesto, y a se ha dicho todo.

Mas ¿se piensa acaso que la decente indumentaria de nuestras mujeres tiene menos peligro que una desnudez absoluta, cuya costumbre tomaría en seguida los primeros efectos en indiferencia y quizá en repugnancia? ¿No es sabido que las estatuas y cuadros no lastiman los ojos sino cuando una mezcla de vestidos vuelve obscena la desnudez? El poder inmediato de los sentidos es débil y limitado; sólo por intervención de la imaginación llevan a cabo los grandes estragos. Ella es quien se ocupa de excitar los deseos, dando a sus objetos más atractivo del que la propia naturaleza les dotó. Ella es quien descubre al ojo con escándalo lo que éste no sólo ve desnudo, sino con el deber de vestirse. No hay vestido modesto que una mirada inflamada por la imaginación no pueda atravesar con su deseo. Una joven china, adelantando un trozo de pie cubierto y calzado, causará más estragos en Pekín que la chica más hermosa del mundo bailando desnuda a pie del Taigeto. Pero cuando se visten con tanto arte como con la poca exactitud de las mujeres de hoy día, cuando no se enseña menos sino para hacer desear más, cuando el obstáculo que se pone ante los ojos sólo sirve para excitar más la imaginación, cuando se oculta una parte del objeto con el único fin de adornar la que se expone,

*Heu! male tum mites defendit pampinus uvas.*

Acabemos tan numerosas digresiones. Gracias al Cielo, aquí va la última: he llegado al término de este escrito. Ponía las fiestas de Lacedemonia como modelo de las que querría ver entre nosotros, y no sólo por su objeto las encuentro recomendables, sino también por su sencillez: sin pompa ni lujo ni aparato, con un secreto encanto de patriotismo que las hacía interesantes, todo en ellas respiraba un cierto espíritu marcial adecuado a los hombres libres<sup>71</sup>. Sin negocios ni placeres, al

---

<sup>71</sup> Recuerdo que en mi infancia me sorprendió un espectáculo bastante simple, cuya impresión, sin embargo, conservé siempre, a pesar del tiempo y de la diversidad de objetos. El regimiento de San Gemasio había hecho su ejercicio militar y, según la costumbre, habían cenado por compañías: la mayor parte de cuantos las componían se reunieron luego en la plaza de San Gervasio y se pusieron a bailar todos juntos, oficiales y soldados, en torno a la fuente, en cuyo brocal se hablan encaramado los tambores, gaitas y portaestandartes. Un baile de gente alegre tras una copiosa comida parecería no ofrecer nada demasiado interesante que ver; sin embargo, la armonía de quinientos o seiscientos hombres uniformados, cogidos de la mano y formando una larga banda que serpenteaba cadenciosamente y sin confusión, con mil vueltas y revueltas, mil especies de evoluciones figuradas, la variedad de ritmos que las animaban, el ruido de los tambores, el resplandor de las antorchas, cierto aparato militar entre el jolgorio, todo eso producía una sensación

menos lo que lleva tal nombre entre nosotros, en dulce uniformidad pasaban el día, sin encontrarlo demasiado largo, y la vida sin que les pareciera demasiado corta. Cada tarde volvían, alegres y dispuestos, a tomar su frugal comida, contentos de su patria, de sus conciudadanos y de sí mismos. Si se pide un ejemplo de tales diversiones, aquí va uno contado por Plutarco. Siempre había —dice— tres danzas en otras tantas bandas, según la diferencia de edades, que se hacían al canto de cada banda. La de los viejos empezaba la primera, cantando la estrofa siguiente:

*Nous avons été jadis,  
Jeunes, vaillans et hardis*

Seguía la de los hombres, que cantaban a su vez golpeando con sus armas en cadencia:

*Nous le sommes maintenant,  
A l'épreuve à tout venant*

Luego venían los niños, que respondían cantando con toda su fuerza:

*Et nous bientôt le serons,  
Qui tous vous surpasserons*

He ahí, señor D'Alembert, los espectáculos que precisan las repúblicas. En cuanto a aquel que su artículo «Ginebra» me ha obligado a tratar en este ensayo, si por

---

muy viva que no podía soportarse indiferentemente. Era ya tarde y las mujeres se habían acostado, pero se levantaron todas. Pronto las ventanas se llenaron de espectadoras que daban nuevos bríos a los actores y que, no pudiendo permanecer mucho tiempo en sus ventanas, bajaron: las dueñas iban a ver a sus maridos; las criadas llevaban vino; incluso los niños, a medio vestir, acudían de la mano de sus padres. Cuando se interrumpió el baile, todo fueron abrazos, risas, saludos, caricias. Hubo una afectividad generalizada que no sabría describir, pero que, en un ambiente de alegría universal, se siente naturalmente en medio de todo lo que nos es querido. Mi padre, abrazándome, fue presa de un estremecimiento que aún creo sentir y compartir: «Jean-Jacques, me decía, ama a tu país. ¿Ves a esos buenos ginebrinos? Todos son amigos, todos son hermanos, entre ellos reina la alegría y concordia. Tú eres ginebrino, un día verás otros pueblos; pero, aunque viajes tanto como tu padre, jamás encontrarás otro semejante.»

Cuando se quiso proseguir el baile, no hubo modo de hacerlo: ya no se sabía lo que se hacía, todas las cabezas daban vueltas con una borrachera más dulce que la del vino. Tras algún tiempo de reír y charlar en la plaza, hubo que separarse, y cada cual se retiró pacíficamente con su familia. Y así fue como aquellas amables y prudentes mujeres se llevaron a casa a sus maridos, no perturbando su esparcimiento sino yendo a compartirlo con ellos. Sé que este espectáculo que me hizo tanta impresión carecería de atractivo para otros muchos: hacen falta ojos dispuestos a verlo y un corazón hecho para sentirlo. No, no hay más alegría pura que la pública y los auténticos sentimientos de la naturaleza sólo reinan en el pueblo. ¡Ay!, dignidad, hija del orgullo y madre del aburrimiento, ¿acaso tus tristes esclavos tuvieron en su vida algún rato semejante?

casualidad el interés particular acaba instalándolo dentro de nuestras murallas, ya preveo sus tristes consecuencias. Ya he mostrado algunas y podría mostrar más, pero es demasiado temer una desgracia imaginaria que la vigilancia de nuestros magistrados sabrá prevenir. No pretendo enseñar a hombres más instruidos que yo; me basta con haber dicho lo suficiente para consolar a la juventud de mi país de verse privada de una diversión que costaría tan cara a la patria. Exhorto a esta feliz juventud a que aproveche el parecer con que acaba su artículo. ¡Ojalá conozca y merezca su suerte! ¡Ojalá sepa siempre cuán preferible es la sólida felicidad a los vanos placeres que la destruyen! ¡Ojalá transmita a sus descendientes las virtudes, la libertad y la paz que ella tiene heredada de sus padres! Es el último deseo con que acabo mis escritos y con el que acabará mi vida.